Voces y Silencios

Segunda versión

Testimonios de mujeres trabajadoras

EDICIONES ens ESCUELA NACIONAL SINDICAL

Combos
CORPORACIÓN EDUCATIVA COMBOS

Voces y Silencios

Segunda versión

Testimonios de mujeres trabajadoras

EDICIONES
ens ESCUELA NACIONAL SINDICAL

CORPORACIÓN EDUCATIVA
COMBOS

© ESCUELA NACIONAL SINDICAL
Calle 51 Nº 55-78
Tel: 513 31 00 - Fax: 512 23 30
E-mail: fondoeditorial@ens.org.co
www.ens.org.co
Apartado Aéreo 12 175
Medellín, Colombia
2007

© CORPORACIÓN EDUCATIVA COMBOS
Calle 51 Nº 56A -35
Tel: 514 16 72 - 512 62 51
E-mail: combos@une.net.co
areamujercombos@une.net.co
www.combosconvoz.org

E-mail: vocesysilencios@ens.org.co

Fotografía de portada: "Fruto de la toquilla",
Manuel Fabricio Aviles Prieto, Ecuador, 2007

ISSN: 1794-9270

Para esta publicación la Escuela Nacional Sindical,
recibe el apoyo de ISCOD-UGT y AECID

La Corporación Educativa Combos de:
CAJA VITAL y SETEM

Este material se puede reproducir total o parcialmente
por cualquier medio, previo permiso de las organizaciones

Contenido

Presentación 3

El espejo de miles de vidas de mujeres
Claudia Patricia Restrepo Mejía 5

Cavernas y riquezas hechas palabra
Clara Elena Gómez 9

Segundo Concurso "Voces y Silencios: testimonios de mujeres trabajadoras": Acta de premiación
Aura López, Martha Hoyos y Luz María Tobón 11

Primera Categoría: Mujeres trabajadoras hablan de sí mismas

La pintora
Marta Aurora Gómez 17

Esos muchachitos
Margarita Lucía Gaviria Pérez 25

Soy la luchadora
Irene Gaviria de Flores 31

Niña entre cabuyas
María Oliva López. 39

Con la esperanza de algún día ser profesora
Luz Hermilda Durango Sánchez 43

Segunda Categoría: Escritoras narran el trabajo de mujeres
Julia
Gloria Cecilia Peláez 51
Los motivos de Nancy
Estella Rangel 59
Tercera Categoría: Mujeres construyen sus historias sobre trabajo
La pesadilla
María del Carmen Osorio 67
Un día más de sueños aplazados
Diana Herrera 73
Menciones: Mujeres con sus memorias de trabajo
Con el trabajo sobre los hombros
Blanca Nubia Nieto López. 83
Mujer luchadora
Luz Amparo Moreno Misas 31
Madre emprendedora
Marta Ruth Pineda Echeverri 97
El sufrimiento de una niña trabajadora
Maria Mercedes Vasco Toro. 103
Un día sin final
Consuelo Ángel 109
Mi gran sueño
Rosalba González 119
Monstruo con ojos de seda
Olga Lucía Betancur Sánchez 123
Calle arriba, calle abajo
Yaneth del Pilar Martínez 127
Alguien viola mis derechos
Luz Marina Restrepo Bernal 137
Y pilaron sobre mí
Ana de Jesús Silva Vargas. 145

Presentación

Por segundo año consecutivo la Corporación Educativa Combos y el Área Mujer Trabajadora de la Escuela Nacional Sindical, realizamos la publicación de los escritos del concurso nacional "Voces y Silencios: testimonios de mujeres trabajadoras", buscando aportar en la visilibilización de la experiencia de las mujeres en el mundo del trabajo.

En el presente texto encontrarán los escritos de la segunda versión del concurso, premiados en noviembre del 2007, por categorías así:

Mujeres trabajadoras hablan de sí mismas: cinco textos premiados en la categoría con mayor participación, uno ganador en el primer puesto, dos textos ganadores en segundo puesto y dos textos ganadores en el tercer puesto.

Escritoras narran el trabajo de mujeres: en esta categoría se premiaron un texto en el primer puesto y un texto en el segundo puesto.

Mujeres jóvenes construyen sus historias sobre trabajo: esta categoría se premiaron dos textos, en primer y segundo lugar.

Finalmente, *Mujeres con sus memorias del trabajo*, se presentan los textos que recibieron mención por parte de las jurados. La persistencia de las mujeres nos convoca a mantener esta alianza, insistiendo en un mundo sin discriminación y sin violencias hacia las mujeres.

El espejo de miles de vidas de mujeres

En la Corporación Educativa Combos antes de iniciar cualquier actividad del día se saluda, se demuestra el afecto con un beso, un abrazo y una palabra de aliento, lo cual se da entre las personas del equipo Combos y con los niños, las niñas, los-las jóvenes y las mujeres. Por eso quiero iniciar estas palabras de igual manera, siéntase cada una y cada uno de ustedes cordialmente bienvenida y bienvenido.

Abracemos muy especialmente a las mujeres escritoras por atreverse a pensarse a sí mismas, a sus acompañantes por el apoyo especial que les brindan, a las personas que están aquí y hacen parte de organizaciones sociales, por su trabajo del día a día en la búsqueda de una Colombia mejor.

Encontremos en este evento las palabras de aliento, de alimento espiritual, recojamos, recibamos los testimonios que las mujeres trabajadoras nos están brindando tan generosamente, sus vivencias, sus emociones, y sus formas de ver y sentir el mundo.

La segunda versión del concurso *Voces y silencios* impulsado por la Escuela Nacional Sindical y la Corporación Educativa Combos, se

realiza en el marco de la conmemoración del 25 de Noviembre, Día Internacional del NO a la violencia contra las mujeres. Día internacional promulgado por la ONU en 1999, luego de que en el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en Bogotá en 1981, se propusiera difundir e implementar acciones de reflexión y denuncia de las violencias que vivimos las mujeres en los distintos países.

El concurso *Voces y silencios* es un acto de recuperación de la palabra de las mujeres empobrecidas, mujeres trabajadoras. Y cuando me refiero a las mujeres trabajadoras, estoy hablando también, de las mujeres que realizan las actividades del cuidado de otros y otras en la casa sin ninguna remuneración, y en las mujeres que reciben algunos dineros por sus trabajos, la mayoría de las veces escasos, para cubrir todas las necesidades vitales de ellas y de sus familias. Mujeres profesoras, campesinas, del rebusque, madres comunitarias, confeccionistas, artesanas, entre otras.

En este encuentro ritual, mágico, y profundamente político, las palabras de las mujeres tienen lugar para contar sus historias: el cómo ha transcurrido la vida entre desazones, discriminaciones por la edad —porque ya se han pasado los 35 años— o el contar cómo el alcanzar sus sueños fue la voluntad de no dejarse vencer por el cansancio; de las extensas jornadas del cuidado de sus familias y de la consecución del sustento diario.

Cada relato es el espejo de miles de vidas de mujeres. Cada acción individual de cambio, de dejar atrás el sufrimiento y buscar para sí la dignidad, es movimiento; es camino, es fuerza de todas y cada una de nosotras. La escritura de las mujeres es creación de símbolos, imágenes que nos representan, es creación de lenguajes que nombran nuestras experiencias ocultas e invisibles en la cultura.

Admiramos la valentía de cada una de las mujeres escritoras, porque se atrevieron a navegar las profundas aguas de sí mismas, y mirar

cara a cara el propio dolor en su historia, y contarlo, narrarlo, hilarlo en palabras sencillas, para darlo a otros y a otras. Mostrándonos además, su sabiduría, sus aprendizajes de vida, la denuncia de derechos vulnerados y los logros en las luchas cotidianas.

El que las mujeres puedan contar lo vulnerables que han y hemos sido, en nuestra historia, que han y hemos necesitado de ayudas, de apoyos, de solidaridades, de actuar, asi sea con miedo, fisura lo que la cultura patriarcal difunde, la fuerza, la dureza en el ser y ello ha sucedido en los distintos momentos del encuentro en los talleres, en las reuniones con las asesoras, en la escritura misma.

Fluyó la palabra liberadora, la palabra que desató los nudos de una vieja historia, la palabra sanadora que permitió volver a mirar, volver a reflexionar un momento significativo, o que corrió el velo de algo no dicho por muchísimos años.

Voces de las mujeres en las palabras de denuncia, de las que cuentan, para que a otros y a otras no les pase lo mismo, de las que exigen un derecho. Voces de un no a la violencia contra las mujeres, de un no a la explotación laboral.

Silencios para la reflexión, como un momento de preparación interna para la acción. Silencio que revela las preguntas sobre el ser, el silencio de la toma de decisiones. Donde nos decimos a nosotras mismas: ¡Basta! ¡No más violencia, no más ultrajes, es hora de actuar, es ya! Son los momentos previos de la acción, de dar el primer paso a que nuestras vidas sean diferentes. Ese es el silencio. No el silencio que oculta lo que pasa en la familia, en la supuesta esfera privada. Ese es el silencio que hemos roto.

Voces y silencios que quieren ser públicos y escuchados, que quieren trascender los límites de la piel, de los muros de la casa, y del taller; ser publicados en muchas latitudes, para visibilizar a las mujeres en la historia y construir otras posibilidades para la valoración y el respeto a los derechos humanos de las mujeres.

La Corporación Educativa Combos le apuesta a la palabra y a la escritura de las mujeres, reconoce su autoridad y su valor y las considera un legado para la construcción del mundo diverso que queremos en la inclusión, la democracia y por lo tanto, reitera su compromiso cotidiano para trabajar por condiciones de vida digna para las mujeres.

En el concurso de *Voces y silencios* hemos tenido el apoyo financiero de la Caja Vital a través de la gestión de SETEM HEGO HAIZEA en el marco del "Proyecto Productivo una Ruta de Resistencia a la Feminización de la Pobreza".

Agradecemos y aplaudimos la respuesta que tuvieron las mujeres de Medellín y de otras ciudades.

Agradecemos a las juradas: Aura López, Marta Hoyos de Franco y Luz María Tobón.

Agradecemos el trabajo de las asesoras Juliana Duque Patiño, a Carolina Gutiérrez y Margarita Isaza Velásquez, a Gloria Amparo Henao Medina quien hizo la labor pedagógica en los talleres de escritura, gracias a Isabel Cristina Martínez, Sohely Rúa y Martha Londoño, quienes coordinaron todo lo relacionado con el concurso.

Y a todas aquellas personas que contribuyeron a la realización de este acto mágico de resistencia. Muchas Gracias.

Claudia Patricia Restrepo Mejía
Directora Área Mujer
Corporación Educativa Combos

Cavernas y riquezas hechas palabra

La violencia tiene diversos rostros y múltiples escenarios, la mayoría de los rostros son de mujeres que han sido maltratadas, y los escenarios van desde el hogar, pasan por la calle y también se han instalado en los espacios laborales, en virtud de la naturalización y banalizacion de la violencia contra nosotras. *Voces y silencios* es la posibilidad de colocar un altavoz a las historias de las mujeres trabajadoras, como una manera de hacer público lo que muchas veces continúa invisible, inaudible en nuestra sociedad.

Estar aquí y leer la producción de las 40 mujeres que participaron es descorrer el velo que cubre el dolor, la indignación, el sobresalto y generar condiciones individual y colectivamente para trasformar realidades de violencia.

Estar aquí y ver los rostros de las mujeres escritoras, es sentir que ya el dolor y la violencia, que en un momento fueron referentes de la escritura, empieza a transformarse, es la alquimia de la palabra, del estar juntas y de poder celebrar nuestro encuentro y nuestras vidas transformadas en palabras.

Estos escritos, una aproximación a la propia intimidad femenina y a los tesoros que alberga, es el principal legado de este concurso, y por ello, el área Mujer Trabajadora de la Escuela Nacional Sindical aspira a que se conviertan en una puerta de acceso a las cavernas fabulosas de la vida de las mujeres y la potenciación de su transformación.

Clara Gómez Velásquez
Directora
Área Mujer Trabajadora
Escuela Nacional Sindical

Segundo Concurso
“Voces y Silencios: testimonios de mujeres trabajadoras”:

Acta de premiación

Aura López, Martha Hoyos Franco y Luz María Tobón, convocadas como jurado del Concurso Nacional *Voces y silencios*, *testimonios de mujeres trabajadoras*, reunidas el martes 13 de noviembre, a las siete de la noche, en las instalaciones del periódico El Mundo, deliberamos y seleccionamos los relatos ganadores, dentro de 39 trabajos, en tres categorías, sometidas a nuestra consideración, y recomendamos su premiación y su publicación.

Todas las mujeres, sin excepción, revistieron a este concurso de la más importante manufactura testimonial y narrativa, con unos relatos tan alucinantes como la vida misma. Como su vida.

Por eso, para nosotras ha sido un privilegio y una experiencia profunda e inolvidable compartir estos testimonios escritos con hondura y fidelidad, dando paso a esas voces que hablan por todas la mujeres y rompen antiguos silencios, recuperando de manera hermosa, y profunda, la palabra.

Es mediante la palabra, mediante el exorcismo de la palabra, como recuperaremos nuestra propia identidad.

Como resultado de nuestras deliberaciones, hemos decidido conceder:

Mención de reconocimiento a los siguientes testimonios

- Con el trabajo sobre los hombros, de Blanca Nubia Nieto
- Mujer luchadora, de Luz Amparo Moreno de Misas
- Madre emprendedora, de Martha Ruth Pineda
- El sufrimiento de una niña trabajadora, de María Mercedes Vasco Toro
- Un día sin final, de Consuelo Ángel
- Mi gran sueño, de Rosalba González
- Monstruo con ojos de seda, de Olga Lucía Betancur S.
- Calle arriba, calle abajo, de Yaneth del Pilar Martínez
- Alguien viola mis derechos, de Luz Marina Restrepo Bernal
- Y pilaron sobre mí, de Ana de Jesús Silva Vargas.

Los premios fueron otorgados así:

Categoría: Mujeres trabajadoras hablan de sí mismas

Primer puesto

La pintora, de Marta Aurora Gómez

Segundo puesto

Esos muchachitos, de Margarita Lucía Gaviria Pérez

Segundo puesto

Soy la luchadora, de Irene Gaviria de Flores

Tercer puesto

Niña entre cabuyas, de María Oliva López

Tercer puesto

La esperanza de algún día ser profesora, de Luz Hermilda Durango Sánchez

Categoría: Mujeres jóvenes construyen sus historias sobre trabajo

Primer puesto

La pesadilla, de María del Carmen Osorio

Segundo puesto

Un día mas de sueños aplazados, de Diana Herrera

Categoría: Escritoras narran el trabajo de las mujeres

Primer puesto

Julia, de Gloria Cecilia Peláez Álvarez.

Segundo puesto

Los motivos de Nancy, de Estella Rangel

Además de expresar nuestra gran satisfacción por la posibilidad de adentrarnos en esta hermosa vivencia que nos cuenta cada una de las escritoras, reconocemos la notable tarea que ejecutan la Escuela Nacional Sindical, ENS y la Corporación Educativa Combos, en la promoción de la dignidad de las mujeres y en el rescate de sus valores, con iniciativas como éstas que les brindan el desarrollo del conocimiento, una de las herramientas para combatir el desarraigo y la injusticia.

Aura López *Martha Hoyos* *Luz María Tobón*

PRIMERA CATEGORÍA

Mujeres trabajadoras hablan de sí mismas

La pintora

Marta Aurora Gómez

Son las seis de la mañana. Ya estoy lista para subir al cafetal...

Aún recuerdo el calorcito de mi cama...

Es el tiempo de recoger la cosecha. Reconozco el camino por el que vamos mis abuelos, mis tías y otras personas que ayudan en las labores. Así, con los canastos, unos grandes y otros más pequeños, hacemos el recorrido hasta el corte para llenarlos de granos amarillos y rojos.

Esta tarea dura, por lo general, hasta las cinco de la tarde. De regreso, vamos hasta la despulpadora, y acompañados de lámparas de petróleo o caperuza, llevamos los granos para que queden sin cáscara.

Como soy la más pequeña del grupo de trabajo, mi abuelo me ofrece, de vez en cuando, agua de panela con limón.

La sombra marca las horas del día según se refleja en el piso.

Pasa un día, otro, luego otro y después son las semanas, los meses... y así no recuerdo cuántos años pasaron entre coger los granos, despulparlos, lavarlos, zarandearlos, secarlos, escogerlos y moverlos para

que, por fin, se secaran bien. De allí, ya secos por todos lados, van a los costales de cabuya, donde de nueve, dos, conforman una carga.

En la casa, nos quedábamos con la pasilla, que es el residuo. La utilizábamos para tostarla y dejarla como el café de la casa, que llenaba de aromas la cocina. Un olor grabado en mi cerebro, una primera pincelada de la vida.

Nuestra casa, de paredes de barro y tablas, nos evitaba el frío de largas noches y los soles de ciertas temporadas del año.

El tiempo implacable no se detiene, es lo único que es igual para todos...

Algún día escuché una conversación de mis abuelos. Se secreteaban y me hacían miradas de vez en cuando. Yo, mientras tanto, daba vueltas, revolviendo el café en el piso del patio, con el rastrillo en mano... "Ya está casadera" "Qué bonita es". Recuerdo cómo era yo: piel tersa, de color trigueña, ojos cafés y oscuros, cejas pobladas –hoy un poco canosas, delgada y ágil, muy aliviada.

No sabia de alegría o aburrimiento. Mi vida giraba sólo alrededor del trabajo. Era una rutina para mí normal. Mis abuelos eran muy rudos conmigo, a veces hasta maltratadores; me golpeaban las piernas con un palo y me decían que tenía que aprender a trabajar para que luego fuera una buena esposa.

Crecí como algo silvestre... El sacerdote iba a la vereda a confesar. Hice la primera comunión. Mi abuela me había enseñado las oraciones de rigor como el yo pecador, el padre nuestro, la salve, el credo... era una costumbre el rezo del rosario todas las mañanas y también por las noches, cuando me dormía del cansancio.

En esa niñez de trabajo yo tenía dos vestidos y con ellos pasaba todo el año. No tenía derecho a crecer, pues si aumentaba de peso o de talla tendría que ponérmelos estrechos. La ropa interior era un remiendo sobre otro que siempre tallaba.

Los recuerdos duelen, también tallan el alma.

Hoy, desde este salón de clase, veo el espacio como algo acogedor, grande, con cuadros grandes y bonitos. Alguien les pintó paisajes.

Mucho bullicio de mis compañeras artesanas, niñas, niños, mujeres de la tercera edad maquillando un poco sus tristezas... yo con pincel en mano creo que soy una valiente o hasta un poco masoquista, pues necesito recordar de vez en cuando mis vivencias.

Entre pincelada y pincelada regreso allá, a la finca, al cafetal... Es sábado. Hace mucho que mi madre no venía a visitarme. La última vez fue hace como tres o cuatro años. Cargo un bulto de leña al hombro. Ella va cerca de mí. Me tropiezo y me veo rodando cañada abajo. Mi madre trata de alcanzarme, pero no puede... un gran tronco evita que me vaya peñasco abajo... ¡seguro de allí no me sacarían viva! En medio del susto regresamos a la casa y el día sigue su curso: comer y luego dejar el rezo inconcluso para dormir de cansancio.

Otra vez mi cama. Son las seis de la mañana y estoy muy adolorida, sobre todo en la parte de abajo del estómago. Intento levantarme, pero estoy demasiado húmeda; me palpo con gran susto y observo todo alrededor. Estoy sangrando. La colcha está manchada y yo también hasta la espalda. No me atrevo a levantarme, seguro mi abuela me va a pegar. Ella se ha cansado de llamarme para que desayune. Mi abuelo grita que si no me levanto para ir por la leña, me levanta a las malas. Mi madre, con la velocidad de un rayo, me descubre; da media vuelta y con voz casi avergonzada murmura: “a esta muchacha la visitó misiá María”. En la sorpresa mía y el atolondramiento, me tuve que levantar escondida y temerosa a asearme, sufriendo algo que ya no tenía remedio. Me dijeron que eso era muy normal, que a todas las mujeres les pasaba y que no podía comer frutas durante esos días: ¡Y yo que había comido guamas como loca!

¿Será que me voy a morir? Entre preguntarme por qué me pasaban esas cosas y renegar por existir, sentí miedo y también la falta de esa

mamá que no estuvo conmigo, que no me acompañaba. Me dolía saber que ella estaba con otros hermanos y que yo estaba muy lejos de todos ellos.

Hoy creo que fue lo mejor, porque cuando ella se casó por segunda vez mis abuelos se opusieron a que yo tuviera un padrastro y por eso fue que ellos me cuidaron. Según decían, a mi padre lo mató la chusma cuando era la época de la violencia con los godos.

Y yo crecía y crecía. Este fin de semana vendría el sacerdote a confesarnos a mi abuela y a mí, pero esta vez sería diferente. En la escuela de la vereda habría una reunión y se celebrarían allí los actos litúrgicos.

Recostado en una pared, en frente de nosotras estaba él... ese que sería mi esposo. Era la primera vez que yo veía a alguien así, mayor de edad, de presencia agradable; impecable siempre, pues hasta para trabajar usaba ropa blanca. Mi abuela se le acercó y lo saludó. Él no me quitaba los ojos de encima. No sé qué le dijo ella, pero a los pocos días él estaba en mi casa, de visita. Mi abuela me hacía poner el vestido bueno, que era de boleros y muy ancho, de mangas al codo y enaguas.

Fueron siete meses de noviazgo, con visitas cada quince días que no eran para una novia sino para toda la familia. Luego el matrimonio, ¡qué calvario! Salí de las brasas a las llamas. Era un hombre muy celoso y un bruto. Esa primera noche me violentó como le dio la gana.

Apenas yo me puse a llorar de vergüenza y de dolor me preguntó que si yo era señorita. Yo le contesté que no, que si fuera señorita estaría de maestra enseñando en la escuela... que si no veía que yo no sabía coger siquiera un lápiz. ¿Acaso él no se daba cuenta de que era la primera vez que me ponía unos zapatos?

Yo ya era harina de otro costal. Otra pincelada, otro cambio de vinilo, otro color verde, otra mezcla con el agua... Mis manos tiemblan con el cansancio perdido en otros cansancios, los huesos tiernos ya son hoy huesos viejos.

A veinticinco peones tengo que hacerles de comer, mañana y noche. No me puedo dejar ver de ellos, por lo que tengo que dejar todo listo antes de que lleguen. Debo de estar escondida o si no tengo problemas: los empujones, las palabras feas y morbosas, los insultos. Yo como a la carrera, si es que lo hago... No tengo tiempo para descansar, hay que lidiar con cerdos, gallinas, perros, gatos, cargar leña y agua de muy lejos. Pero eso sí, no me puedo dejar ver.

Fueron varios años de ese trabajo, de trabajar como mula para otros hombres. Me siento muy enferma, cansada y cuando me quejo, él no me hace caso, no me escucha, dice: "Lo que pasa es que no me querés atender como mujer". Un día cualquiera, yo no sé de dónde saco valor y regreso donde mis abuelos.

Llevaba doce gallinas, al hombro, amarradas en una vara. Mi abuelo me recrimina porque él no quería que yo me casara. Es más, cuando salí de la casa me dijo que jamás volviera, que si lo hacía no me daría ni un trago de agua.

Sin saber qué hacer, sin tener adonde ir, no sé qué pasó. Dicen que me volví como loca, agresiva, perdí la memoria. Me mantenían amarrada día y noche. Me llevaron curanderos que después de varios meses lograron curarme. Quedé en los puros huesos. Poco a poco me fui recuperando, aunque no del todo, porque a veces tengo lagunas y no sé en dónde estoy o para dónde voy.

En esa situación hasta él vino a visitarme. No sé cuántas veces fue. Lo cierto es que mi abuela me dijo que era obligación mía estar al lado de mi esposo, que esa cadena no se podía romper porque cometería un pecado que arrastraría toda la vida.

Después fue un peregrinaje de finca en finca. Aunque ya no le hacía de comer a tantos peones, las labores de la casa eran muy duras y más en el campo con la escasez de agua, leña y con qué alumbrarnos.

Pero el ser humano lucha por sobrevivir, trata de romper barreras, se aferra a veces a los imposibles... Con el cansancio y lo poco que poseíamos mi esposo y yo decidimos probar suerte aquí en la ciudad.

A él lo colocó un familiar en un tejar. La situación era muy difícil, las personas se cansan muy rápido... por eso dicen que la olla arrimada se ahúma. A veces con la familia es peor...

Con miles de dificultades conseguimos un terrenito. Yo empecé a trabajar en la casa de una vecina, ella, muy querida, me prestaba la máquina de coser y así aprendí a hacer camisas de cargazón. Tenía un contrato por un año.

El sueño de construir donde vivir quedó listo. Qué felicidad era nuestro techo de tablas, forrado en un papel negro que se llamaba fieltro, que no dejaba pasar el agua cuando llovía. El piso era de tierra y siempre teníamos en mente hacerlo de cemento. Poco a poco todo lo logramos con mucho esfuerzo. Allí nació mi hijo, dicen que no hay mal que por bien no venga.

Después la vida nos enseñó que así como todo empieza también termina. Un vendaval, en un invierno, se llevó todo nuestro esfuerzo: la madera se había podrido y todo se vino abajo. Mis esperanzas quedaron igual que la poca loza que había.

El tiempo nos va marcando sendas antes no vistas. Ya me conocían como persona responsable y honrada. Llegué a trabajar con un señor haciendo camisas, camisetas, pantalones y muy feliz duré cuatro años en eso. De nuevo, tanta dicha no podía durar. Cualquier día mi patrón se declaró en quiebra y nos liquidó con las máquinas que manejábamos, desde entonces, la mía me acompaña; no es muy moderna pero con ella consigo el sustento para seguir levantando a mis hijos y a mis nietos.

También anduve de taller en taller esperando encontrar un patrón como el anterior. Así trabajé con Rosa, Marina, Fabiola... con la una ocho meses, un año, dos años, donde me explotaron como quisieron;

no me pagaban ni el mínimo, tenía semanas en que sólo conseguía para los pasajes. Eso era ir a enriquecer a unos o a otras sin recibir nada a cambio. En las confecciones lo chantajean a uno para que doble el turno y trabaje los domingos y también los festivos. Si uno no colabora lo echan, y ahí sí, como decía mi abuelo, la necesidad tiene cara de perro.

No sé si después de tanta lucha hoy es mejor o peor. Lo único cierto es que la casa, producto de tanto esfuerzo, no la puedo habitar. Soy desplazada por uno de tantos grupos armados de este país en donde se apoya al victimario y la víctima no puede ni hablar. La impunidad nos cubre como un manto del mismo firmamento.

Como el zarquito me tenía que tirar la ñapa, mi hijo mayor es epiléptico. Yo no tengo vida cuando él sale a la calle; pienso en que le dé un ataque o que lo coja un carro... ya ha sucedido varias veces. Son muchos miedos juntos.

Doy otra pincelada, pero me pierdo en los recuerdos y el pincel se me seca... Lo sumerjo en la vasija y muevo el agua. No sé por qué pero creo que sí hay un ser que juega con nosotros como le da la gana.

No importa. Cambio de colores, persigo los sabores. Ya no hay bulla, todos se han ido. En mi propia soledad camino a casa, hablo conmigo, no sé si alguien me escucha, no lo creo.

Mañana voy al grupo La Amistad. Son mis clientas. Les hago blusas, faldas, pantalones... a unas les quedan buenas, otras hacen reparos: "esto me quedó ancho o largo".

Conozco las historias de las otras mujeres que anduvieron por diferentes caminos y por esas cosas de la vida nos juntamos aquí. Ellas con sus sueños y yo pegué el mío a los de ellas. ¡Me parece mentira! Veo un letrero grande y brillante: "AME, con un propósito".

A mi edad tengo que echarle otra mano de pintura a mi arrugada historia. Los trabajos que he pasado para sobrevivir son sin contadero. Entre todas le pusimos color a mi gris y cansada existencia.

Poco a poco, entre pinceladas, el ayer y el hoy se me confunden. Sigo estudiando la primaria. Nunca estudié modistería pero querer es poder y yo ponía mucha atención en cada trabajo que hice, que hago.

Dicen por ahí que loro viejo no aprende hablar... eso es falso, pues yo aprendo todos los días y de todas las personas.

Teresita, una de mis compañeras, copia mi historia en el computador mientras yo se la dicto.

Esos muchachitos

Margarita Lucia Gaviria Pérez

Mi soledad nació cuando los hombres alabaron mis defectos manifiestos y condenaron mis ocultas virtudes.
Kalhil Gibrán Kalhil

Llegamos de Cali huyendo del maltrato de una sola persona, pero suficiente para aminorar las fuerzas para luchar y los deseos de vivir.

El universo nos tenía deparado un espacio terrenal, hermoso, único; estoy segura que mis hijos y yo al final de nuestros tiempos, es lo único que vamos a extrañar. Nuestras retinas guardarán los paisajes, los silencios, las noches, los días, que sólo Santa Elena puede dar.

A su gente gracias por sus enseñanzas de amor por lo suyo, orgullosos de sus ancestros, costumbres que por siempre tendremos que respetar. El único que no se alió a nosotros fue el frío ¡pobre piel bronceada! Adiós ropa ligera, pero la señora neblina, en la mañana y en las tardes nos abrazaba con tal encanto que aprendimos a vivir con el frío hasta el día de hoy.

Ante tanto dolor ajeno me avergüenzo del mío propio, pero mi fortaleza tiene una piedra angular: mis hijos.

¿Hasta dónde es cualidad, superación o miedo de enfrentar mis propios demonios amenazantes para caer en la lástima o en la superación? Mis trabajos han sido tan diferentes y variados lo que los hace llamativos, engrandecedores y dolorosos, pero sólo hablaré del más difícil y perfecto: ser mamá.

Ser mamá de mi mamá y de ocho hijos, cuatro niños y cuatro niñas, se preguntarán por qué la mamá, la vida fue muy benévola y no me formó para ayudar a una mujer adulta frustrada y triste, doblegada día a día por un alzheimer, despiadada enfermedad mental.

Atados a su locura estábamos los niños y esta heroína de cuentos infantiles que siempre tenía para ellos finales felices de nunca acabar. Hacía de su mundo de tierra y hambre brillantes colores, Pinocho y Rin Rin nunca podían faltar a nuestra mesa, siempre tenían que participar. ¡Ah! El ángel de la guarda compartía sus fríos y miedos y jamás se fue del lugar. Hoy es adulto igual que mis hijos, sé que por siempre me los va a acompañar.

Miradas, gestos negativos, nunca hicieron tanto daño como los calificativos dados por los demás para referirse a mí: ¡esa mujer con todos esos muchachitos! Esos eran lo que ellos veían pero la realidad para nosotros era un cuento de nunca acabar, a todo le disponíamos un orden, todo era pequeño, limpio, nuestro mundo era tan sencillo y simple, aprendimos que lo grande estorbaba, lo brillante incomodaba y lo que nadie veía era lo nuestro.

Fue lo peor, pasamos de paupérrimos a locos tristes. Pero sino hubiera sido así, mis niños verían el mundo con ojos de adultos y hoy no tendría cuatro mujeres y cuatro hombres normales, seguros y tranquilos, diciendo esto ya va a pasar. Tenía que conseguir que su infancia se cumpliera a pesar de una realidad dura y cruel que los rodeaba, pero

todavía no era tiempo para vivirla y eso lo tenía que evitar como fuera posible.

Tenía por credo para mis niños su inocencia, pero quienes nos rodeaban, hostigaban, criticaban hasta casi doblegar mi voluntad. Unido a esto llegaron los trabajos humildes: Doméstica, lavar ropa ajena, cuidar niños, bellas labores siempre y cuando se refieran a ellas con respeto y consideración, pero ¡qué dolor!

Lugar de la casa para la sirvienta, el último, cuarto de ropas, formando parte de la decoración, la basura, las escobas, la ropa para lavar y planchar, la bicicleta dañada, los periódicos viejos y, para no desentonar, el baño sanitario dañado. Levantarse con el alba, acostarse a media noche siempre y cuando no haya reunión social de los amos. Días de descanso: después de medio día los sábados (cada quince días), la comida: lo que sobra de la mesa y cuando nadie quiera más, esto teniendo buena suerte porque la realidad es más cruel, ¡pero es verdad!

Sólo voy a contar una de mis experiencias: trabajaba en una casa, donde me llegaron a exigir no pensar, no sentir, sólo ser sirvienta. Estando trabajando pasaron tantas tristezas pero la que nunca podré olvidar y tal vez contar por segunda vez fue la siguiente:

Mayo 9 de 2002, murió mi mamá. Me dejaron ir al sepelio porque soy hija única, sólo me acompañaron mis hijos. Su cadáver fue cremado y en las horas de la tarde regresé a trabajar. Cuando llegué a mi casa mi fortaleza flaqueó y no pude sino llorar, no tenía fuerzas para nada. Como no salía de mi habitación la hija de mi ama me llamó la atención de una manera única y cruel "¡duele tanto la muerte de su mamá que no puede ni siquiera despachar la comida! Su mamá estaba ya vieja y se tenía que morir. Espero que mañana esté como si nada hubiera pasado". De esta situación a otras peores no puedo sino recordarles a quienes nos hacen tanto daño que Dios nos ama por igual, hasta a las mal llamadas sirvientas.

Volvamos atrás, cuando todavía mi madre no había muerto, tenía la triste tarea de ayudar a mi mamá a llevar una infancia en contra del

tiempo, degenerando su físico y salud mental convirtiéndola en una niña de 60 años, difícil, agresiva e inconciente, loca en el tiempo y en su andar. Fueron catorce años degenerados por la incomprensión y la impaciencia, la pregunta sin respuesta: ¿y esto cuándo va a acabar?

El tiempo y la mala vida lograron su cometido, mi fuerza flaqueó, mis niños lloraron, mi madre sufrió. Convirtiéndome en una mujer derrotada con miedos y como compañero fiel el alcohol. Ingrata enfermedad, difícil tiempo, alcoholismo total. Perdida en la cordura agravada en la enfermedad, tristeza en los niños, y el cuento del nunca jamás se fue de nuestro diario vivir. Llegó lo que tanto quería evitar, fuerzas externas, maltrato verbal, se fueron de casa Rin Rin renacuajo y Pinocho, sólo quedaba el ángel de la guarda asustado y perdido.

Llegó el dolor, la pobreza, pisoteaban nuestro credo, destruyendo nuestro propio arco iris, la luna no acompañaba nuestra oscuridad, ¡qué frío en el día!

Dios ¡¿por qué te callaste?! Dejaste de mirar donde estaba mientras nos separábamos, mi madre para un ancianato, mis niños en su soledad, y yo loca, loca, buscándolos para poderlos abrazar, cantarles Pinocho mal herido, limpiar sus caritas y que me dijeran ¡te quiero mamá!

¡Ay Dios! ¡Qué oscuridad! Todos opinaban a viva voz: ¡dejémosla sola, está loca! El mundo de ella no sirve más, ahora sí sabíamos que el hambre dolía y el miedo doblegaba, bienvenida la cobardía a nuestras vidas, mis hijos lejos y mi madre y yo en el mismo lugar. Ella en su locura sin piedad y yo en mi soledad disfrazada con alcohol. Todo era igual, plano, frío, que pocos deseos de luchar! fueron seis años, para mí tiempo sin final. Qué ironía, mis hijos crecían a gran velocidad, odiando a esta madre que los cargará en sus hombros hasta que les llegue el final pues ellos son sagrados y no tienen por qué andar entre piedras y pantanos cuando yo lo puedo evitar.

¡Qué soñadora! Otra es la realidad.

Llegamos a donde permitimos ser llevados, era la hora de pelear

por mí. Yo soy la heroína del cuento de nunca acabar. Y cómo empezar, creyendo en lo único, lo pequeño, lo insignificante, lo que no se ve. Necesitaba ayuda celestial: Dios.

Mi mamá perdida, embolatada, necesitaba trascender, pero su niña, cómo dejarla tan mal, tenía que prometerle que yo sería fuerte, que sus enseñanzas las iba a utilizar, que sería esa gran mujer que ella formó y educó, que la amaba, que perdonara mi debilidad, que trataría de que no volviera a suceder. Cree en mí mamá.

Me creyó y se fue. Voló a su verdadero espacio, recuperó su cordura, ahora es mi fiel compañía, no hay lugar, tiempo o momento que no la sienta junto a mí. Es tan fiel su presencia. Dejé atrás los miedos, grata fortaleza, no era fácil, aquellos que te ayudaron a olvidarte de lo que vales, de lo grande que eres, única e irrepetible, no te lo van a permitir. Unido a ella estaba un jovencito de escasos quince años, maravilloso, tiene algo que lo hace diferente a sus hermanos, su color de piel, como la de mi mamá. Mi amigo querido cómplice, mi bastón y mi fortaleza, mi negrito del alma, ¡cuánto te debo! Favores del alma, que se escriben con letras de cristal entre las nubes y el más allá. Fortaleza mía hasta el día de hoy, ¡Dios te bendiga!

Unidos a estas fortalezas, cogidos de mi mano, levanté la mirada, silencié la palabra, reconocí la soledad como excelente compañía, consejero sabio el silencio; valor, dignidad, respeto, amor por mí misma, consideración y perdón ocuparon el lugar del alcohol hasta el día de hoy. Debía perdonar y perdonarme, al igual que pedir perdón. Difícil ser perdonada.

Hoy soy una mujer fuerte dueña de sí misma, engrandecida, deseando ser jubilada por millones y millones de besos, de mis nietos y un solo ¡gracias mamá! de uno de mis ocho hijos.

Por ver el mundo a través de los ojos de los niños fui condenada sin ser juzgada. La humildad se logra a través de los ojos de los inocentes.

Soy la luchadora

Irene Gaviria de Flores

¡Cantemos, cantemos! ¡Que viva el trabajo!
Así triunfaremos con un nuevo ideal, unidas las de menos, así
triunfaremos con un buen trabajo y dignidad.

Para las penas guardadas en lo más profundo del alma, el trabajo es un gran paliativo de las heridas y tristezas, aunque nunca puedan sanar.

Era 1981, año en el que hacía poco había perdido a mi hija Mariela, a la cual no alcancé ni a darle el último adiós. Con una profunda tristeza meditaba ¿qué sería de mi familia?, ¿cómo iría a ser mi situación económica en adelante?... Ya estaba por terminar el año, yo tenía mi trabajo en el hogar campesino, dictando clases de costura, tejidos, pinturas y otras más, a las señoras del pueblo. A los niños del hogar les enseñaba artesanías, entre las más importantes estaban: fabricar camas y muebles en palo de café lo cual para ellos era muy importante y benéfico para la vida en el campo. También les enseñaba a hacer vestidos, ruanas, todo lo relacionado con tejidos, pintura en tela y madera.

También había un contrato para móviles de carros de perros, muñecos y jirafas, los cuales se pagaban a un peso tanto a las señoras como a los niños del hogar campesino y eran transportados para Medellín. Ese año fue una exposición muy hermosa, llamativa, donde los visitantes compraban lo que querían.

Ya la cosecha de café estaba en apogeo. Aunque el verano le había hecho mucho daño, siempre se ganaba algo pero no para uno como mujer que le rinde menos y no le pagan las rodadas, pero en todo caso había que hacerlo. En una ocasión sí creí que me moría: rodé en el cafetal por un rumbón y por poco caigo a un salto de agua llamado el Salto de las Golondrinas. El patrón dio grito de alarma a los demás trabajadores, les dijo: "Al pie muchachos que se rodó Irene". Todos los trabajadores corrieron y yo caí montada en un palo de café.

Mi esposo estaba enfermo, yo no sabía que hacer, todavía no habían salido los niños a vacaciones, porque no se había terminado el año. Mi situación era muy triste, yo no podía quedarme quieta con mis niños estudiando, pues, pensaba yo, qué horrible era salir del estudio y no encontrar más que un agua de cidras. Le dije a mi esposo: "Me voy para donde su patrón, mijo, a ver si consigo con qué comprarle su medicina". Bajé a Dabeiba en busca del patrón, le expliqué la necesidad y todo fue imposible porque lo primero que él me dijo fue: "Si nos vamos para una pensión tenés lo que querrás", y abriendo un cajón lleno de plata, agregó: "Esto es tuyo, pero si haces lo que te digo... o sino, nada". Yo le respondí que me respetara, que él como patrón debió darle la medicina. Salí con el alma destrozada y llena de tristeza de saber que iba a llegar a mi casa con las manos vacías.

Ya se pasó otro año. El café se terminó, ya las ventas no eran lo mismo y no se conseguía ni un solo día de trabajo. La fritanga, que era en lo que yo también trabajaba cuando no había más, no daba resultado porque la gente bajaba en los carros directo para mercar en Dabeiba.

Como yo tenía mi ayuda con las hermanas Lauritas y las Capuchinas, ellas, conociendo mi situación económica, me tenían internos cuatro niños: dos hijas y dos nietos. A fines del mes de julio me fui a trabajar en costura varios días a Medellín; cuando llegué, me fui a amanecer donde mi hermana y le pregunté por una de mis hijas mayores: "¿Vos no sabes dónde vive Blanca Neila?". Y ella me respondió: "vive en la basura"; se refería al basurero de Moravia. Al otro día nos fuimos como a las ocho y nos fue muy difícil dar con ella. Mi hija se puso muy contenta de verme, nos brindó algo para la sed, conversamos mucho. Luego me dijo: "Vamos mamá para donde Marta a ver si consigue algo con ella". Fuimos donde Marta –una sobrina– y también se alegró mucho al verme, porque teníamos años de no vernos. Muy contenta me dijo: "Tía, véngase para acá que a usted le va mejor aquí". Yo le respondí: "No, mija, cómo me vengo... uno por aquí sin casa". Me miró y me contestó: "Véngase tranquila que yo le vendo un rancho que tengo por siete mil pesos, camine y lo ve". El rancho me gustó porque quedaba al frente del transporte, aunque no era sino una pieza forrada en madera y techo de cartón y paracote. Hice el negocio y me sentí feliz.

Organicé todo y me madrugué para mi pueblo. Llegué a Dabeiba a eso de las cinco de la tarde y me fui para la casa caminando de modo que llegué a las ocho de la noche.

Ese cinco de agosto de 1981, llegué a mi hogar. Mi esposo y los niños se pusieron muy contentos, me sirvieron comida, mitigué el hambre y les dije: "Estoy rendida, vámonos a dormir". Mi esposo se veía feliz por mi llegada y me preguntó que cómo me había ido. Le contesté: "Muy bien, si supiera la noticia que le traigo... ay mijo si viera cómo la pase de bien que hasta conseguí una casita en Medellín para que nos vamos el lunes". Él puso el grito en el cielo y como que no le pareció muy buena idea, pero yo le dije: "¿Se acuerda mijo de esa vez que a mí me resultó otra casita y usted no quiso que porque era arrendada?

Bueno, pues esta vez es distinto porque va a ser de nosotros y vamos a estar todos juntos. ¿No le parece?". Entonces me dijo: "Eh, Ave Maria mija, si usted por donde va es haciendo cosas mal hechas". A mí me dolió esa expresión, pero como yo estaba en una conquista no podía ponerme brava con él. Así que le respondí: "Ay, mijo, si esas son las cosas mal hechas que hacen las mujeres, lo que son es muy buenas; ¡ojalá resultaran todos los días!". Empacamos todo lo que más pudimos en las maletas de los pobres —unas cuatro cajas de cartón—; además de la ropa y los trastos, llevábamos dos camas y unas gallinas, así como el dolor y la tristeza que nos daba dejar el pueblo donde nacimos, donde crecieron los hijos y donde los nietos dieron los primeros pasos.

Llegamos a Medellín como a las cinco de la tarde. Al abrir la puerta del rancho encontramos una sorpresa: teníamos que sacar tierra porque no había por donde caminar. Yo consolaba a mi esposo diciéndole: "Siquiera que no llegamos de arrimados. Esta casita la vamos arreglando poco a poco y uno no sabe, después vemos si conseguimos algo con el Municipio".

Los primeros días, mi hija nos ayudó con la comida, pero como a mí me daba pena empecé a buscar en qué trabajar. Vi mucha gente por los lados de la basura y pensé que allá podía vender mi fritanga. Le comenté mi idea a mi hija y ella hasta me dio el plante para que arrancara.

Al otro día madrugué al mercado y compré papas, aceite, carne y otras cositas para hacer empanadas y todo lo de la fritanga. Me fui con mis ventas y como no tenía un punto estable me recorría toda la basura; unas veces con el sol insoportable y otras con unos aguaceros tremendos. Yo me sentía feliz gritando: "papas y empanadas, a la orden, calientitas, cuántas le doy". El primer día todo lo vendí. El segundo día también me fue muy bien. Hice lo mismo todos los días hasta que ya me sobró para aumentar la fritanga y hasta para comprar veinte centavos de hueso para hacer la sopa del almuerzo. Así seguí por unos días.

El domingo arreglé mis ventas y le dije a mi esposo que me acompañara al Parque Norte a vender las empanaditas. Fuimos como por ensayar y después de que terminé mis ventas nos sentamos muy contentos. Nos fue tan bien que hasta le dije a mi esposo: "Me voy a montar en rueda". No tuvo más remedio que dejarme ir y se quedó muy preocupado viéndome dar vueltas. Yo me sentía la mujer más feliz del mundo. Cuando me bajé, me dijo: "Usted sí es que parece una niña".

En esa misma semana nos fuimos para el Estadio porque había partido. Yo me acomodaba por ahí y vendía todo. La gente pasaba y yo gritaba: "A ver, papas calientes, a ver, a ver, venga, venga que con una prueba, con dos se ceba y con tres para la casa lleva... ¡acérquese!". Me iba también para la Macarena y me hacía por las calles en donde transitaba más gente.

También había días en los que trabajaba haciendo costuras con las monjas, allá en Moravia, o cosía ropa para niños donde una señora en Laureles. Y es que mi vida siempre ha sido muy laboriosa... desde niña me enseñé y me enseñaron a vivir ocupada, trabajando con alegría.

El doctor Germán Jaramillo empezó unos talleres para preparar a las personas que querían empezar a trabajar en la Terminal de Transporte. Hicimos cursos de relaciones humanas y luego seguimos con aseo y otros temas. El 2 de febrero de 1982, dos hijos míos y yo comenzamos a trabajar ya en forma. El sueldo era de 2.333 pesos. Los primeros días fueron muy duros, porque sacar adelante una empresa no era ni es tarea fácil.

Usábamos un uniforme color verde oliva, de dril, y teníamos zapatos, dizque muy elegantes, de tacón alto, con los que debíamos echar trapera toda la noche y arrodillarnos echando cepillo para desmanchar el piso.

Recuerdo que la primera noche, como a las dos de la mañana mis rodillas parecían verter sangre. A las tres de la mañana, mi compañera y yo nos sentamos en una banca del restaurante a descansar y a

tomarnos un café. El supervisor, que era muy considerado, nos dijo: "Pobrecitas, cómo están de cansadas... quítense esos zapatos y por ahí a las cuatro se los vuelven a poner porque llega don Germán y si no se los ve puestos se enoja". A las cinco, llegó el jefe y nos revisó el trabajo; nos felicitó porque todo estaba muy lindo y el piso lo teníamos como un espejo. ¡Pero qué cansancio y qué sueño! Me pareció mentira cuando el jefe me dijo: "Le va a tocar doblarse", sin más remedio, trabajé todo el día hasta las dos de la tarde, cuando me fui a descansar para regresar a las diez de la noche.

Así pasaron varios años. Tuvimos un supervisor muy mala persona, que nos humillaba como quería y no nos daba tiempo suficiente para desayunar. A veces, por ejemplo, mientras uno lo buscaba para conseguir las llaves del restaurante, pasaba la media hora y nos tocaba seguir trabajando sin probar bocado. Ya una sabía que si se pasaba la hora era mejor no moverse del puesto para no dar la oportunidad de un regaño.

El tiempo siguió pasando y don Germán nos dijo que teníamos que estudiar costura en el SENA. Eso significaba que a las horas de trabajo había que sumarles las horas de estudio, ya no habría tiempo de descansar. Terminamos el primer curso y debíamos seguir el segundo, pero yo le dije a don Germán que a mí me bastaba con lo que había levantado a mis hijos durante toda la vida. Entonces me dijo que debía estudiar alguna cosa, lo que fuera. Le comenté que quería aprender de mecanografía. A la semana siguiente empecé el curso en el Instituto Técnico Comercial.

Me gradué como auxiliar de contabilidad mientras trabajaba en la empresa. Fue una época muy difícil, de muchos esfuerzos. Una de las cosas más duras que viví fue que una moto me atropelló cuando venía del trabajo. Me tocaba caminar arrastrando los pies, pues sentía mucho dolor. El supervisor —uno que era buena persona— me veía llegar y me decía: "No, doña Irene, no hay riesgo de que yo la deje trabajar...

si es que me parece ver a mi mamá", y me mandaba para el Seguro a que me incapacitaran. Me daban incapacidades de a dos días, pero nunca me daban orden para operación o para un alivio definitivo. Las compañeras buscaban pedazos de cartón y me los daban para que me arrodillara sobre ellos y así no sintiera tanto dolor.

Cuando el supervisor me veía muy mal llamaba a mi esposo para que me fuera a recoger. Y así me la pasaba, de incapacidad en incapacidad, hasta que fui un día a renunciar. El gerente me dijo que más bien me daba una licencia de ocho días; yo le pedí, entonces, que fueran quince días. Se quedó mirándome y me dijo que lo llamara desde donde estuviera y que ahí veíamos. Lo llamé y me pidió que regresara a trabajar. Ahí, en definitiva, renuncié. Yo, con esa enfermedad, no podía seguir allá.

Hoy, varios años después, la pierna me sigue doliendo y se me hincha.

Para que no me diera tan duro dejar de trabajar, entré a un coro de música y a danzas. Ahí seguí con mis niños enseñándoles catecismo y cuidándolos.

Hace diez años ingresé a Combos, que es una organización educativa. Allí, en el grupo de mujeres trabajadoras he aprendido mucho sobre los derechos de la mujer.

Ahora estoy con mis fritangas y también vendiendo gaseosas y mecato en mí casa. Vivo con mi esposo, que tiene 90 años, y no me canso de trabajar y tener esperanzas de que cada día la vida va a mejorar.

Soy una mujer dinámica y soñadora, buen humorada de la vida, lo que hago es con mucho amor para que todo me salga bien, y a pesar de mis años, que son difíciles de contar, me siento capacitada para muchas cosas.

Niña entre cabuyas

Maria Oliva López

Nací en el Alto de la Chirimoya, corregimiento de Marinilla, y allí me crié al lado de mis 17 hermanos. Yo era la octava. Mis padres y mis hermanos mayores eran personas de temperamentos muy ásperos y estrictos. No me permitían jugar mamacita ni en las mangas. Sólo trabajaba y trabajaba todas las horas del día y gran parte de la noche. Conocí el trabajo de la cabuya cuando tenía cuatro años.

Mi padre y mi hermano mayor eran los que sembraban las penquitas llenas de espinas, que más tarde se convertirían en las matas de la cabuya. Cuando las pencas o bejucos ya estaban a punto de cortar venía una época de mucho trabajo, puesto que llegaba la cortada y la recolección. Después seguía la secada de la cabuya en las horquetas; ésta sale verde, jugosa y pegajosa, y nos llenaba de ronchas todo el cuerpo. Luego venía la lavada, que consistía en meterla en poncheras llenas de agua, al estilo de la ropa, pero éste era un trabajo tan duro que quedábamos medio muertos de cansancio. Los niños éramos los que

más sufríamos en estas labores, pues nuestros cuerpos eran demasiado pequeños para soportar tanta carga. Si descansábamos, aunque fuera para rascarnos la piquiña, nos pegaban o, peor aún, nos echaban sal en las llagas y en las ronchas que teníamos; esto era horrible y nos hacía llorar de la desesperación y el ardor. Cuando se nos salían las lágrimas, nos decían que éramos unos cobardes y unos perezosos.

Después de esto, seguía la aporreada de la cabuya, que consiste en tenderla en grandes extensiones de tierra o de hierba. Cuando ya tenía suficiente sol, la recogíamos en moños, de a puñados, para luego aporrearla con un palo hasta deshilacharla por completo y sacarle las hebras que, amarradas del mismo maguey, se van jalando y metiendo en un torno que las va enrollando y formando lo que conocemos como cabuya ya lista. Luego, los más pequeños, sacábamos las tiras y hacíamos unas bolas con ellas. A los menores de la casa, niños sin memoria, nos tocaba hacer eso en la cama mientras nos dormíamos de puro cansancio. Si cerrábamos los ojos antes de tiempo o nos quedábamos quietos, nos ganábamos coscorrones o una mojada con una totumada de agua fría. Y así, debíamos seguir haciendo las bolas hasta la madrugada. Estas bolas después había que manejarlas, otro trabajo bastante duro que cortaba las manos hasta hacerlas sangrar. Era muy horrible hacer todo eso, pues se sentía mucho ardor y mucho cansancio. De ahí vienen las alpargatas, los costales, las enjalmas y todos esos artículos domésticos e industriales que uno ve en los almacenes del campo.

Nuestra casa estaba situada en un cerro muy alto, desde donde podíamos divisar todo el mundo. La casita la habíamos construido nosotros mismos, con cañabrava y barro. Un vendaval con tormenta eléctrica nos tumbó el rancho y nos quedamos sin nada. Los más grandecitos cargando a los más pequeñitos huimos y nos refugiamos detrás de las matas de fique. Si no hubiéramos salido a tiempo, el viento nos hubiera arrastrado con toda la casa. Los vecinos nos ayudaron y nos dieron una casita de adobe en la que pudimos vivir por largo tiempo.

No es fácil describir una niñez como la mía, que no fue común y corriente. Nunca conocí lo que era un juguete ni tampoco el tiempo libre. Los sábados nos íbamos para el pueblo cada uno con una carga al hombro caminando varios kilómetros. Llegábamos donde nos esperaba un camión que nos terminaba de arrimar hasta el pueblo. Allí los mayores se perdían por horas enteras sin nosotros, los pequeños, que debíamos quedarnos al pie de la carga cuidando que nadie se la llevara. Si se llegaba a perder siquiera una bola de madeja, la pela era inimaginable. Más o menos a la una de la tarde regresábamos al campo, también caminando gran parte del trayecto.

El domingo nos llevaban a misa y nos daban veinte o treinta centavos para comprar confites, y ese sí era nuestro descanso, pero al volver a casa seguíamos trabajando, siguiendo la rutina de la cabuya.

Así pasaron los años y así pasó nuestra vida en ese campo tan frío y tan lleno de tristezas. Sólo dejé de trabajar en la cabuya cuando me escapé de la casa a los catorce años. Ya no me aguantaba más los maltratos, las ronchas, las humillaciones. Aquella época que siguió a la vida de la cabuya tampoco fue fácil, pero era por lo menos mi grito de libertad.

Con la esperanza de algún día ser profesora

Luz Hermilda Durango Sánchez

Soy Lucerito. Nací en Frontino Antioquia en 1964, en una familia campesina. Ocupo el tercer lugar entre cuatro hermanos. Cuando éramos muy pequeños mi padre murió a causa de una enfermedad, yo tenía cinco años. Mi madre se volvió a casar con otro señor que no nos quería y se fue a vivir a otra parte, dejándonos en la casa de un tío que vivía con una de sus hijas.

Mi prima nos ponía a trabajar mucho en la casa, teníamos que lavar los platos y barrer; pero para mí el oficio más duro era pilar el maíz y para mis hermanos cargar la leña. Esta casa era grande: tenía cuatro piezas, una sala, una cocina y unos patios alrededor. Cerca de la casa quedaba la escuela. Mis hermanos y yo teníamos muchas ganas de entrar a estudiar, pero era imposible porque mi prima nos ponía mucho trabajo. La profesora Rosangela Roldán vivía en una finca donde vendían leche. Una vez mis hermanos y yo fuimos a comprar la leche y la

profesora nos preguntó: "¿a ustedes no les gustaría entrar a estudiar? Y mi hermano mayor le contestó: "sí, pero a nosotros no nos queda tiempo porque tenemos que trabajar donde el tío". Ella le dijo: "yo lo sé, pero voy a hablar con su prima para que los entre y yo les regalo los útiles".

Nosotros nos sentimos muy contentos y le contamos a mí prima, pero ella nos contestó que ya estábamos muy grandes para entrar a estudiar: mi hermano mayor tenía catorce años, el otro once y yo ocho años. Finalmente la profesora habló con mi prima y ella por fin nos dejó entrar a la escuela. La profesora Rosangela, que la recuerdo con mucho cariño, el primer día de clase nos presentó a sus alumnos. Les dijo que nosotros éramos tres hermanos que habíamos entrado a la escuela porque queríamos aprender a leer y escribir, así estuviéramos más grandes que ellos. Ella fue muy especial con nosotros, nos regaló los cuadernos, la ropa y los bolsos para entrar a estudiar. Además nos daba clases en su casa y nos ponía tareas extras para alcanzar a los otros niños. Allí estudié primero y la mitad de segundo.

Un día fue a pasear a nuestra casa una media hermana mía que vivía en Medellín. Ella habló con mi prima y mi tío y les dijo que me iba a llevar para su casa, y el tío le contestó: "si ella quiere, pues que se vaya". Yo me fui con mi hermana para su casa que quedaba en la calle 94 del barrio Castilla, y le dije que yo quería estudiar; ella me contestó que si quería estudiar le tenía que ayudar en la casa. Mi hermana vivía con tres hijos: dos niñas y un niño, y su esposo. Esta casa era un segundo piso, tenía una sala, dos piezas, un patio de cemento, y en el solar había un árbol de limones y un corral donde vivían tres cerdos.

Yo tenía nueve años y era de cabello largo y ondulado, gordita, de piel morena, ojos negros y cejas poco pobladas. Mi hermana trabajaba en el hotel Ambassador y su esposo también trabajaba, pero nunca supe en qué. Ella me descargó todo el destino de la casa: yo me levantaba a las cinco de la mañana a despachar el hijo de ella para el colegio,

después me ponía a lavar la ropa, tendía las camas y barría, y luego me tocaba ir a las casas vecinas por la aguamasa para echarle a los cerdos. Lavaba el corral y les echaba la comida a los animales, luego me ponía a hacer el almuerzo para sus dos hijas y para mí, que nos íbamos a estudiar después del medio día. También trapeaba la casa y sacudía. Casi no me quedaba tiempo para arreglarme para ir a estudiar: me tocaba ponerme el uniforme a las carreras.

Yo estudiaba por la tarde en el colegio San Martín de Porres. Volvía a las cinco de la tarde, me tocaba ponerme a lavar otra vez el corral de los cerdos y a echarles comida. Mi hermana llegaba a las seis de la tarde y me ponía a ayudarle en la cocina. Después de que todos comían yo arreglaba la cocina, luego lavaba la camisa del uniforme porque sólo tenía una y la necesitaba para el otro día; después hacía las tareas que me ponían. Me acostaba diario a las diez y media u once de la noche.

Mi hermana era muy cruel conmigo: si yo hacía alguna cosa mal, me jalaba del pelo, me daba puños en la espalda y me pegaba con una correa café que tenía, no sólo para castigarme a mí sino a su hijo porque a él no le gustaba estudiar.

Los fines de semana que estaba mi hermana eran de más trabajo porque me ponía a lavar el baño y la cocina desocupando todos los cajones; también tenía que lavar las escaleras, limpiar los vidrios, traer la aguamasa para los cerdos y lavar el corral. A mí no me gustaba ir por la aguamasa porque en una de las casas donde yo iba, había un muchacho que a diario me amenazaba con abusar de mí. Yo le decía a mi hermana y ella no me creía. Así pasé tres años.

Un día una de sus hijas manchó las camisas de los uniformes con tinta azul, y como yo era la que pagaba los platos rotos me culpó a mí. Cuando llegó mi hermana y me hizo el reclamo yo le dije que no había sido mi culpa, y ella no me creía, me obligaba a que le dijera la verdad y me pegaba. Me dejó un lado de la boca hinchada, entonces yo me salí

para el patio. Ella me persiguió, cogió un alambre de púas y me dijo que si no le decía la verdad me pegaba ¿Yo qué verdad le iba a decir sino había sido mi culpa? Entonces ella me pegó con el alambre y yo metí los brazos para defenderme. Mi brazo izquierdo fue el más aporreado, me hizo cortadas muy profundas. Ella se entró para la casa. Mi sobrino, que era de mi edad, me lavó el brazo mientras les decía a sus hermanas que dijeran la verdad porque su mamá me iba a salir matando. Los días siguientes mi hermana no me dejó ir a estudiar y me encerró con llave para que no me vieran mi mano hinchada.

A los cuatro días fue a mi casa Luz Edith: una amiga del colegio. Tocó la puerta, yo salí al balcón y ella me preguntó por qué no había ido a estudiar, pero yo no le contesté nada. Ella se fue y le dijo a la señora Lourdes: su mamá, que fuera a mi casa porque me había visto algo raro en el brazo, pues yo me mantenía con un trapo para no lastimarme las heridas. La señora Lourdes llamó a mi hermana al trabajo, le preguntó qué me había pasado en el brazo y la amenazó con llamar a la policía. Mi hermana finalmente dejó entrar a mi casa a la señora Lourdes, quien me llevó al médico donde me limpiaron las heridas. Me quedaron unas cicatrices que todavía hoy me recuerdan todo lo que pasó: parece un cassette que se devuelve la cinta rápidamente y se me viene a la memoria todo lo sucedido.

Un día fue un primo que vivía en mi pueblo a visitarnos. Yo le pedí el favor de que le dijera a mi hermano mayor que me llamara y le di el número de teléfono. Mi hermano me llamó y tuve la oportunidad de contarle las cosas por las que estaba pasando. Le dije que estaba muy aburrida. Mi hermano le comentó el problema a una prima mía que vivía en Uramita y venía a Medellín cada quince días a comprar mercancía. En uno de esos viajes fue donde por mí a donde mi hermana y me llevó para su casa. Allí igualmente me tocaba trabajar ayudándole en los oficios y en el almacén. Yo hacía todo esto a cambio de estudiar,

para ver si así podía cumplir mi sueño de ser profesora como Rosangela, la maestra que nos contó por primera vez la historia de *La pobre viejecita* y nos enseñó a leer y a escribir.

Mi prima me castigaba cuando hacía algo mal, pero yo me aguanté sus palmadas y sus correazos para poder terminar el bachillerato. Lo terminé a los veintitrés años. Después no pude seguir estudiando por muchas circunstancias.

Hoy, pasados veinte años, me encuentro casada, tengo dos hijos y trabajo en una tienda en mi casa. Gracias a mi persistencia por estudiar y a mi preparación, ahora hago parte de la Asociación de Mujeres Organizadas y Resistentes (AMOR), donde recibimos acompañamiento del centro educativo Combos. Allí estamos luchando por un proyecto, que es trabajar en confecciones desde nuestras casas. Aunque no pude cumplir mi sueño de seguir los pasos de la profesora Rosangela, quien me ayudó a entrar a estudiar, me siento satisfecha de tener un trabajo y poderlo realizar desde mi casa mientras acompaño a mis hijos.

SEGUNDA CATEGORÍA

Escritoras narran el trabajo de mujeres

Julia

Gloria Cecilia Peláez

En homenaje a tantas criadas olvidadas,
segundas madres que en forma callada
nos enamoraron y consintieron.

Nunca he olvidado a Julia. Los años que han transcurrido desde su muerte no han logrado hacerla desaparecer, es como si el tiempo en lugar de borrarla la hiciera más nítida en mí memoria.

Aquella mujer escuálida y angulosa no tenía historia. Llegó un viernes de noviembre a la casa de las tías Emilia y Paulina con un pequeño fardo bajo el brazo, un vestido de flores azules y un pañuelo blanco en la cabeza y simplemente se quedó a vivir para siempre en la casa verde del marco de la plaza.

—Tía Emilia, ¿de dónde es Julia?

—Tía Paulina, ¿por qué llegó Julia a la casa?

Preguntas perdidas en el espacio y el tiempo en ese entonces de nuestra niñez y años después, cuando ya éramos casi hombres. Las tías

disimulaban contestando otras cosas que nada tenían qué ver con lo que les preguntábamos mis primos y yo.

Julia parecía estar en todas partes al mismo tiempo, sus pasos no se sentían aunque uno aguzara el oído, y era que Julia no caminaba, más bien se deslizaba sobre el piso. Se volvió sentencia en la casa de las tías decir que ella era la mejor cuidandera de novios porque nadie podía oírla cuando llegaba. Y no era por sus tenis blancos con suela de goma, es que ella era hecha de materiales sutiles, vaporosa su piel, sus ropas y etéreos los pequeños ojos grises.

Desde que la recuerdo era vieja, tenía pecas en la mano y la cara, pronunciaba las eses silbadas el final de las palabras, no sé si como defecto o encantador don de la naturaleza porque se oía como música detrás de su lenguaje sencillo. Flaca, flaquísima, casi esquelética, era más alta que todas las personas de la casa, incluido el tío Luis, que era capaz de coger las naranjas de los árboles del solar sin valerse de la medialuna metálica.

El cabello gris lo recogía en un par de trenzas coquetas, adornado con cinticas de colores, jamás lo vimos suelto, ni nunca supimos cuándo lo motilaba a pesar de las redes de espionaje que armábamos entre todos los primos en las vacaciones para descifrar sus secretos: el del cabello, el de los cajones del viejo escaparate cuyas lunas fueron selladas con fotos de santos porque:

—Si uno se mira mucho en los espejos, se le puede aparecer el diablo— nos decía, y cerraba los ojos echándose una bendición grande, solemne, desde la frente hasta el pecho y del hombro izquierdo hasta el derecho como decía el catecismo del padre Astete. Muchas veces aprovechando sus pocas ausencias de la casa examinábamos con codicia el misterioso cofre que guardaba con celo debajo de la cama en el último rincón, pegado a la pared, pero nunca pudimos abrirlo, el candado permanecía incólume a todas las llaves que le medíamos.

Las faldas grises, azules o blancas, largas y almidonadas eran un revuelo de mariposas cuando daba una vuelta aplaudiendo, costumbre tan suya cuando estaba contenta, mientras los tenis y las blusas resplandecían inmaculadas porque ella solía echarle al enjuague, cuando los lavaba, un polvillo azul que las hacía ver de un blanco deslumbrante.

Solía opinar sobre cada cosa. Recostada en el marco de la puerta de la sala le replicaba a las visitas de las tías:

—Ya les había dicho que ese tal Hétor para nada iba a servir en esta vida, quién sabe para qué lo tendría el señor.

Eran inútiles las reconvenciones para que se retirara cuando llegaban los convidados a la casa; luego de traer el café, ella, remolona, se quedaba con la bandeja en la mano oyendo cuando hablaban hasta que una mirada fulminante de la tía Paulina la hacía pedir permiso para retirarse.

—Para qué el alfebra muchachos — nos decía.

—Digan a ver, eso no le da filicidá a uno por dentro, vengan más bien y hacemos obleas con arequipe.

Era la primera en llegar a la misa de la seis de la mañana cada día. Volvía a la casa sonriente con cara de beatitud.

— Ya recibí al Señor, ahora sí no estoy solita.

La mitad del cuarto de Julia ubicado junto al patio de las ropas al fondo de la casa, era un altar. Un florero con rosas plásticas y dos veladoras encendidas día y noche, rendían culto a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, una estampita de Santa Bárbara, un pequeño bulto de San Antonio cargando un Niño Jesús al que le faltaba un piecito, y al lado derecho un cuadro con el marco de madera raído por los años y quizá por los ratones que demarcaba una pintura de una mujer que se adivinaba bella a pesar de lo desteñida, con el cabello oculto por un velo, un delantal blanco y sacando aguas de un pozo. Era Santa Zita, la patrona de las criadas y la adoración de Julia, hay que ver cómo la

invocaba cuando se hacía tarde aún para tener el almuerzo a tiempo.

—Santa Zita bendita, ayúdame— cantaba ella y revoloteaba las faldas, y al parecer era oída por la santa porque jamás hubo retrasos. A las doce en punto la campanilla de bronce llamaba del comedor a los comensales.

Me fantasiaba entrar al cuarto de Julia, de repente me sentía transportado al cielo, era un cuarto mágico: altares, cajas, repisas, el escaparate forrado en imágenes de santos, la colección de camándulas, las fotografías de la familia sobre las paredes y aquel maravilloso concierto de olores: el humo de las veladoras que santificaban el lugar, alcohol que utilizaba para el dolor en las piernas, tabaco, crema de mentol para las narices tapadas, olor de ropa lavada y de jabones; un canasto grande donde la ropa esperaba por la plancha de carbón y uno más pequeño con prendas averiadas que reposaban listas para que las amorosas manos de Julia pegaran los botones faltantes, remendara caminos deshilachados, compusiera letines sueltos, dobladillos despegados o zurciera las medias. En un baúl forrado con latas multicolores, cuidadosamente doblados, dormían los ajuares de bautizo de los primos y los tíos, los vestidos de primera comunión y el traje de matrimonio de la tía Emilia, guardados entre papeles de seda y bolitas de naftalina.

Julia fumaba tabaco después del almuerzo y la comida; se sentaba en una banquita en el patio trasero, cruzaba las piernas con un carrizo inconfundible, moviendo acompasadamente un pie, aspirando con lentitud el humo y entre cada bocanada, rezaba unas oraciones especiales de letanías a cientos de santos; en la tarde, a las seis, coincidiendo con el toque de campanas de la iglesia oíamos de labios el inconfundible Ángelus.

—El ángel del señor anunció a Maria… y el humo ascendía a los cielos abrazando la oración. Viendo fumar uno sentía un placer ajeno que le caía en trozos de humo. Muy dentro de mi mismo me decía:

— Cuando sea mayor voy a fumar como Julia.

El portón central del caserón de las tías siempre permanecía abierto, la casa era un desfile permanente de beatas, vecinas, necesitados, monjas del colegio de niñas del pueblo, un peón de finca, algún arriendo de paso con un mensaje, "Jaime Centellas" el tonto que hacía los mandados, que con cada cambio de luna pasaba por las calles gritando que el mundo se iba a acabar y que caerían rayos y centellas y por supuesto las visitas de la ciudad que llenaban cada espacio en las vacaciones. Ni siquiera en las noches la puerta de la casa se cerraba, permaneciendo ajustada con la concha desgastada de un caracol. El portón de al lado abría solamente los domingos, era la puerta por donde entraban las bestias el fin de semana, cuando los muchachos, los hijos de Emilia, llegaban de la finca cargados de bultos con verduras, frutas, carnes, huevos. Julia los esperaba siempre con un chocolate espumoso y un plato de riquísimas almojábanas que ella misma preparaba; la casa de las tías era la misma abundancia, sobraba la comida y siempre había un plato para el visitante de última hora o el menesteroso que Julia despedía con el estomago y los bolsillos llenos.

— No despilfarres, mujer— gritaban las tías, pero ella les contestaba:

— El señor y Santa Zita devuelven e doble y nos quitan días de purgatorio.

Julia era de extremos sentimentales: amaba hasta el sacrificio más grande a los pobres, los perros, los gatos, no nos permitía siquiera matar los insectos y a nosotros nos consentía, nos bañaba y vestía, nos daba las comidas con sus manos, nos arrullaba al dormir cantándonos la canción del pirata que vive en los mares y nos escondía entre sus faldas cuando nos amenazaban las tías; pero desdeñaba hasta el oprobio a alguna vecina entrometida o chismosa que por razones válidas o por instinto le cayera mal. No faltó quién la tildara de bruja, a veces las

mismas tías se asustaban porque, en ocasiones, en su cuarto se oía risas y conversaciones que cesaban si alguien prorrumpía súbitamente. Yo sí entendía lo que pasaba, Julia le hablaba a sus santos y ellos le respondían, ella me lo contó y yo creía todo lo que me decía.

Julia cuidó al tío Luís todo el año que duró su enfermedad, nunca supimos qué le pasó al tío; no preguntamos, ni los adultos nos contaron; lo vimos consumirse lentamente hasta quedar reducido a un ser encorvado sobre si mismo y tan pequeñito que se parecía a una de las muñecas de mi prima Isabel. Julia velaba de noche, le daba la comida y cuando no pudo comer más mojaba sus labios con un algodón empapado en agua, le rezaba, le contaba historias, masajeaba sus músculos atrofiados, lo volteaba en la cama para evitar que formara úlceras y cambiaba sus ropas dos veces al día. Cuidó también a la abuela Laura hasta el día de su muerte y algo le prometió Julia, algo que jamás nos quiso decir.

Tenía días en que perseguía a las tías advirtiéndoles que para mañana no habría con que hacer ni siquiera una sopa y cuando al día siguiente ellas habían olvidado el asunto, Julia siempre encontraba con que hacerla. Tal vez, igual que Santa Zita, ella tenía el poder de llenar las alacenas y darle comida a cuanto desdichado pidiera un plato de comida.

Las tías y los muchachos le daban, cada quien, algunos pesos a Julia, los mismos que desaparecían en cuanto los tocaba. Aprovechando las escasas salidas de Julia a la calle —por ejemplo para preguntar por un enfermo o para llevarle unas empanadas al padre o ir a hacer algunas compras—, Emilia y Paulina volaban a esculcar en su cuarto: abrían cajones, baúles, miraban debajo de la cama, palpaban el colchón y abrían el escaparate, pero su desengaño era inmenso porque sólo encontraban estampas de santos y bolsas repletas de minúsculas hebras de hilo, y es que Julia aseguraba que todo el hilo que se botaba, así

como la comida, era horas que se agregaban de purgatorio. Llegamos a la conclusión de que el dinero también iba a parar a manos de los pobres que tanto protegía.

Cuando la tía Emilia vendió la hacienda, todo desapareció ante mis ojos de niño. Las tías se vinieron a la ciudad y se terminó para siempre el encanto de las vacaciones. Se fueron ubicando en los recuerdos la casa verde del marco de la plaza, el patio de ropa, el cuarto de los altares, el baúl con bolitas de naftalina y mi pobre Julia, quien en las noches de tormenta, cuando me sentía sucumbir ante el miedo monstruoso de los rayos, me llevaba a su cuarto, me arrullaba mientras invocaba a Santa Bárbara para que se calmara la tempestad. Mi pobre Julia abandonada en el asilo del pueblo, en donde se silenció para siempre.

Ahora con sus ojos que me escrutan desde los rincones del cerebro, que miran a través de los míos, he salido a buscarla. No vive en los archivos del asilo ni del hospital, no duerme en las tumbas del viejo cementerio, nada he encontrado, ni un rastro de su paso. Se ha ido con sus faldas revoloteantes, sus eses silabadas y sus trenzas atadas con cintas de colores, desapareció tan veladamente como cuando llegó a nuestra vida. O quizá juguetea en las alacenas de las cocinas del pueblo de la mano de Santa Zita.

Los motivos de Nancy

Estella Rangel

A Enrique Mantilla le parece absurdo que Nancy, su esposa, quiera divorciarse. No acepto, me dijo, que una mujer que lo tiene todo y que es la número uno en la vida de Enrique Mantilla Puerto, en **mi vida,** resulte con esta historia. Escúcheme, usted que es su abogada, y ayúdeme a disuadirla. Yo tengo confianza absoluta en Nancy, sé que es una gran señora, ella, en cambio, me imagino que se lo ha dicho, no confía en mí, ¡qué tontería!, sólo porque a veces coqueteo con otras mujeres cuando vamos a alguna reunión juntos, ¿que por qué lo hago?, no sé... bueno, confieso que me gusta que sienta un poquito de celos, pero Nancy debería confiar en mí porque yo puedo contar con los dedos de una sola mano las ocasiones en que he echado una canita al aire en todos estos años, sí, no le miento, sólo han sido dos o tres deslices de un momento, cosas que se olvidan después de los tragos, porque yo a Nancy no la cambio por otra, eso ni pensarlo. Yo no me entrometo en sus cosas, no le pregunto nada de su trabajo, es más, le he pedido que

no lleve los asuntos de la oficina a la casa. A pesar de eso ella llega con cerros de papeles y se pone a trabajar después de la cena mientras yo veo televisión. Sólo descansa un poco cuando empieza a sentir sueño. Entonces, va a la cocina y prepara café. Alguna vez dijo que le gustaría que yo hiciera el café de vez en cuando y le ofreciera una taza, pero vea usted, yo no sé prepararlo bien y el que ella hace es de verdad delicioso, lo digo yo y lo dicen mis amigos. ¡Ah! Y qué tal que yo se lo ofreciera... ella ni siquiera descansaría los minutos que gasta en hacerlo. Sí, el caso es que yo no me entrometo en sus asuntos de trabajo. Ni siquiera conozco el teléfono de su oficina y, en realidad, no tengo muy claro qué es lo que ella hace. Lo que quiero resaltar es que yo no le censuro nada, ni siquiera sus almuerzos de trabajo con otros hombres. Claro, en lo que no le he dado gusto es en almorzar con ella por lo menos una vez a la semana, como me lo ha sugerido. Le voy a explicar por qué y usted me entenderá, estoy seguro. Si yo almorzara con Nancy, le haría el desaire a mi mamá que se esmera en preparar lo que a mí me gusta, no, me parece el colmo cambiar la comida de la casa de mi madre por un almuerzo de un restaurante cualquiera, además, yo ceno con Nancy todas las noches, ella es buena cocinera, aunque no tanto como mi mamá, claro que a veces no tiene mucho tiempo y, en esos casos, arma la cena de cualquier manera, en ocasiones, incluso, prefiere que comamos en algún restaurante cercano, y yo lo acepto sin hacerle reproches. Además, a Nancy le gustaría que hiciéramos programas de descanso juntos, los dos solos, los fines de semana, pero bueno, dos fines de semana de cada mes yo me voy con mi mamá a la finca y Nancy se queda por razones de trabajo, y los otros dos fines de semana del mes yo no puedo dejar sola a mi madre. Imagínese, qué tal que ninguno de mis cinco hermanos vaya a visitarla. Por eso, con frecuencia, salimos a pasear los tres y nos divertimos. Mi mamá aprecia a Nancy y creo que mi esposa también aprecia a mi mamá, más parecen amigas que suegra y nuera, lo que no

entiendo es por qué Nancy tiene esa idea de que hagamos más actividades sólo los dos, cuando los tres la pasamos bien. Hace un par de meses le propuse a Nancy que fuéramos ella y yo a un pueblo vacacional que me gusta mucho, y se puso feliz, lo recuerdo perfectamente, y, luego, ese mismo día, pasamos a visitar a mi mamá y se me ocurrió invitarla. Yo ví el desconsuelo de Nancy... Escúcheme, yo no lo puedo entender, ¿será que Nancy siente celos por causa de mamá? Créame, me es difícil comprender esto... Bueno, yo procuro ser detallista con Nancy. Por ejemplo, en sus cumpleaños le regalo esos artículos para el hogar que les gustan a las mujeres. Yo no le hago elogios ni arrumacos, es cierto, nunca aprendí a hacerlo, pero, aunque no se lo diga a ella, yo reconozco sus virtudes y se las comento a mis amigos. Ellos saben que estoy orgulloso de Nancy. En cuanto al sexo, bueno, yo me siento satisfecho, ella también, seguramente, me resulta difícil hablar de eso. Creo que soy un buen amante, el problema puede estar en que en algunas temporadas tenemos poco tiempo para nosotros, por lo que dije, por su trabajo. Vea usted, a veces me he sentido tentado de ir a donde trabaja para hablar con su jefe y decirle que no le exija tanto, que eso no es justo, sin embargo, no lo he hecho porque en realidad le pagan bien y es mejor que conserve su puesto. A propósito, yo pago puntualmente las cuentas que son de mi cargo. En eso vamos bien, aunque creo que cuando ella gana más que yo, debería asumir más gastos. Bueno, dígame usted, ¿qué será en realidad lo que le molesta a Nancy...? Porque créame que yo no lo sé. Yo veo que ella lo tiene todo conmigo. Bueno, a veces se ha quejado porque dice que con su trabajo le resulta difícil atender las tareas domésticas, piensa, tal vez, que yo podría ayudarle o que necesitamos una empleada, lo cierto es que ella hace los oficios con gran facilidad mientras que a mí eso me cuesta mucho, es que mire, en casa de mis padres nunca me tocó lavar ropa, ni planchar, ni barrer, ni trapear, ni limpiar paredes, ni cocinar, ni tender la cama, ni siquiera pasaba los platos a

la cocina. Hoy en día puedo arreglar la cama y preparar unas tostadas, un té y un vaso de jugo de naranja, de hecho, yo hago eso al desayuno muchas veces. Y claro, si yo ayudo con esto, ¿para qué contratar una empleada? No, no acepto la idea de tener una empleada en el apartamento ni siquiera una vez al mes. Esas mujeres son poco cuidadosas y les encantan los chismes. No. No vale la pena. Viéndolo bien visto, a Nancy le encanta cocinar y hacer los demás oficios. Yo ayudo poquito, pero de algo sirve. Ah, sí, hay otro asunto. A mí me gusta reunirme con mis amigos y, cuando la reunión es de parejas, Nancy va conmigo, el problema está en que a ella le gusta reunirse con sus propias amistades y me ha pedido que la acompañe. Yo he ido, claro, y le aseguro no hay comparación. Las reuniones mías son más interesantes. Sin embargo, yo he tenido paciencia y no he protestado, pero me aburro y parece que ella lo ha notado. Algunas veces he cometido errores, pequeños errores, y no le he dado las disculpas que ella quisiera. Como hace poco cuando se enfermó, según el médico por falta de descanso –¡maldito jefe!–. Ella estaba lavando los platos que tenía acumulados desde el día anterior y de pronto se puso muy pálida. Me dijo que la ayudara a llegar a la cama porque sentía que se iba a desmayar y que le dolía ya no recuerdo qué. Yo le di la pastilla que me pidió y, mientras le hacía efecto, me fui a hacerle una visita a mi mamá. Yo no pensaba demorarme, lo juro, pero coincidencialmente mamá tenía invitados a cenar y me rogó que me quedara. Yo no pude decirle que no, no sé cómo explicarlo, el caso es que terminé regresando a casa pasada la medianoche. Nancy no lo olvida, me ha estado martillando eso una y otra vez, como si quisiera que me humille y le diga que lo siento. Yo no lo he hecho porque creo que si Nancy me ama tiene que entenderme y perdonarme, ya que yo le he demostrado que la quiero. Yo no tuve la culpa de que ella se agravara esa noche y se sintiera abandonada, “abandonada como un perro callejero”, me dijo. Sí. Cosas de este estilo han pasado varias

veces, cosas sin importancia. ¿Por qué no puede perdonarme y olvidar de una vez por todas? Yo sé que a ella le cuesta ofrecerme disculpas, y, cuando lo hace, se las acepto y asunto cerrado, entonces, Nancy, que es muy inteligente, debería entender que a mí **que soy hombre** me cuesta mucho más, dígame, ¿por qué ella no olvida mis pequeñas faltas? Yo la quiero de verdad y la necesito. Ayúdeme a que ella lo entienda. Ya le conté la verdad, soy humano, no soy tan perfecto como ella quisiera... Ahora, dígame usted, ¿ve motivos de peso para que mi esposa quiera divorciarse?

TERCERA CATEGORÍA

Mujeres jóvenes construyen sus historias sobre trabajo

La pesadilla

María del Carmen Osorio

Cuando nací y pude tener conocimiento de mí misma, me di cuenta de que éramos muy pobres y de que mi vida no iba a ser fácil. Mi papá, mi mamá, mis hermanos y yo vivíamos en una vereda de Santa Bárbara, Antioquia, en una casa de bareque. Teníamos sembrados de árboles de mango y de maracuyá, que había que abonar y cuidar para poder recoger la cosecha, que después mi papá vendía en la plaza del pueblo en cajitas de madera.

Yo tenía como seis años y mi hermana, la mayor, que se llama Beatriz, tenía once. Mis dos hermanos menores, Toño y Luz Amanda, eran muy niños para trabajar en los cultivos. Entonces, el trabajo nos lo repartíamos entre Beatriz y yo. Nos levantábamos a las seis de la mañana a desyerbar y a sembrar cebolla, palos de yuca, maíz y colinos de plátano, que estaban en la huerta de la casa. A esa hora me daba sueño y me costaba mucho el trabajo. Después teníamos que coger mangos y maracuyás y empacarlos en guacales. Beatriz y yo nos manteníamos muy aburridas, porque no podíamos estudiar ni jugar. Mi papá era tan

ignorante que nos decía que el estudio no nos servía para nada y, en cambio, el trabajo sí, porque con él conseguíamos la comida y todo lo que se necesita para vivir. Nos dijo una vez que no le volviéramos a mencionar el estudio y que tampoco habláramos de jugar porque eso no era para nosotras.

Cuando mi papá se iba a vender al pueblo, aprovechábamos para jugar en la huerta: nos subíamos a los árboles, comíamos las frutas que no se podían llevar al mercado porque estaban aporreadas o picoteadas por pájaros, y corríamos por todas partes. Cuando él regresaba, dejábamos de jugar. Una vez nos vio y nos pegó. La segunda vez cogió la correa, que era de cuero, y también nos pegó, pero esta vez nos dejó marcas por todo el cuerpo, por lo que nunca más volvimos a jugar.

Mientras él estaba en la casa no nos atrevíamos a hablar; sólo obedecíamos todas sus órdenes. Mi mamá no salía de la cocina; se mantenía cocinando y mi papá casi no nos dejaba acercarnos a ella. Yo creo que mi mamá no es una persona normal, porque lloraba todos los días, aunque trataba de que no la viéramos. Cada vez que la veía, le preguntaba por qué lloraba tanto, pero no me contestaba. Ella jugaba con muñecas y hablaba sola. También cuidaba a mis hermanos pequeños, pero había días en los que se quedaba pensando en sus recuerdos y permanecía paralizada, como en estado de shock. Recuerdo que a veces le daban ataques de nervios y se caía al suelo desmayada. Ni en esa época ni ahora le ha gustado ir al médico. Tampoco se entendía bien con mi papá, que la insultaba y la maltrataba todo el tiempo.

Seguimos viviendo en Santa Bárbara hasta que tuvimos que desalojar la casa, porque llegaron unos hombres malos que estaban matando a toda la gente de la vereda y violando a niños y niñas, que después aparecían asesinados en las cañadas. Como esos hombres malos querían nuestras tierras, decidimos venirnos para Medellín con la poca ropa que pudimos recoger. Cuando llegamos al barrio El Bosque, empezamos a tocar de puerta en puerta pidiendo posada. Había gente que nos

tiraba la puerta en las narices y otros nos daban comida o plata, pero no posada, porque éramos desconocidos. La primera noche nos tocó dormir a los seis en la acera del Planetario. Eso fue algo muy duro, porque mi mamá se preocupaba y lloraba por lo que estábamos sufriendo.

Mi papá pudo conseguir una piecita en el barrio Popular 1, donde al menos teníamos un techo y no nos mojábamos por si llovía. El problema, después, fue que el señor que nos arrendó la pieza nos exigió un adelanto y mi papá se puso a pelear con él; mi mamá seguía llorando y la señora que vivía al frente se conmovió y nos regaló la plata para pagarle al arrendador.

Así pasaron unos días hasta que mi papá consiguió un trabajo desyerbando y limpiando prados. Él nos daba la comida y pagaba el arriendo, hasta que un día, a los cuatro meses de vivir en la ciudad, se fue con otra mujer y nos abandonó. No volvimos a saber nada de él.

Sin saber qué camino tomar, mi mamá se desesperó mucho porque no podía trabajar en nada. Un día, el arrendador nos empezó a gritar cosas: que dejáramos de ser tan mantenidos y muertos de hambre. Nos humilló todo lo que pudo y una vez que no pagamos el arriendo a tiempo, nos tiró la ropa a la calle. Mi mamá, muy preocupada, se fue a pedir a la calle y de casa en casa para poder mantenernos a mis hermanos y a mí, y así también poder pagar el arriendo.

Mientras mi mamá estaba en la calle, Beatriz, mi hermana mayor, que ya tenía novio, se quedaba con nosotros tres pero no nos permitía jugar, sino que nos ponía a hacer todo el oficio de la casa. Si no le obedecíamos, nos pegaba con la correa y nos insultaba diciéndonos: "Muévanse, malditos mocosos", "A barrer, sapas lengüilargas".

En ese entonces yo tenía casi ocho años. Beatriz no tardó en irse a vivir con el novio, un señor mucho mayor que ella. A mí me tocó cuidar de mis hermanos y preparar de comer lo que mi mamá me había enseñado: caldos con papas y huesos, sin ningún aliño. De sobremesa tomábamos agua, porque no había para más. Mi mamá seguía pidiendo en las calles.

La vida era un infierno cada vez peor. En la casa del arrendador nos humillaban y nos maltrataban. Un día, Beatriz vino a hablar con mi mamá y a preguntarle cómo estábamos. Ella le contó de todos los problemas que teníamos, por lo que Beatriz nos llevó a vivir en su casa, que quedaba por los lados de la fábrica Pepalfa.

Ese día nos sentimos muy felices, pensando que íbamos a vivir mejor, que el infierno se iba a acabar. Pero no fue así.

Como ella nos tenía viviendo en su casa, se aprovechó de la discapacidad mental de mi mamá y empezó a mandarnos, a Toño, a Luz Amanda y a mí, a pedir dinero en las calles, para llevarle al final de cada día cuatro mil pesos. Fue muy horrible experimentar el tener que pedir por primera vez en la vida. Si no conseguíamos la plata para Beatriz, ella nos pegaba con una correa o con una chancla, o nos reventaba la nariz con sus manos.

Debido a que en esos días nos empezó a ir bien pidiendo, mi hermana nos subió la tarifa a ocho mil pesos, el doble de lo que nos estaba exigiendo. Ella decía que teníamos que ganarnos la comida, porque no nos la iba a dar gratis. Mi mamá no podía hacer nada por nosotras y se mantenía llorando, como siempre.

Yo me sentía muy triste, porque tenía que estar pidiendo y debía aguantarme las malas propuestas de los hombres. Mis hermanitos y yo empezamos a descubrir la calle como un lugar horrible, una pesadilla diaria que teníamos que vivir para recoger monedas. Si no llegábamos con la tarifa, Beatriz nos pegaba hasta cansarse.

Una tarde, casi al anochecer, un hombre gordo, asqueroso y feo nos embobó a Luz Amanda y a mí, y nos llevó para un rastrojo. Dijo que si nos dejábamos tocar, nos daría cinco mil pesos a cada una. Le contestamos que no. Al darse cuenta de que no queríamos nada con él, me cogió a mí y me empezó a quitar la ropa interior a la fuerza y me tapó la boca. Yo trataba de gritar y lloraba, pero no podía hacer nada. Ahí fue cuando mi hermanita se le escapó y comenzó a gritar pidiendo ayuda;

así, el hombre se asustó y me soltó. En ese momento, le di gracias a Dios y a mi hermanita porque no me pasó nada. Nos llevamos un gran susto y el aprendizaje de no volver a confiar en nadie.

De todo lo que nos pasaba, nunca le contábamos nada a mi hermana, porque una vez que lo hicimos, ella nos dijo que para eso eran las mujeres y que dejáramos de ser tan estúpidas y bobas. Aguantábamos en silencio todos los sufrimientos y seguíamos en la calle, aprendiendo cosas malas y buenas. Yo trataba de seguir las buenas, pero a veces me descarrilaba un poco: aprendí a tirar marihuana, pero no me gustó y no lo volví a hacer.

Trataba de defenderme de los gamines, porque ellos querían robarme lo poco que conseguía y que debía entregar al final del día para seguir teniendo la comida y la dormida en la casa de mi hermana mayor.

La niñez mía nunca fue feliz, primero por los maltratos de mi papá y el trabajo en la finca y luego por lo que nos hizo Beatriz.

Entre todas las cosas que me pasaron, recuerdo que una vez un gamín me chuzó la espalda con una jeringa, porque no le quise dar mi comida. Ya estaba de noche y yo tenía mucha hambre; además, no había reunido la plata de la tarifa. Enfrenté al gamín y al verme tan furiosa se fue. Luego, me senté a comer.

Una mañana, después de sufrir tanto en la calle, decidí ponerme a vender confites en los buses para así no tener que pedirle plata a la gente y lograr que me respetaran. No era muy fácil, pero por lo menos lo intentaba.

Mi hermana me seguía explotando como quería hasta que por fin, otro día, mis hermanos y yo nos encontramos al ángel salvador. Apareció una muchacha, llamada Mónica Puerta, que nos invitó, junto con otros niños, a la Corporación Educativa Combos, donde podríamos estudiar y aprender a jugar.

Cuando llegué allá, vi todo como una cárcel, porque era una casa grande llena de rejas. Me asusté y no quería entrar. Creí que me iban

a encerrar. Mónica y mis hermanos me convencieron de que entrara. Como estábamos en diciembre, había una fiesta con regalos, natilla y buñuelos, y juegos para todos los niños.

Sin darme cuenta estaba feliz. Seguimos yendo sin que Beatriz lo supiera. Allá nos llevaron a pasear al Parque de Las Aguas, al Jardín Botánico, al Parque Norte, al Zoológico y a muchos lugares de la ciudad.

En ese momento yo tenía doce años. Cuando se acabó diciembre y comenzó enero, entramos a estudiar allí. Hacíamos dos grados en un año. En sólo una semana yo aprendí a leer y a escribir, por lo que las profesoras me cogieron mucho cariño.

Por primera vez supe lo que era tener un cuaderno entre mis manos. Por primera vez sentí lo que era jugar con otros niños y con otras niñas. Al principio esto fue muy difícil, porque me daba pena y era muy agresiva con ellos; por ejemplo, una vez un niño me quitó el balón y lo agarré de la nuca para que me lo devolviera. Con el tiempo, aprendí a relacionarme con todos los demás.

En Combos, también empecé a aprender sobre mis derechos como persona y como niña. Hasta ese momento yo seguía trabajando, con la diferencia de que estudiaba al mismo tiempo.

Beatriz seguía explotándonos, pero un día pude gritarle en la cara que no iba a darle más mi dinero. Me dio una golpiza, pero yo por primera vez me defendí de ella. La cogí del pelo y le dije que no se metiera más con mis hermanos y conmigo. De ahí en adelante seguí trabajando pero ya no tenía que llevarle la tarifa, sino lo que yo quisiera.

En el colegio, con mucho esfuerzo, pude llegar hasta sexto grado. Allí, en Combos, encontré amor, comprensión, ternura y buen trato... lo que nunca recibí en mi propia familia.

Con el tiempo y con los ahorros de muchos años, logré comprar un lote grande en donde mi mamá, mis hermanitos y yo podríamos vivir tranquilos, sin estar arrimados en la casa de nadie, sin sufrir humillaciones y malos tratos.

Un día más de sueños aplazados

Diana Herrera

Al fin en casa. Termina mi trabajo en la empresa y comienza en el hogar.

Llego y veo a mi hijo Santiago, ese gordo divino que es la razón de mi vida. Tiene cinco años, cabello negro y unos ojos más negros que su pelo; mirada tierna y una energía increíble para correr y jugar. Es esa mirada la que me da fuerzas para seguir luchando.

Después saludo a mi esposo.

—Hola, amor. ¿Qué tal el día?

—Bien —contesta.

— ¿Qué hay de comida? —le pregunto.

— ¿Y es que acaso la dejaste preparada? —me responde con ironía.

En ese momento sentí rabia y recordé un acuerdo que habíamos hecho cuando nos casamos: que las labores domésticas serían compartidas.

—Pero si tú llegas antes que yo podrías adelantar algo mientras llego. —le dije y lo miré con dolor.

—Es que llegué muy cansado—, respondió el muy cínico.

Para no aumentar el conflicto, voy a la cocina y monto la comida. Luego al lavadero a lavar el uniforme de Santiago, mi hijo, para que al día siguiente pueda ir al jardín de niños. Afortunadamente cuento con la ayuda de una hermana que vive cerca y todas las mañanas viene, lo organiza y lo lleva al jardín.

Después de lavar el uniforme, voy a la habitación a limpiar y recoger todo el desorden que Carlos mantiene: la ropa, las medias y todo tirado, porque el muy conchudo no recoge ni las medias. Nunca ayuda con la limpieza, argumentando que llega muy cansado de su trabajo.

Él es operario de artes gráficas; trabaja en una editorial. Nos conocimos cuando ambos estudiábamos. Es hincha del Medellín y apasionado por el fútbol. Es alto, tiene la piel canela y los ojos color miel. Siempre está esperando a que haga todo por él, porque pareciera que yo no tengo derecho a cansarme. De pronto, con voz de protesta le oigo decir "¿Qué pasa con la comida?". "Si quieres ve y servítela", le respondo.

Termina el día. Al fin a descansar. Mi hijo ya está dormido. Hoy, Carlos, más cariñoso que de costumbre, me invita a la cama: "Acuéstate, amor, que yo apago las luces". Mientras yo muy extrañada me quedo pensando que debe estar arrepentido por lo injusto que fue conmigo. Al apagar las luces, me doy cuenta de sus verdaderos intereses, que no eran otros que tener sexo conmigo. La verdad es que tener sexo con él me fascina, pero en otras circunstancias, cuando no siento que reviento del cansancio y no tengo tanta rabia con él. Yo, muy desilusionada, me niego, pues hoy sólo quiero dormir y dormir.

—Cuando lo busque en la calle, no me reclames—, me dice, porque es el sucio chantaje que utiliza siempre que no cedo a sus propuestas.

Después de aquellas palabras, empiezo a llorar. La pieza está oscura y lloro tratando de no emitir sonidos, pues no quiero que se dé cuenta. De pronto, me dice: "¿Por qué estás chillando?". No le respondo

nada y finalmente me quedo dormida.

Riiingggg, riiiiiingg, suena el despertador. Es un nuevo día. Son las cuatro de la mañana. Me levanto, me baño y, en carreras, me visto. Luego preparo el almuerzo para llevarlo al trabajo, mientras alisto la ropa de Carlos y la mía. Ah, y el uniforme del niño. Cuando hago todo esto, Carlos sigue dormido. Al despertarse, siempre ve que todo está listo.

Ya casi sin tiempo me dibujo las cejas, me echo un poco de rubor, medio me peino y salgo.

Son las cinco y veinte de la madrugada. Llego a mi trabajo justo a las seis. Al entrar, veo en el fondo del pasillo a mi jefe Ebert. Me mira a mí y enseguida a su reloj. Ya me tiemblan las piernas y pienso "me va a regañar".

—Buenos días—, lo saludo.

—¿Días o noches?—, responde, porque aunque la entrada es a la hora que llego, él pide que estemos allá diez minutos antes. —¿Qué son estas horas?—, continúa su sermón. Él es un tipo alto, moreno, de unos cuarenta y ocho años, barbado y barrigón; con una cara de agrio que siempre me asusta, porque desde que lo conozco nunca lo he visto sonreír.

—La buseta se demoró en pasar. No volverá a pasar—, no le digo más y sigo.

Llego a mi puesto de trabajo y dos mesas con morros de pantalones me esperan para aplanchar. Es la producción de la noche anterior.

Recorro con la vista los puestos de mis compañeras y todas están con cara de chupo; se les ve el cansancio físico y mental en la cara y en todo el cuerpo. Ellas están trabajando desde el día anterior, en el horario que supuestamente va de dos de la tarde a diez de la noche... ¡y eran las seis y cinco de la mañana siguiente! Llevan dieciséis horas trabajando seguido, sin descanso. Y aún no terminan. La orden es no parar de trabajar hasta entregar lista la producción. Yo me salvé de esa,

pues al no estar la producción en las mesas de planchado no tengo tanto trabajo.

Llega Byron, el jefe de planta. Me mira con cara de lástima y me dice: "Esta producción tiene que estar lista para el mediodía". Él es un hombre alto, piel trigueña, bastante pasado de kilos, pero con una calidez humana que transmite sólo con hablar. Siento un gran aprecio por él, porque cuando entré a trabajar en la fábrica me apoyó mucho para que aprendiera rápido a hacer mi trabajo. Además, a veces, como mi puesto queda tan lejos del resto de mis compañeras, Byron va a hacerme la visita, conversa conmigo y me cuenta historias mientras me ayuda a colgar los pantalones en ganchos.

Después de aquella orden, lo miro con susto y le digo: "Ni que fuera un robot". Me palmeteó la espalda y dijo: "Órdenes son órdenes y donde manda capitán no manda marinero". Y se fue.

Me provocaba decirles a todas mis compañeras que se fueran a descansar, pero no eran más que alucinaciones mías, destellos de poder que se quedan en sueños... al menos hasta ahora.

Mi trabajo es bastante duro, pues la mayoría de las veces mi horario sobrepasa las ocho horas establecidas por la ley. Ni qué hablar del salario... no cuento con prestaciones sociales, porque estoy al contrato, me pagan por cada prenda que planche y la paga es muy baja; por planchar cada pantalón me gano treinta pesos.

Recuerdo que en el período de prueba el jefe iba todos los días con un cronómetro en la mano a contabilizarme el tiempo. Lo recuerdo con mucha rabia, porque esa situación me tensionaba tanto que terminaba más cansada de los pies que de las manos. Él se hacía a mi lado y me decía sosteniendo el cronometro: "Miremos a ver si esta muchacha sí sirve o habrá que buscar otra".

Cuando pasé esos primeros dos meses, me sentí muy contenta porque tenía un trabajo, en el que, mal que bien, pagaban. Sin embargo, la

paga por operación fue disminuyendo a medida que pasaba el tiempo. Nos decían que los costos de producción estaban muy altos y por eso debían mermar los salarios a todas las trabajadoras. Nos aguantábamos esta situación por miedo a quedarnos sin empleo.

Además de eso la planta donde trabajábamos era un lugar horrible, con poca ventilación y poca luz; sólo funcionan la mitad de las lámparas. Los pisos son viejos y tienen las baldosas quebradas. Hay también un espantoso olor a gas que todo el día me hace sentir ganas de vomitar... es que abajo, en el primer piso, funciona una fábrica de estampados de tela con hornos a gas. Recuerdo que el primer día, en la entrevista, mientras me hacían preguntas, creía que ese lugar iba a explotar... pero no me atreví a preguntarle a nadie qué pasaba. Días más tarde comprendí de dónde provenía aquel olor y supe que nos iba a acompañar todo el tiempo.

Otra cosa que no soporto de la fábrica son los baños. Hay apenas dos para veinticuatro empleadas. Para acabar de ajustar, tienen malo el sistema de vaciado, por lo que tenemos que llevar un balde con agua cada vez que entramos.

Pero ante toda esta desazón sólo me alienta recordar a mi familia, porque creo que Dios sí me bendijo en ese aspecto, pienso que me tocó la mejor de todas. Cuatro hermanos: dos mujeres y dos hombres; yo soy la tercera de los cinco hijos y la relación con los demás es muy buena. Somos los mejores amigos, aunque a decir verdad me llevo mejor con mis hermanas Nelly y July, porque los dos hombres, Jaime y Nelson, son un poco machistas y nos cuidan más de la cuenta; pero a pesar de eso los adoro. Ya todos estamos casados y le dimos ocho hermosos nietos a mi mamá, esa viejita linda y trabajadora como ninguna, pues aunque le tocó muy duro en la vida, siempre se mató por darnos lo mejor que pudo y por enseñarnos también lo mejor: a vivir unidos en todo momento.

Mi papá murió cuando yo apenas tenía ocho años, entonces mamá quedó sola con cinco hijos pequeños y tuvimos que pasar muchas dificultades económicas. Recuerdo que hasta hambre nos tocó aguantar. Y es que papá nunca quiso que ella trabajara fuera de casa, por lo que no sabía hacer nada distinto a los oficios de la casa y fue para ella muy difícil empezar desde cero y, además, sola.

A veces, mientras estoy planchando pantalones, me pongo a pensar en nosotras las mujeres, en las angustias reprimidas que guardamos en el alma, en los sueños sin cumplir y en tantas cosas que quisiéramos desahogar y que no podemos, por lo que se nos hace difícil hablar y pensar del goce, de cosas felices. Siempre tenemos la mirada fija en el sufrimiento, luchando contra él: sufrimiento es quizá una palabra perfecta para describir todas las injusticias de la vida. Nos pasamos los años viviendo por los demás: "hágalo por los hijos, por el marido, por los padres y por todos los que le rodean... y de último lugar, si es que queda un pequeño espacio, haga algo por usted misma"... Ese espacio nunca queda.

Cosas como esas son las que le digo a Byron cuando va a mi puesto de trabajo a contarme sus historias y a escuchar las mías. Ahora yo estoy muy ocupada planchando la producción del día. Byron se me acerca y me pregunta de un momento a otro que qué hago trabajando allí si tengo el bachillerato terminado y además con énfasis en artes gráficas. Lo miro con asombro y le contesto con otra pregunta: "¿Y usted por qué sabe tanto de mi vida?". Me contó que un día se puso a fisgonear las hojas de vida de las empleadas y se encontró con la mía; allí se enteró un poco de mi vida. Fue entonces cuando le conté aquella incansable lucha que tuve cuando terminé mi bachillerato técnico y tenía muchas ilusiones de trabajar en lo que sabía y me gustaba. La gran sorpresa que me llevé al buscar empleo fue que nadie quería darme una oportunidad: en todas partes buscaban personal con experiencia y

yo no la tenía, ¿cómo la iba a tener si nadie me daba la oportunidad de demostrar mis conocimientos?

A Byron le conté también que estuve un año llevando hojas de vida a todas las empresas de artes gráficas que conocía, pero nada, me daban siempre la misma respuesta. Me quedé mirándolo y le dije: "No entiendo cómo empezaron todos los que trabajan en este o en cualquier oficio". Como no conseguía empleo en artes gráficas me metí a trabajar de terminadora de confecciones en la fábrica. Por eso es que estoy aquí, y ya se me olvidó todo lo que aprendí en mi bachillerato técnico.

Byron ya dejó de conversarme y fue puesto por puesto adonde todas a ver cómo iban con su trabajo. Ya basta de historias. Sigo planchando en los últimos momentos de mi jornada.

Termina la tarde. Voy a cambiarme de ropa. En el espejo puedo ver el cansancio de un largo día de trabajo. Mi rostro está pálido y ojeroso, pues no tuve tiempo de retocar el maquillaje; las cejas que me había dibujado en la mañana ya están muy claras y casi borradas; mi cabello lo veo despeinado y con el frizz alborotado por el sudor de tantas horas planchando.

Estoy al pie de la avenida, cubierta con un suéter negro y grueso y una bufanda vieja que me regaló mi mamá; todo esto para procurar que el viento frío de la noche no me haga daño, pues estoy muy acalorada para estar en el sereno.

Espero la buseta para ir a mi casa, a ver a mi gordo lindo y a mi esposo. Ya son las siete de la noche. Qué fortuna: hoy salí más temprano que de costumbre.

MENCIONES

Mujeres con sus memorias de trabajo

Con el trabajo sobre los hombros

Blanca Nubia Nieto López

En 1990 empecé a trabajar en la calle con mi hermana Mercedes, en la calle Pichincha con la carrera Cundinamarca. Ella tenía un catre en la mitad de la calle en el cual vendía ropa interior de dama, caballero y niño. A mí me daba mucha pena ofrecer, entonces ella vendía y yo empacaba. Me pagaba según lo que vendiera. Casi siempre dos mil ó tres mil pesos diarios. Así transcurrió un año.

Un día ella me dijo: "Nubia ¿usted por qué no trabaja de cuenta suya?", y yo le respondí: "no, yo no tengo con qué". Ella me prestó sesenta mil pesos. Con eso pude comprar media docena de pantys de señora, de brasieres clásicos, de brasieres de aumento para dama y de semi-tangas; y para comprar el resto de la mercancía mi hermana me sirvió de fiadora. Así pude conseguir medias, ropa interior de niños y brasileras. Puse todo en un catre, pero quedó muy vacío. Entonces, a medida que iba vendiendo, lo iba surtiendo más.

En 1991 el Ejército tapó todas las entradas de las calles donde trabajábamos, nos levantaron todos los puestos y nos dañaron mucha mer-

cancía. Así comenzó nuestro calvario, porque ya no nos dejaban trabajar. Tuvimos que guardar los catres y armamos cajas con riatas, que nos colgábamos en los hombros.

En el sitio en el que trabajábamos diariamente había tres policías que cuidaban de esquina a esquina. Al principio no nos dejaban trabajar, entonces sólo podíamos vender a las seis de la tarde, cuando ellos se iban para la casa. Pero con los días fueron aflojando y aprovechamos para vender cuando ellos se iban. A veces, cuando estabamos vendiendo y ellos llegaban, teníamos que salir corriendo y muchas veces los clientes se nos llevaban la mercancía. Ese trabajo así era muy duro. Uno salía muy cansado, con dolor de espalda y la piel aporreaba por el sol. Y así teníamos que llegar a nuestras casas a organizarla, hacer la comida y lavar.

Un día estabamos con las cajas puestas en unas sillas, y llegaron los policías y nos cayeron de sorpresa. Cuando nosotros reaccionamos ya estaban encima quitándonos la mercancía. A la mayoría se nos reventó la riata con la que sosteníamos las cajas, entonces ellos empezaron a coger la ropa interior blanca y de colores pasteles que teníamos, y nos la pisoteaban. Nosotros les decíamos: "es que ustedes no tienen compasión, miren nosotros vivimos de eso", y ellos nos contestaban con tono burlón: "eso díganselo al gobierno".

Por defender a una compañera que los policías le estaban jalando del cabello, llegaron otros dos uniformados y me empezaron a golpear. Otra compañera les tiró un cajón encima y entonces me soltaron. Unos compañeros nos gritaron a mi amiga Lucelly y a mí: "pilas que vienen por ustedes. Váyanse". Empecé a correr y a correr. Me caía y volvía a levantarme. Después de correr mucho, paré y miré para atrás, y vi que ya no había policías. Entonces me devolví, entré al Palacio Nacional y subí al tercer piso. Miré para abajo y vi a la hija de mi amiga y a mis compañeras llorando. Yo pensé tantas cosas, y también me puse a

llorar. Mandé a un niño a llamar a mis compañeras y cuando llegaron a donde yo estaba, les pregunte: ¿qué le pasó a Lucelly?, y ellas me contaron que le habían dado un bolillazo en la frente y que se la habían dejado como una bolsa de agua. Fui a la cafetería donde me dijeron que estaba mi amiga, la encontré llorando, la abracé y me puse a llorar también. Ella me dijo: "nos quedamos sin la mercancía, ¿si vio cómo me la volvieron?, esa mercancía ya no sirve". Yo le dije con tranquilidad, que no importaba, que hacíamos un préstamo y comprábamos más. Aunque sentía que la ira me carcomía por dentro, tenía que darle moral a mi amiga. Al otro día no pudimos trabajar porque los policías llegaron a las seis de la mañana y se quedaron hasta las ocho de la noche.

En otra ocasión salimos a trabajar con nuestras cajas; ya nos habían hecho el préstamo pero no nos alcanzó para mucha mercancía. Ese día llegaron los policías con unos hombres que llevaban unos chalecos que decían: Espacio Público. Esos hombres nos dijeron que no nos podíamos hacer ahí, y una compañera les dijo: "que pena, pero nosotros tenemos que ganarnos la comida para nuestros hijos".

En ese mismo día unos policías le estaban quitando la mercancía a una compañera, que tenía mucha necesidad porque le iban a echar los hijos del colegio porque no había podido pagar. Entonces todas nos fuimos a defenderla con palos, catres y cajones. Llegó una jaula y ahí venía una policía gorda, alta, blanca, con el cabello corto y lacio. Se bajó del carro y preguntó con voz fuerte: "¿cuál es el problema aquí?". Y se acercó a mí para quitarme la caja, y yo a no dejármela quitar. Empezó a pegarme patadas y yo también, ella me gritaba que la soltara y yo le decía que no, ella me pegaba y yo le pegaba. Pero ¿qué duro le iba a pegar, si yo tenía unas chanclas de goma y ella unas botas de cuero y platina? Le di una cachetada y ella me soltó. En ese momento mis compañeras me dijeron que se me habían llevado la mercancía. Cuando fui a ver, ya la tenían en el furgón toda tirada. Me puse a llorar de ver que

ya no tenía con qué trabajar y les pregunté: ¿quién me la cogió? Ellas señalaron a varios policías y a un agente de Espacio Publico que tenía a una compañera del cabello. Me le fui con mucha rabia y le mordí tan duro una mano que le saqué sangre.

Cuando todos se fueron nos sentamos en el piso a llorar, pero también a reírnos recordando al agente que casi se pone a llorar por el mordisco que le di. Entonces nos fuimos para las casas; a mí me prestaron el pasaje. Al otro día volvimos y ahí estaba esperándome la policía gorda que me había dado patadas. Cuando la vi sentí mucho miedo, porque pensé que me iba a pegar otra vez. Ella me dijo: "Blanca Nubia ¿verdad que usted me demandó?". Y yo le dije: "si yo me hubiera quedado quieta de pronto sí, pero como yo me defendí. Pero si no hubiera sido así tampoco la demandaría, porque para ustedes no hay ley". Ella me mostró tres morados chiquitos que tenía en la pierna, y yo le mostré los míos, en las piernas también, que eran muy grandes. Ella se puso a reír y antes de irse me dijo: "a la próxima le va peor". Y yo le contesté que ella, como todos los policías, abusaba de su poder.

En una mañana, a eso de las siete, yo estaba en el baño y cuando salí vi que estaba peleando la policía con mis compañeras, y mucha gente que pasaba por la calle les gritaba que no las maltratara.

—En esas mantienen—, dije yo.

—Se calla o quiere que me la lleve—, me contestó un policía de los que estaban ultrajando a mis compañeras.

—Si me va a mantener a mí y a mis hijos, lléveme, yo no me opongo—, le dije con rabia.

—¡Que se calle!—, me gritó.

Después me miró fijamente, se quedó observando la camiseta blanca que yo llevaba, estampada con la cara del Che Guevara.

—¡Quítese esa camiseta!—, me ordenó con violencia.

—¿Por qué?

—Hasta guerrillera será usted.

—¿Usted cree que si yo fuera guerrillera estaría por aquí vendiendo en la calle? No señor, estaría en el monte dándoles a ustedes por donde se rompen las ollas. Porque esa gente sí es berraca, no como ustedes que están ultrajando a la gente pobre que necesita trabajar.

En otra ocasión estábamos peleando con policías y agentes de Espacio Público porque, como era su costumbre, llegaron bruscamente a quitarnos la mercancía. Entonces salió una policía del almacén Exito de Guayaquil, le quitó el bolillo a un bachiller y le pegó a una compañera en el brazo. Todas nos le fuimos encima a quitarle el bolillo, ella se cayó y cuando estaba en el suelo sacó un arma y empezó a disparar indiscriminadamente. Después de herir a un muchacho que vendía gafas, salió detrás de una compañera y le pegó un tiro por la espalda. María Elena, mi compañera, se desplomó y en el suelo le pegó otro tiro. Nosotras nos pusimos a gritar y a llorar. La policía se entró para el Exito y ahí mismo cerraron las puertas. Nosotras no sabíamos qué hacer. Dos hijos de la señora y yo nos fuimos a demandar a la policía, pero sólo le recibieron la denuncia a uno de ellos. María Elena estuvo en el hospital mucho tiempo porque las balas le destrozaron el riñón y otros órganos. Estuvo muy mal.

Meses después yo me fui a trabajar a la carrera Cundinamarca. Hice un carro de rodillos y seguí vendiendo la ropa interior. Una vez pasó la jaula de Espacio Público y empecé a correr y a correr con el carro, pero ellos me alcanzaron, me empujaron y me tiraron al suelo. Me paré llorando, pero como ya no estaba con mis compañeras me tocaba pelear sola. Empecé a decirles: "como son de guapos en pandilla", y me volvieron a empujar. Al final se cogieron la mercancía y me subieron a la jaula. Me llevaron a la inspección. Allá había un policía de apellido Correa, que apenas me vio me dijo: "por fin cayó". Yo le pedí que no me quitara el carro y le prometí que no volvería a trabajar allá. Él me

respondió riéndose: “bueno, váyase, pero si la vuelven a coger no le devuelvo el carro”.

Luego una compañera me dijo que había organizaciones que nos representaban ante Espacio Público, para permitirnos trabajar en la calle. Un día Guillermo Giraldo, presidente de la Unión General de Trabajadores (UGT), nos visitó y nos pidió dos fotos y cuatro mil pesos para afiliarnos y darnos un carné. Nos fuimos para la carrera Bombona. Ahí estuvimos casi un año. En diciembre nos mandaron para la carrera Bolívar y ahí trabajamos en navidad, pero teníamos que pagar tres mil pesos de alquiler por una mesa y tres mil pesos que nos cobraba el celador que cuidaba el sector.

El primero de enero tuvimos que salir de ahí, cada uno por su lado tenía que buscar direcciones para poderse ubicar. Pero yo no sabía cómo hacerlo. Después de cuatro meses de estar buscando direcciones para ubicarme, Martha una compañera de trabajo, me ofreció su puesto en Ayacucho porque ella se iba a trasladar. Yo hice un carro de rodillos, ubiqué la mercancía y me fui para el puesto. A los tres días llegó Carlos: un agente de Espacio Publico que, a diferencia de los otros agentes, era muy formal.

—Señora, muéstreme su escarapela—, me dijo.

—Yo no tengo.

—Ahí no se puede hacer—, me respondió, con una actitud pasiva.

Ese día yo estaba con mi hija Ligia, una joven de veintidós años, morena, de cabello largo y negro, muy pretendida por los hombres.

—Deje trabajar a mi mamá, ella no tiene nada más qué hacer—, le dijo mi hija con tristeza.

—Si usted viene a trabajar aquí con ella, yo la dejo.

—Yo no soy capaz de trabajar en la calle, yo no sé mi mamá cómo hace. A mí me da mucho pesar.

Finalmente el agente me dio permiso por unos días.

Durante un año estuve trabajando sin escarapela. Hasta que un día

le dije a la vicepresidenta de la UGT que me ayudara a conseguirla. Ahora la tengo. Aunque me va muy mal vendiendo la ropa interior en Ayacucho, porque sólo hay vendedores de frutas, al menos tengo un lugar donde trabajar tranquila. Y aunque ya nadie me molesta, todavía siento miedo cuando veo a un uniformado de Espacio Público o de la Policía. Sé que no sería capaz de volverme a enfrentar a ellos porque no me gustaría volver a repetir esa experiencia de golpes y de malos tratos.

Mujer luchadora

Luz Amparo Moreno Misas

Cuando me casé me fui con mi esposo a la casa de mi suegra, en un pueblo llamado Dabeiba. Allí, con ayuda de ella, tuve a mis cinco hijos, ya que no tenía plata para ir al hospital. Por causa de la violencia nos tocó venirnos para Medellín sin nada. Es difícil llegar a un sitio sin conocerlo.

Llegamos al barrio Santo Domingo Savio, pero allí nos tocó volver a vivir de arrimados en la casa de una cuñada. Era difícil y parecía que en esas iba a vivir mucho tiempo. Así pase seis largos meses, que para mí fueron una eternidad porque yo quería tener mi propia casa. Pero cansados de tanto sufrir y aguantar humillaciones nos fuimos a vivir a Buenos Aires, donde pagábamos una pieza que mensualmente nos valía 35.000 pesos. No era muy cómoda, era pequeña y para una familia tan numerosa como la mía no era la adecuada, pero era una casa y mis hijos estaban seguros allá.

En ese entonces tuve a mi sexta hija y aunque para una madre un hijo no es un estorbo, en la dura situación en la que yo me encontraba,

mi bebé era otra preocupación. Mi esposo me pegaba, en lo económico estaba muy mal y con el sueldo de él no nos alcanzaba para nada. Así que decidí salir a pedir a algunos barrios como Itaguí, Guayabal, Manrique oriental y Caldas. Ibamos un grupo de mujeres a los supermercados, tiendas y carnicerías a pedir. Ellos ya sabían a qué íbamos nosotras, entonces nos daban una papa, un plátano o un huesito. Los martes cada ocho días hacíamos el mismo recorrido. Ese trabajo no era lo mejor, era algo muy duro, pero me iba bien y no me podía quejar. Así pase cuatro años seguidos: recorriendo y recorriendo lugares.

Después empecé a trabajar en una casa de familia, la señora se llamaba Dora Giraldo. Los primeros meses me llegaba el pago puntual: ganaba nueve mil, pero al pasar del tiempo no recibía la plata. Así pase siete años en los cuales no recibía ni liquidación ni prima. No aguantaba más, mi vida era difícil, mi suegra le pagaba a mis hijos y los humillaba; ellos, con un gran dolor, me abrazaban y me ponían la queja, me dolía verlos así y lloraba junto a ellos.

Desde ahí la relación con mi suegra no era buena ya que no gustaba de mis hijos. Yo era una mujer muy enferma y a veces no tenía las fuerzas para sacarlos adelante, pero me tocaba, era mi obligación. Así que decidí ponerme las pilas para dejarles una casa y para que no les tocara sufrir más, no merecían seguir sufriendo.

Entonces fui con mí cuñada a una reunión al barrio La Milagrosa, que estaba haciendo la señora Hermilda Gaviria: la mamá del difunto Pablo Escobar, para regalarle lotes a las personas pobres. Pero nos dijeron que ya todos los terrenos estaban repartidos. Yo no perdí las esperanzas y decidí ir al cementerio Montesacro, donde se encontraba doña Hermilda en la misa que le hacían cada mes a su hijo. Quería hablar con ella, pero no pude porque los guardaespaldas y las amas de llaves que la acompañaban no me dejaron acercar a ella.

Entonces decidí ir al cementerio todos los tres de cada mes, con mis cuatro hijos más pequeños, para que ella me viera, me reconociera y me

permitiera hablarle. Los choferes me ponían problema porque pagaba un solo pasaje y entrábamos por la puerta de atrás. Así seguí yendo dos años, pero nunca pude hablar con ella.

Un día una vecina que ya estaba anotada en la lista de los lotes me dijo: "haga una carta y se la entrega a la señora Hermilda, explicándole por todos los sufrimientos que usted está pasando y dígale que usted vive de arrimada". La hice pero los guardaespaldas no me dejaban acercar a ella. Después de tres meses por fin se la pude entregar. La recibió, me miró y la guardó. Me puse muy contenta y me fui para la casa dándole gracias a Dios. Siempre me iba a donde ella estuviera con el fin de que me viera con mis hijos y se conmoviera. Hasta que una vez en el cementerio me llamó y me preguntó: "¿esos niños son suyos?", yo la miré y le dije: "sí señora, tengo seis hijos". Me miró y me volvió a decir: "dígale a la señora Teresa (una señora que vivía en las primeras casas que Pablo Escobar repartió) que la anote por si de pronto sobra un ficho para un solar, pero no le aseguro nada porque ya todos los fichos se repartieron". Me hice anotar y seguí asistiendo cada mes al cementerio. Prestaba plata para poder comer algo en le transcurso de la tarde. En ese momento yo seguía trabajando en una casa de familia, y cada mes le pedía permiso a mi patrona para asistir a la misa de don Pablo.

Un día salí a las siete de la mañana de mi casa porque doña Teresita nos avisó a mi cuñada y a mí que ese día repartían los solares. Nos tocó esperar hasta las cuatro de la tarde que llegó doña Hermilda. Ella entró a la iglesia y empezó a llamar a lista a una por una de las personas inscritas. Era un martirio para mí porque no estaba anotada y no me dejaban entrar a la iglesia donde estaban repartiendo los fichos. Gracias a Dios en un descuido logré entrarme, no sé cómo pero lo había logrado, ahora nadie me sacaba de ahí. Ya me tocaba esperar.

Llamaban a lista y repartían el ficho para que un señor midiera los lotes, que eran de cuatro por doce metros. Así iban pasando sucesiva-

mente las personas e iban saliendo, y yo no perdía las esperanzas. Terminaron de leer la lista y a la señora Hermilda le quedaron cuatro fichos de personas que no asistieron. Entonces empezó a rifarlos. El primero se lo ganó una señora que sabía el nombre del santo preferido de doña Hermilda: el niño Jesús de Atocha. Los otros dos fichos se lo ganaron otras personas que adivinaron el nombre de otro santo y un número. Como yo no sabía ninguna de las respuestas empecé a preocuparme. La iglesia todavía estaba llena de gente esperando a ver quién se ganaba el último ficho, entre esas yo. Ahí sucedió un milagro. Doña Hermilda, con el ficho en la mano, miró a todos los que estábamos a su alrededor y decidió dármelo a mí. Después me pidió que llevara los 10.000 pesos para la papelería, el registro civil de los niños y la partida de matrimonio.

No lo podía creer. En ese momento sentí la felicidad más grande de mi vida. Lloré de la alegría porque al fin había conseguido lo que anhelaba para mis hijos. Me tocó él número 365, era un terreno bueno y plano. Cuando llegué a la casa seguí llorando al lado de mis amores, y la niña mayor me preguntó: "¿por qué llora mami?, y yo le dije: "de la alegría", y empecé a explicarles lo que había pasado.

Cuando me midieron el lote le pusimos palitos y cabuyas para distinguirlo. No podíamos construir nada con tablas sino con adobes, porque esa había sido la orden de don Pablo: que no quería nada de tugurios sino casas de adobes. Esa semana mi esposo y yo seguimos trabajando: él como ayudante de construcción y yo como empleada del servicio, pero por días. Cuando eso me pagaban 12.000 pesos por día. Cada quincena comprábamos adobes y arena, y cuando teníamos un tanto de arena y adobes comprábamos cemento. Los sábados y domingos trabajábamos en la construcción: yo le ayudaba a llevar la arena, a cargar agua y a arreglar la mezcla, y él pegada los adobes.

En un mes ya teníamos hecha una pieza que medía cuatro por tres metros. Después compramos latas de zinc de segunda y la techamos.

Como estábamos tan aburridos viviendo de arrimados con la cuñada, entonces nos fuimos a vivir en la pieza así: sin puerta y sin ventanas, pero eso no fue impedimento para nosotros. Lo único que me preocupaba era el agua. Por eso recogimos 50.000 pesos para que nos la colocaran hasta la puerta.

Así pasamos siete meses, hasta que volvíamos a comprar más arena y adobes. Cocinábamos con petróleo y a veces con leña, nos alumbrábamos con velas o una lampara de petróleo. Cuando comprábamos la arena, los fines de semana entre mis seis hijos, mi esposo y yo, la cargábamos por esos caminos tan pantanosos de esa época. Llovía mucho y no había carretera, pero los niños no se aburrían porque sabían que lo que estabamos haciendo era para que ellos vivieran en paz. Luego echamos el piso, mi esposo compró unas tablas e hizo dos puertas y una ventana, porque siempre nos daba miedo cuando se presentaban enfrentamientos entre bandas de los barrios Loreto y Pablo Escobar, que era donde nosotros vivíamos. Como no teníamos todavía alcantarilla de aguas sucias, hacíamos las necesidades en bolsas y las tirábamos para el rastrojo que había alrededor.

Así fueron creciendo las casitas en el sector, hasta que se formó el barrio Pablo Escobar o como algunos lo llaman: "Medellín sin tugurios". Y así fue creciendo mi casita y fueron creciendo mis hijos. Ahora tengo una casa de plancha y mis hijos ya están grandes y unos están trabajando.

Por fin logré el sueño que tanto anhelé y por el que tanto luché, para dejarles a mis hijos un lugar donde vivir. Ahora mi casa es grande y tiene dos pisos: en el primero hay cuatro piezas, la sala, la cocina y el baño. En el segundo hay dos piezas y un balcón grande. Gracias a Dios tengo casa propia, casi toda revocada y pintada de azul claro. Cada vez vamos haciéndola más grande y más bonita.

Madre emprendedora

Marta Ruth Pineda Echeverri

Trabajo como madre comunitaria hace diez años. Estoy casada con Julio Cesar López y tengo dos dos hijos hombres: Diego y Juan Esteban, a quienes quiero mucho y son mi sed de trabajar. Mi hogar queda en el barrio Juan XXIII y en ese hogar empieza mi historia como madre comunitaria.

Hubo un tiempo en el que estaba muy angustiada porque a mi esposo no le estaba yendo bien en el trabajo. Un día me levanté, le arreglé los teteros a mis hijos y pensé: "¿qué voy a hacer para ayudarle a Julio?, pues no me puedo ir a trabajar a otro lado porque tengo que pagar por el cuidado de los niños". Ese día estaba parada en la puerta conversando con una vecina y ella me dijo que por qué no mandaba una hoja de vida para poner un hogar comunitario en mi casa. Yo le contesté que eso no era tan fácil. En ese momento no me imaginaba que iba a tener suerte.

A los ocho días me llamó doña Noemí, la represente de los hogares comunitarios en ese entonces, y me preguntó que si estaba interesada en poner la guardería. Yo sentí tanto susto que no sabía qué contestar.

Ella me dijo que a las siete de la noche iba a mi casa para hacerme una visita. Cuando mi esposo llegó del trabajo le conté, y él me respondió que era decisión mía, pero que él me apoyaba.

Por la noche doña Noemí llegó puntual. Entró a mi casa, la recorrió y después nos sentamos en la sala a conversar.

—¿Cuántas personas viven aquí?—, me preguntó ella.

—Cuatro: mi esposo, mis dos niños y yo—, le respondí.

—¿En qué trabajaba su esposo?

—El trabaja en Curtimbres Copacabana, una empresa donde le hacen el proceso a la piel de las vacas.

—¿Cuánto tiempo lleva en el barrio?

—Llevo cinco años viviendo aquí.

—¿Se siente capacitada para trabajar con un grupo de quince niños, entre los dos y cinco años?

—Sí, porque, fuera de que me gustan los niños, me he capacitado sicológicamente estudiando los cursos que brinda Comfama—, le contesté. En ese momento estaba muy asustada, pero a medida que iba avanzando la entrevista me sentía con más confianza y tranquilidad.

Al terminar la visita, que duró más o menos media hora, ella me dijo que cumplía los requisitos y que podía ir al otro día a recibirle el hogar a una compañera que lo iba a entregar.

El primer día fue un desastre porque no me explicaron cómo era la preparación de los alimentos. En la media mañana le eché una bolsa de leche en polvo al chocolate, en vez de seis cucharadas rasas que eran la medida indicada. Y a cada niño le di una arepa completa, cuando la porción que correspondía era un cuarto a cada uno. Ellos lloraban, mis niños lloraban y yo también. Sentí que no iba a ser capaz. Pero una vecina me colaboró. Yo le decía que ese empleo no era para mí porque yo acababa con el día laboral a las cuatro de la tarde y tenía que seguir con la obligación como esposa y madre. Mis niños en ese entonces tenían un año y medio y el otro, siete meses.

Julio llegaba de trabajar y me preguntaba cómo me había ido, porque me veía cansada y agotada. Yo le contestaba: "pues ahí vamos, esperemos a ver hasta cuándo aguanto". Pero fueron pasando los días y le fui cogiendo el golpe. Ya empecé a acostumbrarme a los niños y les fui cogiendo mucho cariño, pues a mí toda la vida me habían gustado mucho los pequeñitos. Yo estaba muy contenta porque iba a ganar algo de dinero estando en mi casa, donde también podía estar pendiente de mis hijos sin tener que dejarlos al cuidado de otras personas. Sin embargo, yo le decía a mi mamá que cuando mis hijos estuvieran más grandecitos iba a buscar otro trabajo donde pudiera ganar más plata. En ese entonces ganábamos 98.000 pesos mensuales.

Pero les cuento que cuando recibí el primer pago me pareció mentiras tener 98 mil pesos en mis manos, pues nunca había tenido tanta plata. Las compañeras me preguntaban que por qué estaba tan contenta, y yo les contesté que con sólo sentir ese dinero en mis manos y saber que era mío era suficiente. Les compré a mis niños unos zapatos, mientras rezaba para que la plata no se me acabara tan rápido.

Así fueron pasando los días y los años, y yo veía que mientras más pasaba el tiempo más me necesitaban mis hijos. Actualmente tienen once y doce años, y veo que en esta edad es cuando más me necesitan: a la hora de la llegada del colegio, al momento de hacer las tareas y para estar pendiente de la alimentación y de las amistades que los rodean. Por eso desistí de la idea de buscar otro trabajo; además ahora estoy más apegada a los niños y a mi hogar.

Yo sólo había estudiado hasta quinto de primaria, pero sentía la necesidad de seguir estudiando porque el trabajo me lo exigía y además quería terminar el bachillerato. Entonces un día le dije a mi esposo: "voy a entrar a terminar mi estudio", porque me enteré de que en el Instituto Concejo de Medellín, iban a brindar la oportunidad de estudiar los sábados y domingos a las personas que no podían entre semana.

Era una oportunidad que no podía dejar pasar. Yo le conté a Julio y él me contestó: "loro viejo no aprende a hablar. Qué se va a ir a hacer por allá, quédese con los niños. ¿Ya los va a descuidar por estar andando la calle? Pues por allá no va a ir". Yo, con mucha rabia, le contesté: "pues por encima de usted voy a ir". Y así fue.

El primer día de clase me dio mucho susto porque me sentía rara en medio de tantos jóvenes. Pero fueron llegando los adultos, y todos muy formales se presentaron. Cuando yo me presenté les dije: "Me llamo Martha, vengo del barrio Juan XXIII, y tengo muchas ganas de estudiar y salir adelante". Llegó la hora de clase. Empezaron a llegar los profesores y a mí me daba susto de que empezaran a hacer preguntas y me sacaran al tablero, porque era muy tímida.

Entre sábados y domingos veíamos todas las materias. Yo llevaba los trabajos pero siempre esperaba a que los otros los entregaran primero, para ver cómo iban a reaccionar los profesores con mis compañeros. Si alguno lo llevaba malo, y el profesor le daba una mala nota, yo no lo entregaba. En ese momento era muy insegura. Pero fueron pasando los días y fui dejando esa bobada. Todas las materias me gustaban, menos inglés. Siempre he sido muy mala para pronunciarlo y escribirlo.

Fue muy dura esa época de estudiante porque Julio me recargó todo el trabajo de la casa. Él primero me colaboraba más con los destinos, incluso con el hogar comunitario: a veces jugaba con los niños y los entretenía. Y también le ayudaba a los hijos a hacer las tareas y estaba pendiente de ellos mientras yo trabajaba. Pero cuando comencé a estudiar él dejó de colaborarme, y decía que así como yo tenía tiempo de estudiar, también debía tener tiempo para trasnocharme con los hijos.

Él empezó a ponerme toda clase de obstáculos para que yo no fuera a estudiar. Los fines de semana llegaban tarde y con tragos. A nosotros nos ponían mucho trabajo en el colegio porque veíamos todas las materias. Entonces, en semana, yo entregaba los niños del hogar a las cuatro

de la tarde después les revisaba los cuadernos a los niños míos y los ayudaba a hacer las tareas, y luego me sentaba a hacer las mías. Todos los días me acostaba tipo doce o una de la mañana.

Contra muchos obstáculos terminé. Fueron tantos los disgustos que tuve con mi esposo que no quiso ir a recibir los grados con mis padres. El día de los grados yo me sentía muy contenta porque había podido terminar el bachillerato. Me mandé a hacer un vestido verde agua, muy bonito. Me fui para el salón de belleza, me hice cepillar y maquillar. Ese día quería verme muy bonita, pues en el colegio nos iban a hacer un homenaje. Mis hijos muy contentos me dijeron que estaba muy bonita y me felicitaron. Julio ni me miró.

Yo me fui para la graduación con unas compañeras y cuando llegué al colegio ya estaban mi familia esperándome. Empezó la ceremonia. De fondo había música orquestada. Comenzaron a llamar a cada uno de los estudiantes para recibir el diploma, y todos mis compañeros celebraban con su familia y sus parejas, en fin, yo celebré con mis padres.

Después de la ceremonia mi papá me invitó a tomar gaseosa en una tiendecita al frente del colegio, cuando de pronto me llamó una compañera y me dijo que me tenía una invitación. Fue una sorpresa. Fue lo mejor después de los grados. Ella me dijo que el esposo nos iba a hacer una atención en el restaurante *Asados la 80*, y que nos estaba esperando. Yo me sentía como andando en las nubes de la felicidad. Cuando llegamos allá salieron unos meseros a recibirnos, nos cogieron de la mano y nos llevaron a la mesa. El restaurante era entapizado desde afuera, muy bonito. Cuando entramos, por medio de un altavoz, nos felicitaron y mencionaron nuestros nombres.

En cada puesto de la mesa había una rosa roja y una copa con vino para hacer el brindis. Cuando nos llevaron la carta le pregunté al esposo de mi compañera qué podía pedir, y él me preguntó cuál era mi comida favorita. “El pescado”, le respondí. Entonces pedimos un plato

con pescado, pero no era bocachico frito como el que siempre había comido, sino un plato especial, parecido a una lasaña. Delicioso. Después de la comida nos tomamos una botella de ron y nos invitó a bailar. La pasamos muy bueno. Yo no me acordaba ni de mis niños ni de mi esposo, pues sabía que en mi casa no me esperaba ni una flor ni unas felicitaciones.

Al año de terminar el colegio me nombraron representante legal de la Asociación Sonrisas Infantiles. Me sentí muy contenta porque mis compañeras tenían mucha confianza en mí para darme ese nombramiento, como representante de veinticinco madres comunitarias. No era nada fácil, era una responsabilidad muy grande. Allí me relacioné con muchas personas. Como representante siento que lo hice bien: llevaba una buena relación con mis compañeras. Allí estuve dos años. Luego me incorporé al comité del Metrocable Nuevo Occidente, entré a la acción comunal y ahora pertenezco al sindicato de madres comunitarias. Éste grupo es uno de los que más me gusta porque peleamos y exigimos los derechos de la mujer trabajadora y de las madres comunitarias.

Los sábados, cuando me resulta, hago aseo en los apartamentos y vendo morcilla para ayudarme, porque el pago que nos dan no me alcanza, pero si nos ayuda mucho. Ahora estoy muy apegada al trabajo en mi casa, porque siento que gracias a éste tuve la oportunidad de ver el crecimiento y desarrollo de mis hijos: sus primeras travesuras, sus primeras caídas... Yo no sabía que un hijo se quería tanto, y por eso, como madre, le pido al señor que me dé muchos años de vida para ver el futuro de mis hijos y el de los niños que han pasado por mi hogar. Me imagino verlos en unos años como todos unos profesionales: unos como médicos, otros como ingenieros o maestros. Y a mis hijos como futbolistas, porque es lo que más les gusta.

El sufrimiento de una niña trabajadora

Maria Mercedes Vasco Toro

Yo me llamo Mercedes Vasco. Nací en 1940. A los tres años de edad empecé a tener uso de razón. Recuerdo que mi mamá lavaba ropas ajenas y a mí me tocaba ayudarle a cuidar a mis dos hermanas menores que tenían uno y dos añitos, y hacerle los mandados en la tienda: comprar la leche, la carne y el revuelto para hacer la comida.

También me enseñó a lavar ropa pequeña como medias, pañuelos y toallas. Y cuando la ropa se ponía a secar al sol, yo tenía que echarle agua para que blanqueara bonito. Después, cuando la ropa ya estaba planchada y lista, hacíamos un atado con ella. Es decir, formábamos una torre con la ropa doblada y la amarrábamos con una sábana. Yo me la ponía en la cabeza y se la llevaba a los clientes que ya conocía.

Cuando cumplí seis años no tenía tiempo de jugar. Me mantenía aburrida porque quería estar con los niños que veía jugando mamacita y brincando golosa. Pero cuando me ponía a jugar con ellos mi mamá salía y me decía: "Mercedes, venga para que le lleve la ropa a Teresa",

o "vaya a la tienda para que me traiga la panela". Y yo iba llorando. En ese momento vivíamos del arreglo de la ropa ajena.

Otras veces tenía que ayudarle a la tía María a hacer tabacos. Me tocaba empalmar las capas del tabaco, cortarlo, hacer el picado, recortar las puntas, contar paquetes de diecinueve tabacos y empacarlos. Otros paquetes eran de cien tabacos y los llaman "el cien" o "paquete de mariscal". Ella le daba cualquier centavito a mi mamá por el trabajo mío. Cuando hacía tabaco me daban mareos y a veces sueño, yo creo que era por el olor.

A los ocho años empecé a estudiar, pero sólo pude hacer primero de primaria porque tenía que seguir trabajando para ayudarle a mi mamá. El primer trabajo que tuve en una casa de familia fue en la casa de doña Zoila. Esa señora le dijo a mi mamá: "Tulia usted por qué no me presta a Merceditas para que me ayude a hacer arepas y las lleve a la Plaza de Cisneros, que yo le ayudo con alguna cosita". Entonces mi mamá, por la ayuda económica, me prestó. Allá hacíamos arepas de todos los tamaños: telas, redondas y gruesas. Las empacábamos en canastas, yo me las alzaba en la cabeza y se las llevaba a los clientes. Por la tarde llegaba rendida a la casa.

Con doña Zoila estuve un año, pero me cansé y me fui a trabajar a casas de familia como niñera. También tenía que hacer oficio y ayudar a pelar el revuelto para la comida. Al principio llegaba como ayudante, y después, cuando aprendía, me ponían a hacer todos los oficios de la casa sola. Unas patronas fueron muy queridas, pero otras muy malgeniadas. Me trataban mal. Me decían que era una perezosa y una lenta, y cuando hacía algo mal hecho me regañaban.

Cuando me cansaba de ese trabajo, me salía y me iba para la casa de mi mamá. Allá otra vez me tocaba ayudarle a lavar ropa. Nos tocaba ir a lavarla a las quebradas y al río Medellín, que tenían las orillas rodeadas de rastrojo, hierba y maleza. El agua nos llegaba a las rodillas. Y

cuando llovía nos tocaba mojarnos acaloradas por el sol. Con la lluvía nos veíamos a punto de ahogarnos cuando se venía la creciente, entonces nos tocaba salir corriendo. También teníamos que correr cuando algunos hombres, que se bañaban en las quebradas y el río, nos mostraban lo indebido; yo me ponía a llorar del miedo.

Les explico como se lavaba la ropa en las orillas del río: se colocaba una torre de piedras que se le decía "mampuesto", esa era la base donde se ponía una piedra plancha para estregar la ropa. Después se enjabonaba, se sacaba a asolear en el barranco y se le echaba agua para que se fuera blanqueando. Después de dos horas la recogíamos, la enjuagábamos, la escurríamos y la poníamos a secar en la grama verdecita. Cuando estabamos bajando esos barrancones nos resbalábamos, salíamos rodando y caíamos al agua. Muchas veces no podíamos almorzar porque no nos daba tiempo, pues la quebrada quedaba muy lejos de la casa. Entonces tomábamos agua con un trozo de panela, y seguíamos lavando.

A los trece años me tocó trabajar en la trilladora de café Medellín. El bulteador traía el café y lo echaba en unas bandas para que nosotras lo escogiéramos. Nos tocaba seleccionar el bueno y el limpiecito, y sacar la pulpa mala y negra. Tenía que estar uno muy pila porque se le podía pasar un granito malo y si llegaba muy sucio nos lo devolvían. Pagaban muy poquito la escogida del café. Me tocaba trabajar con hambre y por eso me mareaba.

Después volví a trabajar en casas de familia. A mi edad ya me sentía muy agotada y muy débil porque me mantenía muy mal alimentada. Sentía que no estaba bien capacitada, pero tenía que sacar fuerzas para poder ayudarle a mi mamá. Así llegué a la casa de la señorita Laura Jones, en el barrio Buenos Aires. Era gente muy adinerada. Vivían en una casa de quince metros metros de ancho por cien de largo, que tenía diez piezas, un corredor muy grande alrededor y dos salas: una de

recepciones y otra para las reuniones de la familia. En la parte de atrás había una cocina grandísima y otro patio. Después seguía una piscina empedrada muy bonita, y un solar con sembrados de frutas que parecía una finca.

Me habían contratado para que le sirviera de compañía a la doctora Laura y el sobrino que vivía con ella, porque ya se habían muerto los padres y el resto de la familia se había ido de la casa dejándolos a ellos solos. También debía hacer el destino de la casa. Como ella se iba a hacer retiros espirituales y a atender los negocios, me dejaba sola todos los días hasta las ocho de la noche. Esa casa era misteriosa y miedosa. Cuando doña Laura llegaba me encontraba llorando del miedo, entonces ella me regañaba y se ponía de mal genio. Algunas veces íbamos a recoger frutas y ese era el desayuno. A mí no me gustaba porque yo estaba acostumbrada a desayunar con arepa, quesito o huevo, y chocolate. Ella se mantenía hablando de los liberales, decía que eran unos asesinos. Eso me dolía mucho porque mi familia era liberal. Estuve con ella un año, y después seguí trabajando en otras casas.

Una de las experiencias más tristes que me tocó vivir en una de las casas donde trabajé, fue cuando el esposo de una de mis patronas esperó a que yo estuviera sola para intentar abusar de mí. Él me pidió el favor de que le llevara un vaso de agua al comedor, y cuando yo lo descargué en la mesa él intentó cogerme por detrás para inmovilizarme y llevarme a la alcoba del servicio. Yo logré sacar el brazo derecho y lo estrujé; él volvió a levantarse para cogerme nuevamente, y yo le di un puño que lo mandó lejos. Entonces él empezó a decirme: “ve, esta maldita india toda la fuerza que tiene. Venga que se tiene que acostar conmigo, logremos hoy que estamos solos”.

Cuando por fin me pude soltar salí corriendo para la calle. Otras muchachas del servicio que estaban allí me contaron que eso ya había pasado con otras empleadas, que yo había sido muy guapa porque me

le pude volar, y me dijeron que lo demandara. Cuando llegó la hija de él yo le conté lo que había pasado, le dije que me iba a ir y que le iba a contar a mi mamá para que lo demandáramos. Ella me pidió que no dijera nada, me decía: "Mercedes no arme tanta polémica, eso no vale la pena. No le vaya a contar a su mamá, no nos vaya a hacer ese mal tan grande. Siga trabajando y yo hablo con él". Pero yo no la escuché y volví a mi casa. Ese mes no recibí el pago.

A esa edad, de trece años, me tocó trabajar en restaurantes, donde tenía que lavar los trastes, arreglar las mesas, hacer el aseo, pelar el revuelto, pilar el maíz para la mazamorra y hacer los mandados. También trabajé en algunos graneros despachando la clientela, ayudando a guardar la mercancía y haciendo aseo. Los más duro era que debía levantarme muy temprano, porque tenía que estar allá a las cinco y media de la mañana para abrir el granero y atender a los primeros clientes del día.

Recuerdo que a los dieciséis años trabajé en la casa de la familia Arango, que vivían en el barrio Trinidad. Eran una familia muy racista y humillativa. Decían que no les gustaba revolverse con la gente pobre. Digo esto porque cuando yo llegué a trabajar allá como ayudante del servicio, me tocaba ver cómo trataban a las personas de clase baja.

Cuando los hermanos o los sobrinos llegaban a visitar a doña Libia, mi patrona, se burlaban de mí y me criticaban. Le decían que a los del servicio había que tenerlos de lejos, retirados y no hablarles con tanta familiaridad. A mí me tocaba tratarlos de: "señor, señora, señorita, niño Julian... niña tal", separar mis platos de los de ellos, entrar por la puerta de atrás y hablar sólo lo necesario. Y decían que yo no podía vestirme igual o mejor que ellos, sino que tenía que llevar la ropa de una empleada del servicio.

En esos tiempos los pobres éramos tratados como esclavos. Las personas adineradas nos despreciaban, y les daba asco tener contacto con nosotros; eso me daba mucha rabia. Ellos se creían más que nosotros, pero a mí tocó ver ricos que se enfermaban igual o peor que sus

empleados.

Cuando me acostaba a descansar después de llegar del trabajo, pensaba que había sido muy duro cambiar mis juegos de niña por tener que laborar. Muchas veces me sentí cansada y enferma, pero tenía que seguir para sacar a mi familia adelante. Trabajé hasta los veintiún años en todo lo que mencioné, porque a esa edad ya era mayor de edad y podía entrar a una empresa. Desde ese momento empecé a trabajar en mi casa porque me casé y tuve diez hijos. Tenía un granero, engordaba marranos y vendía menudos de res.

Ahora que tengo 67 años pienso en lo que ha sido mi vida, y me veo como una mujer fuerte y luchadora que pudo servir a mucha gente desde la niñez, después en la juventud y ahora en mi vejez. En este momento llevo diez años sirviendo a la comunidad y me siento feliz de ver que he podido salir adelante con la ayuda de Dios y mis valores.

Un día sin final

Consuelo Ángel

Amanecía un nuevo día con el cantar de los pájaros. Me asomé por la ventana de la cocina de la casa donde pagábamos arriendo. Era el mes de septiembre de 1994.

Tenía dos años de estar manejando el hogar comunitario, llamado Arco Iris, y hacía tres meses que había nacido mi cuarto hijo. Eran las cinco de la mañana, hora en que comenzaba mi rutina diaria de labor con los niños. Pronosticaba ser un día muy cálido y acogedor. Después de organizarme, monté la olla al fogón para cumplir con la elaboración del menú del día como siempre.

A las seis de la mañana me tocaba despertar a mis hijos, Ana María, de diez años, Luis Felipe, de siete, y Alex, de cuatro, para organizarlos, enviarlos a la escuela y a la guardería.

A las siete de la mañana llegaba mi esposo de su trabajo de vigilante. Él era tan juicioso que apenas entraba, descargaba el morral y se ponía a ayudarme hasta que le diera sueño para acostarse.

Antes de que llegaran los niños, yo organizaba al bebé y lo alimentaba de pecho. Ese día, como siempre, el papá lo cogió para hacerlo dormir meciéndolo en la silla. Él se ponía a jugar con el niño haciéndole cariñitos, y de pronto el niño empezó a hacer movimientos y gestos extraños. Cuando mi esposo me llamó, yo miré a mi niño y lo vi cómo chapaleaba y volteaba sus ojitos. Pegué un fuerte y desgarrador grito que algunas de las vecinas salieron alarmadas.

Yo no sabía qué hacer en esos momentos. Eran tiempos muy difíciles con la guardería, pues había que sostener la cobertura y por cualquier cosa las madres usuarias retiraban sus hijos. Entonces no sabía si correr con mi hijo de urgencia o recibir a los niños de la guardería.

Fue tanta la angustia y la confusión en esos momentos que ni mi esposo ni yo coordinábamos, hasta que optamos por llevarlo al doctor. No sé qué pasó, pero al cabo de una hora regresó mi esposo con el niño... según el médico no tenía nada.

Muy preocupada, nerviosa y asustada continué el día con mis labores sin dejar de observar a mi bebé. Transcurrió el día y el niño siguió normal, jugaba y se reía. Yo aún no entendía qué había pasado. El niño había tenido convulsiones esa mañana pero no sabía por qué.

Continué con mi trabajo normal hasta la hora de salida de los niños de la guardería, que era a las cuatro de la tarde. Vinieron por todos los niños, menos por dos hermanos de cuatro y de cinco años.

Mientras venían por ellos, nos pusimos a ver televisión en la sala, cada uno sentado en una sillita y yo en una silla mecedora cargando al bebé. Ya faltaban cinco minutos para las cinco de la tarde, cuando de repente comenzaron a caer unas gotas de agua tan grandes que inmediatamente metí al niño en su corral y corrí al patio a entrar la ropa que había extendida.

En ese mismo instante sentí un golpe muy fuerte afuera, en la sala. De inmediato tiré la ropa y corrí a mirar. El niño mayor estaba de pie

y le pregunté muy nerviosa qué había sido eso. Al momento noté que el hermanito menor no estaba. En cuestión de segundos, el niño me señaló hacia la puerta y yo, muy asustada y aterrada, corrí y abrí; la sorpresa era que el niño se había caído y rodado tres escalas.

Fui con una vecina que llegó preciso en ese momento y lo recogimos. Lo llevamos a la cocina para lavarlo con agua y echarle mertiolate en el raspón que se había hecho. Le miramos bien qué tenía. Se había roto la boquita y raspado un brazo. Una señora vecina, que era enfermera, lo revisó y dijo que el niño no tenía ninguna fractura, ni contusiones, pero que como la zona de la boca era tan delicada nos recomendó acetaminofén. El niño estaba tranquilo y casi no lloró. Después de ese susto, le pregunté al niño mayor por lo que había pasado. Él me respondió que el hermanito había abierto la puerta para mirar si su mamá ya venía y que en esas el viento había empujado la puerta y lo había hecho caer.

Justo en ese momento llegó la mamá. Eran ya las cinco y cuarto de la tarde. Lógicamente preguntó qué le había pasado al niño. Yo le expliqué lo sucedido, y al no ver gravedad entendió todo, pero me manifestó que el problemático era el esposo, que era muy mala gente. Era un tipo que no trabajaba ni hacía nada, y que ni siquiera era capaz de recoger a los niños a tiempo en la guardería. Sin embargo, yo le decía: "Él no puede ser tan inconsciente para no comprender que fue un accidente". A pesar de que seguía lloviendo, la invité para que fuéramos al médico y así estuviéramos seguras de que el niño estaba bien. Ella tenía mucho miedo de llegar a su casa y recibir las represalias de su marido. Yo no los conocía mucho, y menos a él. Le manifesté a la señora que seguramente eran ideas de ella, pero me insistió: "Créame que me matará si llego con el niño así". Yo, la verdad, no podía creer que eso fuera verdad, pero siendo así y con los nervios de punta por la caída, le sugerí que yo la acompañaría a su casa para explicarle lo sucedido al señor. Apenas estaba escampando y así salimos.

Vivían como a dos cuadras de la guardería, en un rancho de madera. Allí convivían dos mujeres bajo el mismo techo con el mismo señor: una tenía seis hijos y la otra era la mamá de los dos niños que yo cuidaba. Había un solar grande donde todos esos niños corrían tras las gallinas, perros y gatos, que eran propiedad de ellos. Antes de llegar al rancho había un pequeño portón de medio cuerpo que cercaba el terreno. La señora iba adelante, yo la seguía casi segura de poder explicarle al señor lo sucedido.

En el momento de entrar ladraron los perros por la presencia extraña que era yo para ellos. Me detuve, la señora siguió, de repente salió ese señor con cara de malo, pero calmado, usando una peineta enganchada en su pelo afro. Yo sólo sabía que le tenían varios apodos: el siete mujeres, el pincha-contenta, el gato y el zorro. Tenía una cara de desconcierto, frunciendo las cejas y malhumorado, preguntó: "¿Qué le pasó a ese muchacho?". Tenía una voz muy pesada y un acento chocoano muy ordinario. "Te advierto que si me dejaste reventar el niño, dejándolo caer, te mato hijueputa de mierda, malparida... Éntrate a ver", le dijo a la mujer.

Él no me había visto. Ella le dijo con voz de sollozo y a punto de llorar que por favor se calmara, que respetara que ahí estaba yo y que le iba a explicar lo que había pasado. Los ojos de ese hombre parecían balas de fuego cuando me miró. Con una voz agresiva y estruendosa replicó: "¿Explicar qué?". Ella respondió: "Pero por lo menos escuche lo que ella le va a decir". No dio tiempo a que terminara la frase: "Yo no tengo que escuchar nada, sinvergüenza, lo que veo es que vos estas compinchada con ella para que te maten a tu propio hijo en la cara, descarada, sinvergüenza", le peleaba, "Mala madre, esa mujer te estropea al hijo y vos le crees". Yo escuchaba lo que el hombre decía pero los perros me ladraban con mucha energía. Él, mientras tanto, seguía discutiendo. Salió con un machete en la mano ofreciéndoselo a ella: "Cogé,

cogé pues y andá, dale a esa hijueputa, la que te mata al hijo en tu cara y no le decís ni le haces nada, asquerosa... le das vos o le doy yo".

Yo, al ver ese ambiente tan hostil, agresivo y amenazante, y con los perros encima a punto de morderme, opté por disimular que le estaba corriendo a los perros y balbuceé "¡Uy!, se me quemaron las ollas". Mientras tanto la señora seguía llorando porque el señor no entraba en razón. Me siguió gritando cuantas cosas obscenas y ofensivas se le ocurrían.

Algunas vecinas salieron y le decían que el niño había tenido un accidente y que no era justo ese trato para mi, pero él exclamaba con mucha fuerza y rabia que todas eran cómplices mías y que por eso me defendían, que el sabía que yo lo había hecho por la rabia que le tenía a él. La gente le alegaba. Una vecina hasta le dijo: "Con el tiempo que lleva doña Constanza con esa guardería, nunca ha maltratado ni ofendido a nadie, menos a un niño". Él seguía alegando y amenazando.

Yo logré entrar a mi casa. Ya mis otros hijos habían llegado del colegio. Encargué a mi hija de diez años cuidar de sus hermanitos para yo poder llevar al niño de ese señor al médico. Pero él tampoco quería eso, sino que le diera plata. Yo había cerrado la puerta y por la ventana me gritaba que si no le pagaba me mataba junto con mis hijos o le mandaba los milicianos a mi esposo. Estos tiempos eran calientes en el barrio, incluso dos hijos de ese señor eran milicianos y matones a sueldo. Contaban por ahí que en el solar de la casa de ellos tenían caletas bajo la tierra con todas las armas de los grupos del barrio.

Los nervios me invadían. A pesar de eso le dije desde adentro que cuánto necesitaba, pensando que era para llevarlo al médico. Cuando me contestó que quería cinco millones de pesos, me quedé como suspendida en el aire, analizando si estaba haciendo una broma en el peor momento. Le dije: "¿Cómo?, ¿es que me ves cara de plata? Si vos mismo no la trabajas"; eso le causó tanta ira que se fue de inmediato.

Bueno, eso era lo que yo pensaba en ese momento, pero no, al instante se escucharon dos changonazos. El hombre golpeaba a mi puerta muy fuerte con el arma.

En esas sonó el teléfono. Era mi esposo. Él escuchaba la bulla y la algarabía de la gente: unos me defendían y otros decían cualquier cosa. Mi esposo me preguntó qué era lo que estaba pasando. Yo con la voz que casi no me salía de la garganta le contaba la historia, pero ese señor seguía afuera gritando, amenazando, cuando de repente yo tenía a mi bebé cargado y comenzó a convulsionar de nuevo. Esta vez más fuerte que por la mañana. Yo grité: "Ay, mi niño se muere, por favor ayúdenme". Se cortó la comunicación. Mis otros hijos también gritaban del pánico, porque el señor ese les mostraba el changón por la ventana.

Yo le imploraba que por favor se diera cuenta de que mi niño se estaba muriendo y que necesitaba llevarlo a urgencias. Él, entre sus gritos y su arrogancia, me decía: "Embustera, mentirosa, vos lo que querés es volarte de aquí para llamar a la Policía... y si eso pasa te busco por cielo y tierra, babosa. Eso es puro teatro".

Mis niños estaban recogidos en la pieza para permanecer seguros. Yo corría de aquí para allá, como una loca, con los nervios a punto de reventar. Y ahí en ese instante mi bebé hizo como si hubiera expirado, se quedó sin fuerza a tal punto que pensé que estaba muerto. Sentí un vació tan horrible dentro de mí, que creí que me desmayaba. Me salió un grito desgarrador. Corrí, tiré el niño en la cama y salí a buscar un machete. No me importaba salir a bajarle la cabeza a ese señor. Iba dispuesta a todo.

En ese momento sonó el teléfono. De nuevo era mi esposo, que se reventaba de la desesperación. No supe más que decirle que el niño estaba muerto por culpa de ese señor y que yo le pensaba bajar la cabeza por maldito. En esos instantes, a pesar del impacto de tan fea noticia, mi esposo me decía entre mis gritos y sollozos: "Mamita, mamita, es-

pere, escúcheme, por favor no lo haga... mira que te matan junto con los otros niños. Aguántese un poquito que yo ya voy para allá". De repente entre la voz de mi esposo al teléfono y los gritos de esa maldita gente escuché algo que hizo como un gato. Los niños me llamaron: "Mami, mami, el bebé, el bebé". Tiré el teléfono y corrí como loca a la pieza. Mi bebé se movía y estaba vivo... pensé justo ahí que Dios sí me estaba acompañando.

Regresé al teléfono a tranquilizar a mi esposo. Él se había ido a trabajar a Copacabana a las cuatro de la tarde, antes de que todo sucediera. Él también estaba desesperado, sin saber qué hacer desde tan lejos; no podía dejar su puesto tirado así como así, así que llamé a la representante de la junta directiva del Bienestar Familiar. Ella me prometió que iría en pocos minutos. Le dije que tuviera mucho cuidado, pues no alcanzaba a entender lo que estaba pasando en mi casa. Le conté lo del dinero y coincidió conmigo en que ese señor estaba loco. La línea se quedó muda. No pudimos seguir hablando. Al principio pensé que se había caído la línea pero afuera seguían los gritos y las amenazas de este señor, sus hijos y sus grupos, dando golpes como locos afiebrados.

Adentro estaba segura por el momento. Entré a la pieza a ver a mis hijos, dispuesta a que si se metían por un lado les bajaba lo primero que asomaran. Al rato se empezó a quedar todo en silencio, mientras este señor decía: "Yo me voy pero quédense ustedes y vigilen que no se nos vaya a ir esa hijueputa, malparida... si no consigo lo que le estoy pidiendo, le hago cerrar esa guardería".

En el fondo de la casa yo escuchaba que me llamaban. Yo no salía ni contestaba, pero la voz insistía. Le pedí a la niña que no se moviera de allí y arrastrándome por el piso me fui acercando hasta donde escuchaba mi nombre. Era la vecina de atrás que me decía, en voz muy baja, que me asomara por la ventana con cuidado. Yo temía lo peor, creí

que me habían puesto un petardo o una granada. Miré para donde ella me dijo y vi el poste con las cuerdas telefónicas en el piso. Yo pensaba: "Me cortaron la línea... seguro me van a bombardear la casa con mis niños adentro". Entonces, la vecina volvió adonde mí y me pidió que le dijera el número telefónico de mi esposo. Marcó y me pasó el auricular por el techo. Ella ya había llamado antes a la Policía, pero allá le habían dicho que a esa zona solamente entraban a recoger muñecos.

Mi esposo me decía que si no había una forma de salirme del barrio, y yo le contesté que había milicianos por todas partes, que era mejor no salir. Le manifesté que tenía terror porque no sabía lo que iba a pasar, puesto que me habían reventado la línea telefónica, que lo estaba llamando de donde la vecina de atrás. Él estaba tan furioso con todo esto que me dijo: "Tranque todo y no descuide a los niños, que voy a llamar a unos amigos. Como no hay teléfono les diré que te den una señal".

A eso de una hora, ya era más de las once de la noche, escuché unos silbidos como cantando mi nombre. Me asomé, un poco ansiosa, y sí: eran cinco tipos y entre ellos un hermano de mi esposo. Les abrí contándoles lo sucedido. Todos ellos, malhumorados por este incidente, acordaron turnarse: mi cuñado y otro, adentro, y otros tres, afuera. Mi cuñado me dijo: "Cuña, duerma un poco que ya nosotros nos encargamos de esto". Yo les decía que esa gente era muy peligrosa, y ellos me respondieron: "¿Y nosotros qué somos?, vea paisana si a nosotros nos joden tenemos que joder... nosotros hacemos parte de un grupo de las autodefensas y hemos venido a limpiar esas ratas de alcantarilla". Uno de ellos me decía: "Su cuñado es amigo de nosotros y si le tocan un solo pelo a la familia de este man le juro que a esa gente le quemamos ese rancho con todos adentro".

Yo no hacía más que pensar en todos los niños que había en esa casa, y también en que una solución tan grave lo único que traería era que yo tuviera que irme del barrio, sin mi guardería, y con toda mi familia, huyendo quién sabe para dónde.

Me pidieron que les dijera en dónde vivía ese tipo y yo sólo les rogaba que no fuera a hacer algo que hiciera más daño. Me dijeron que me tranquilizara, que sólo querían hablar. Entonces se fueron para el rancho de ese señor y lo despertaron. Ya era la una de la mañana del día siguiente. Yo no podía darme cuenta de lo que pasaba afuera, pero sí me sentía más apoyada y sin tanto miedo. Ellos llevaban severas pistolas y revólveres. No quería peleas con nadie, pero era mi vida o la de ellos.

Todo esto me parecía un sueño: que por la caída de un niño se pudiera ocasionar tanto dolor y una venganza tan horrible.

Transcurrió el resto de la noche y hasta me quedé dormida abrazando al resto de mis hijos.

Mi gran sueño

Rosalba González

Desde muy niña siempre me dicen Rosa.

Vivía con mi familia en la vereda San Rafael, de Envigado. Mi madre me contaba que cuando que yo tenía seis años fui invitada con varios niños y niñas de la vereda a casa de un señor rico que se llamaba Salomón Saldarriaga, quien nos enseñó las vocales; con él aprendimos mucho: mi maravillosa mamá, Virgelina, nos decía que todo lo bueno que nos ofrecieran había que aprovecharlo.

Pasaron tres años y mi papá, Francisco, nos dejó en la pobreza más absoluta. Yo me fui a trabajar a una casa grande y hermosa para acompañar a la señora de la casa, que se llamaba doña Inés Saldarriaga; yo le servía de compañía y pasábamos varias horas en una bellísima biblioteca, muy grande, donde había libros de varios tamaños y otros muy especiales que estaban protegidos por vidrios. Eran días muy felices porque la lectura era y es lo que más disfruto.

Mi familia la componían en esa época cuatro mujeres, nueve hombres y mi mamá. Nuestra vida era tranquila con las cosas buenas que

el campo nos ofrecía, pero después de que mi papá se fue la vida nos dio un vuelco total. Para mí fue muy triste el estar lejos de mi familia cuando me llevaron para la casa de doña Inés. Yo recuerdo que en esa casa grande lloré muchas veces porque sentía que mi familia me hacía mucha falta, pero gracias a Dios la señora fue buena conmigo y de vez en cuando me llevaba a mi casa a pasar unos días. Con el tiempo entendí que el pago que le daban a mi mamá por mi trabajo eran dos canecas grandes de leche, dos bultos de frutas, verduras y un tarro grande de galletas Saltín Noel lleno de huevos.

Aunque no puedo quejarme de esta época de mi vida, sé que nunca olvidaré la angustia que yo sentía porque no veía a mi familia; esto jamás marcó mi vida por el hecho de que mi mamá nos enseñó el gran amor y el apoyo que uno debe tener por la familia para mantenerse muy unidos siempre... nos decía que así hubiera problemas, las cosas serían buenas mientras estuviéramos unidos. En esta historia de mi vida laboral no podía faltar el recuerdo de mi abuelo materno, Antonio Cañaveral, un personaje como de novela: gordo, precioso, bonachón, igualito al Papá Noel de navidad, fue un ser que nos amó mucho y nos demostraba su ternura de mil maneras. En una vereda de Sabaneta, él tenía una tienda, que era también cantina y peluquería, y nos enseñó a trabajar con él en su negocio, nunca lo olvidaré porque fue algo muy productivo para nuestras vidas, ya que mis hermanos y yo lo acompañábamos en ese trabajo.

En el año 1972, entré a trabajar en un almacén de cadena en Envigado. Fue una experiencia muy grandiosa para mí porque me sentí deslumbrada con semejante construcción, ya que yo no conocía un lugar como éste. Allí aprendí a conocer la mercancía y a manejar las cajas registradoras. El supervisor era un señor llamado Francisco Cardona; nunca lo olvidaré porque era un personaje con cara de morboso que nos hacía propuestas indecentes a todas las trabajadoras ya que usábamos

un uniforme de falda pantalón a cuadros muy alto, arriba de la rodilla; yo me sentía incomoda, pero, bueno, tocaba.

Con mi sueldo, que eran quinientos pesos semanales, me alcanzaba para mercar y comprarles a mis hermanitos menores ropa bonita para que no siguieran usando los chiros tan feitos.

Mi trabajo en ese gran almacén fue otra experiencia, porque allí empecé a conocer cucos muy bonitos ya que los que mis hermanas y yo usábamos eran de la tela amarillenta del costal donde venía empacada la harina de trigo en aquel tiempo.

En estos momentos llevo trabajando cuatro años y medio como madre comunitaria; me siento muy feliz porque estoy trabajando en mi casa y puedo estar más pendiente de mi hogar. Este trabajo es una bendición de Dios porque no tengo un jefe morboso como don Francisco; aunque yo trabajé también en varios colegios privados, nunca me sentí más feliz y contenta que acá; en este trabajo me siento libre como las aves que cruzan los vientos y como las gaviotas en el mar. Trabajar con los niños es muy gratificante, porque ellos son muy amorosos, simpáticos y vienen de hogares donde hay mucho conflicto, les falta mucha ternura y comprensión.

Yo tengo una ilusión muy grande en esta vida y es poder entrar a la universidad a estudiar pedagogía infantil o una especialización para trabajar con niños que tengan retardo mental y niños desplazados. Espero que mi Dios me ayude a realizar mi gran sueño.

Monstruo con ojos de seda

Olga Lucía Betancur Sánchez

Voy a empezar a quitarle cascaritas a mi alma. Tal vez no me guste lo que quede debajo, pero una cicatriz a veces sirve para recordar, que no eres el resultado del azar, sino el producto de una historia. Contaré trocitos de mi vida y mi trabajo. Al final, los dos son las misma cosa, en éste y aquella, se espera más de lo que se obtiene.

Soy la quinta de una familia de once hijos, vestidos cada uno con lo que el anterior iba dejando. Mi padre, un empleado bancario con el corazón copado al lado izquierdo por el sindicato y al lado derecho por la milicia. De esta última heredó un temperamento vertical e inflexible, pero no tanto como para no darle abrigo a dos mujeres simultáneamente durante un matrimonio de 47 años. El descubrimiento de este hecho le generó un cáncer a mi madre. Así los escépticos no crean que el desamor pueda generar enfermedades. Pero las crea, te mata y te entierra, y actúa con tal sevicia que si te atreves a resucitar vuelve por ti y te extermina.

Mi espíritu rebelde, se empezó a manifestar cuando fui campeo-

na de baloncesto en el Instituto Popular de Cultura del corregimiento de San Antonio de Prado. Allí, un día cualquiera, mis compañeras de juego me pusieron una zancadilla y al caer, el brazo derecho me quedó en carne viva. Una hora después en el camerino, todos sus uniformes estaban destrozados. Como es de suponerse fui expulsada del colegio, y aceptada luego en el CEFA, donde ingresé al magisterio, pues era para lo único que había cupo.

Salgo de once, y empiezo a trabajar en el Bazar Guayaquil. Allí conozco a José y empezamos un noviazgo que me costó cuatro años de mi vida. Allí inicia un cuento de hadas, pero sin hadas. Como fumaba, me pegaba en la boca con sus llaves. Me celaba de manera obsesiva, al maquillarme, me refregaba el labial.

Empezamos a tener relaciones sexuales y en ellas se tornaba brusco, animalesco, humillante, despectivo. Sus caricias, eran afrentas.

Mi padre presiona de manera insistente para que me case y lo hago de negro, como presagiando que el matrimonio huele a rosas de funeral.

Ya me había graduado de normalista e ingreso a trabajar en un colegio privado. Allí era profesora de educación física, directora de grupo, asistente de las maternales. Me toca asumir una serie de responsabilidades en la institución, a preparar clases, y en el hogar a cocinar, lavar ropa, ordenar y por ahí derecho anularme, auto pisotearme con José religiosamente a mi lado, contribuyendo seriamente a este propósito.

"Fea, gorda, bruta, vieja, imbécil, ninfómana", eran entre otros los adjetivos que su *inmenso* amor me desplegaba. Ni para que pensaba en tener un hijo, según él solo me lo daría cuando lo mereciera.

Pero sería muy dramática si afirmo que todos los días se portaba así. Había momentos donde su voz era especialmente melosa y suavecita. Dos días antes de cobrar mi sueldo. La fecha en que reclamaba la prima, y si era la de navidad, se convertía en una cajita de música donde solo cabían halagos. Fuera de ello era yo quien asumía los gastos de la

casa, la que cargaba con todas las obligaciones, era el precio que tenía que pagar por haberme atrevido a conquistar a semejante personaje. Mientras tanto, mi José jugaba fútbol, billar, y se estacionaba con los muchachos del barrio en todas las esquinas.

Paso a la universidad de Antioquia y su rabia, y celos crecen proporcionalmente a sus insultos.

Un día se antojó de unas botas con punta de acero. Después de regalárselas empecé a quejarme del encierro, a hacerle ver que me sentía asfixiada. Decidió estrenar sus botas conmigo, la fina punta de sus botas de acero se incrustó salvajemente en mi pierna, causándome un hematoma cuyo dolor aun duele.

José, quería hacer de mí un macho sin perfume, sin maquillaje, desaliñada, trabajando tres jornadas, asumiendo los gastos del hogar. Me condujo de la mano al infierno y quería deleitarse viendo como el fuego iba carcomiendo por pedazos mis entrañas.

Yo solo creía que el mundo funcionaba así, que en ésta feria de calzado que es la vida, a mí me había tocado el zapato que más apretaba.

Hastiada, me financié un viaje a la costa sin su consentimiento. Al regresar me encuentro con un grupo de muchachos en cueros en mi casa y a él engarzado en un cuerpo de un chico desnudo en la misma cama donde se había consumado el santísimo sacramento del "martirimonio".

Opté por largarme, no sin antes destruir sus pertenencias e intentar sacar las cosas que había comprado con mi sueldo. Pero si trataba de coger un objeto pegaba un grito: ¡Eso es sangre! ¡Eso es sangre! ¡Eso es sangre!

Así que únicamente con mi ropa abandoné la casa, cuyas paredes me despedían con un letrero gigantesco: "Monstruo con ojos de seda".

Luego me desordeno, me dedico a saborear las mieles de la libertad y me dispongo a buscar en el sexo y el licor, lo que la vida hasta

el momento me había negado. También sigo en el colegio donde los espejismos, las apariencias y la ostentación de mis colegas se vuelven el pan de todos los días.

Para poder realizar las prácticas de la licenciatura, tengo que renunciar al colegio, pues la larga jornada de allí no me lo permite, y comienza un viacrucis por instituciones privadas con salarios más bajos, exceso de responsabilidades.

Durante cinco años me dedico a cubrir licencias de maternidad, hasta que me convierto en docente por orden de prestación de servicios, pagando mi propia seguridad social, descalificándome como maestra, volviéndome un albañil, un pegador de ladrillos en el magisterio. Hasta que un día cualquiera llega el rector y te dice: "No hay caso eres provisional y ha llegado un maestro de planta a reemplazarte". Y se vuelve cotidiano visitar los juzgados para pelear con el Estado, pasar concursos que no te llevan a ninguna parte pues en el momento de la entrevista al decir que tu único padrino político es Dios, solo generas risa. Y es que de verdad da risa ver a una mujer oliendo a tiza durante veintiocho años para que todavía la llamen provisional, como si las necesidades vitales fueran provisionales, como si la dignidad misma fuese provisional.

Hoy, con 49 años, y con un solecito de ocho que apenas empieza a trasegar, puedo decir con Neruda: "Confieso que he vivido".

Calle arriba, calle abajo

Yaneth del Pilar Martínez

Ana valía lo que valía, pero ella no lo sabía...

Vivía en las calles de arriba, muy arriba, donde solo van los chineros, y de tanto viajar en esos carros injertados se van adquiriendo cualidades de malabarista y Ana hubiera pasado por contorsionista de circo.

Entre sus cincuenta y dos años, sus manos torcidas de artritis, sus ojos brillantes y hundidos, había un asomo en ruinas de una belleza pasada, una fe y una nobleza de campo que la cuidad no había borrado.

Ese día al despertar, como siempre a las tres de la mañana, se sintió diferente, de pronto tan cansada, con un dolor de espalda como si hubiera cargado un camello toda la noche, sin ganas de sacar los pies de entre las cobijas.

La noche pasada había llovido a cantaros y de seguro la cocina del rancho se había inundado otra vez; cuando logró abrir los ojos mirando el techo de lata recordó que era sábado día del pago y ¡zas!, se tiro de la cama y pensó entre suspiros hay que hacer lo que hay que hacer.

Y comenzaba la rutina de cada mañana, cuando todavía era de noche, al levantarse se dirigía a la cocina y se preparaba un café para despertarse bien con un cigarrillo, se preparaba luego el desayuno y dejaba preparado el almuerzo a los muchachos, y en un pote que alguna vez fue un tarro de jabón, se repartía el almuerzo de los muchachos, o lo que hubiera para pasar la tarde en el trabajo.

Tenían dos hijos que todavía la acompañaban y estaban en sus estudios, su meta era sacar esos muchachos de bachillerato para que no fueran como sus otros vástagos que apenas pudieron se convirtieron en hijos del judío errante.

Trabajaba calle abajo muy abajo, en un taller de confecciones camuflado en un barrio de ricos.

El arte de la costura lo heredo de la madre que se deleitaba haciendo cobijas de colores en una maquina Singer de polea, y recuerda Ana que de niña la casa olía a su madre, y en todos los cuartos estaba su toque personal con inmensas y bellas cobijas de mil colores. Ana aprendió allí mismo a hacer vestiditos a sus muñecas, oficio que le enseñara la madre como un juego, porque era de esas mujeres que están llenas de puro amor y lo tienen que dar a los otros pues no les cabe en el pecho. Ese era el único recuerdo bello que tenía del trabajo que podía lograr con sus manos.

Toda su vida había trabajado en talleres, en cualquier lugar donde hubiera forma de levantarse la comida. “porque cuando una se casa, se dedica al marido y a la casa”. Pero cuando el marido solo sabe hacer hijos y beber “hay que poner a funcionar lo que una sabe hacer”. Decía Ana.

Afortunadamente a los cuarenta años ya era viuda y cambió la cruz de su marido por la gran riqueza de los pobres, ¡hijos, para sacar adelante!

Por eso mismo la viuda, por pobre, y por vieja, había conseguido trabajo en el taller, porque la patrona decía ¡esas, las pobres y las dejadas con hijos! son las mejores obreras que se pueda conseguir. Nunca se

cansan y no exigen. Porque "cuando la oportunidad escasea hay que trabajar en lo que sea" una no puede dejarse morir de hambre, ni a los hijos.

El taller estaba ubicado en un edificio de casa de ricos, en el primer piso funcionaban los parqueaderos, en el segundo piso estaba la casona de la patrona y en el tercer piso estaba construidos varios apartamentos y en uno de ellos, donde había un patio, estaba instalado el taller. Bien en el fondo, donde no se sintiera mucho el ruido de las máquinas. Allí trabajaban otras veinte mujeres. La entrada era siempre a las seis de la mañana, y la salida hasta que el cuerpo aguante, porque por mil quinientos pesos la hora había que aguantar para poder hacerse una el salario para la comida.

Pero eso sí, la patrona sabía dar ánimos cuando ya veía el cansancio en las caras de las mujeres. Cuando el reloj iba dando las cinco, decía, parada en la mitad del taller: "¡A ver pues muchachas! ¿Quieren plata? ¡trabajen, trabajen!, que aquí a nadie se le regala nada".

Pero bueno que se le hacía, al menos las tenía afiliadas al Sisben, porque un primo suyo que era concejal, de muy buena fe, les había hecho el favor de afiliarlas a todas, a cambio de una pequeña colaboración.

El trabajo de Ana era especial, nadie más tenía como ella la habilidad de colocar cuellos a las camisas.

La rutina de trabajo de Ana no era tan complicada, solo cumplir con la cuota de producción. Berta era la encargada de repartir el trabajo, todo el tiempo llevaba en sus hombros interminables montañas de lotes de tela, y reloj en mano recorría el taller. Era una negra corpulenta, que levantaba las montañas de producción como si fuera plumas, recogía un bulto aquí y después lo llevaba allá y si no fuera por el sudor que todo el tiempo inundaba su frente una pensaría que era un robot. Nunca hablaba con nadie por recomendación de la patrona, y su gran poder era el reloj que siempre llevaba en su mano para contar la producción por horas que hacía cada una de las mujeres. Además del poder del

reloj tenía las llaves del baño, lo que hacía que todas le tuvieran respeto por ser los ojos de la patrona.

Ana sentía lástima por ella. Aunque nunca hablaba, nunca se quejaba, nadie sabía nada de su vida, se veía que la pobreza la respiraba más de cerquita. Ana cada día se ponía metas, cada nueva montaña era un logro que la satisfacía como si hubiera ganado un premio o algo parecido, solo le colocaba el cuello a la camisa y ya. Era una lucha cada minuto para cumplir con la cuota. A veces el reloj parecía que se detenía, otras como si corriera demasiado rápido, Ana luchaba con las tijeras, la máquina, el calor insoportable, el reloj, sus cayos y la artritis para cumplir la cuota diaria de producción.

Mientras tanto en su mente calculaba cómo iba a hacer para ponerle tejas a la cocina del rancho, porque ya arreciaba el invierno y los ladrillos de la cocina no daban más espera. Pensaba en cómo conseguir los zapatos de escuela a Carlitos que ya no aguantaban un remiendo más, de seguro todas las horas de trabajo que había acumulado en la semana alcanzaría para lo del fiado de la tienda de don Juan y una que otra teja de lata, y Carlitos, tendría que esperar otra semana.

La semana entrante trabajaré más tiempo, pensó. Y así se tranquilizó al hacer el balance de su economía.

Los sábados la lucha era hasta las cinco de la tarde, y por fin el reloj hizo algo muy bueno por ella y el minutero dio las cinco en punto.

Le dolía mucho la espalda, y pensó en la mañana cuando sintió como una maluquera, y creyó que de seguro había dormido mal. Al momento de levantarse tuvo la impresión de que se le empotraba la silla de trabajo. Pero ya eran las cinco de la tarde del sábado, su cuerpo no daba más y eso la hizo sentir un poco de alivio.

Después de las cinco el ritual de los sábados era salir con otras mujeres al patio donde se aliviaba el cansancio entre bocanadas de humo, chismes y quejas, mientras bajaba una tras otra al segundo piso del

edificio para liquidar el sudor de otra interminable semana de labores. Ana esperaba su turno saboreando un cigarrillo como las demás.

De pronto entró en el patio una de las mujeres enfurecidas y gritando ¡otra vez esta vieja inmunda con el mismo cuento! que hasta el lunes porque hoy no hubo forma.

Todas las mujeres enmudecieron al tiempo.

Porque después de las cinco los sábados, también había que rezar para que les dieran completo lo trabajado en la semana.

Ana sintió ganas de llorar.

¿Por qué todo tenía que ser tan difícil? ¿Por qué le tenía que pasar esto ahora que se venía el invierno? Tanta espera, tanto rezo, tanto trabajo y otra vez caminar hasta las calles de arriba con las manos cansadas y vacías.

Al corto silencio siguió un murmullo de quejas y rabias.

Una decía "que injusta como si una viniera aquí a gastar la ropita". Otra replico, ¡ah, no! Si está vez es lo mismo el lunes me madrugo para la oficina del trabajo. Porque casi siempre, cada sábado era lo mismo.

Berta, que estaba en un rincón recuperó de pronto el don del habla y se adelanto diciendo. ¡No mijita! Si usted hace eso, nos quedamos en la calle todas.

Esperemos, de seguro la patrona no ha terminado de hacerse el manicure y enseguida nos liquidará el sueldo a cada una.

Ana sintió un susto, en sus planes no estaba quedarse sin trabajo a estas alturas de la vida, al menos todavía no.

La de la idea de ir a la oficina del trabajo era Olga.

Olga era una muchacha joven, menudita, con ojos vivaces, le recordaba a las muñecas a las que le hacia vestidos, había trabajado antes en otros lugares solo llevaba tres semanas en el taller, en las noches estudia una cosa como de secretarias, esa sí tenía idea de lo que es justo que le paguen a una. Había llegado al taller por un raro azar, por que ella

si tenía futuro, además era bonita y sin cargas de tener que mantener a nadie.

Eso era lo que todas pensaban y fue justo lo que le dijo Ana. —¡Mire muchachita!, si usted hace eso, cierran este taller y adónde vamos a parar todas ¡pero claro!, ¡como usted es joven y estudiada, se acomoda en cualquier parte!, pero a mi dónde me van a recibir, mire que yo ya estoy muy vieja.

A lo que Olga protestó, —Mire señora Ana, no es que nos explote, sino que nos dejamos explotar. Lo que yo digo es que vamos todas juntas a la oficina del trabajo y reclamemos nuestros derechos.

Ana. —¡Ah, no!, cuales derechos, mientras yo tenga alientos y me den la oportunidad de trabajar, me sigo levantando la comida.

Olga. —Por eso mismo señora Ana, mientras tenga alientos y ¿cuándo no los tenga que?

Ana. —Está Dios nuestro señor.

Olga. —Sí. Pero hasta Dios necesita que se dejen ayudar de vez en cuando, mientras usted no reclame lo que es suyo, el derecho que se ha ganado, nunca se va a pensionar.

Ana. —¿Pensionar?, ¿cómo así?

Olga. —¿Cuánto tiempo ha trabajado usted en este taller?

Ana. —Doce años, desde que me dejó el difunto.

Olga. —¡Ah! ¡Ya! ¿Y cuánto tiempo le ha cotizado a la pensión?

Ana. —¡Ah! Yo no sé.

Olga. —Sí vio. Eso es lo que yo digo. Estamos gastando el sudor sin que nos remuneren lo justo.

En la discusión, Berta se había dirigido al segundo piso de planta, para poner al tanto a la patrona del pequeño mitin que se había formado.

Cuando la patrona entró en el patio seguida por Berta, quien parecía un guardaespaldas, volvió el silencio, la sensación era como si la conversación que se trataba fuera pecados en voz alta y hubiera llegado Dios a callar los pensamientos.

La patrona estaba llena de rulos en la cabeza y las uñas a medio pintar, como un payaso que no se ha preparado bien para la función. Porque los sábados se emperifollaba a más no poder, tratando de ocultar los muchos años que ya contaba, porque hasta ella, con el poder que creía tener sobre los destinos de eses mujeres, no podía escapar del trajín de ser humano.

—¿Qué es lo que pasa muchachas? ¿Cuál es el escándalo, es que no pueden esperar un segundo?

Olga que estaba en la parte de atrás en su conversación con Ana, se abrió paso entre todas las muchachas y se le puso enfrente diciendo.

—Pasa lo de siempre, es que la semana es muy larga para irnos sin un salario justo y usted se aprovecha de nuestra necesidad de trabajo.

Ana se puso pálida cuando escuchó esas palabras, hasta le temblaron las piernas como si ella tuviera culpa de algo, o algo malo le fuera a pasar, de seguro todas habían escuchado la conversación y ahora la patrona pensaría que ella también estaba de acuerdo con lo que decía Olga.

La patrona se puso enfurecida, la piel morena se torno de un color amoratado y Ana juraría que por entre los rulos vio salir humo. Nadie nunca se hubiera atrevido a decir semejante cosa; todas de ver la cara renegrida de la mujer.

—Desagradecida, es que no aprecian la oportunidad que se les da, pues sí es que se siente mal remunerada, ahí está la puerta porque aquí no se le abliga a nadie a trabajar si no quiere.

Olga se empinó bien, como un gallito de pelea queriendo ganar estatura, diciendo, que si no le daba para el lunes lo que justamente le tenía que pagar, esperaba que en la oficina de trabajo cuadraran bien las cuentas. Y salió del taller así sin más. Ana en su enmudecimiento, pensó “esta niña sí que tiene agallas o sabe de lo que está hablando”.

La patrona dio la vuelta y se quedó mirando a todas, como queriendo desafiar alguna otra protesta. Luego se dirigió a Ana diciendo,

en cinco minutos la espero en la casa, el resto baje después que haya terminado con Ana.

Ana sintió que todo se le venía abajo. Cavilaba en su mente, que le iba a decir la patrona, pero si ella no había dicho nada ni hecho nada, de seguro la iba a echar del trabajo, pero si ella llevaba ya mucho tiempo sirviéndole y siempre cumplía con su cuota de producción. No, y no, ella no podía ser tan injusta y si era así, Ana estaba dispuesta a rogar, a suplicar, pero ella necesitaba mucho esté trabajo.

Ana bajó pasados los cinco minutos.

Siéntese dijo la patrona, señalado con la cabeza una silla que estaba a un lado del comedor que utilizaba como oficina en el cuarto de San Alejo. Ana se sentó en silencio. La mujer comenzó su charla diciendo, mire Anita si usted quiere seguir trabajando aquí tiene que colaborar, porque sabe que yo tengo muchos gastos con el hijo que está estudiando en los Estados Unidos, esta semana voy a abonarle cincuenta mil pesitos y el martes de la próxima semana le termino de cancelar todo, y además necesito que venga mañana domingo porque hay mucha producción represada. Es que hay algunas que se están poniendo perezosas y no estamos alcanzando a terminar toda la producción que hay que entregar, además acuérdese que mientras más horas trabaje más platica va a ganar.

Ana escuchaba en silencio, teniendo en ese momento sentimiental al vaivén de un péndulo, sintiendo primero alivio porque ya no la iban a despedir, después desconsuelo porque esperaba está vez su pago completo y otra vez, desconsuelo porque era otro domingo sin descanso los mismos mil quinientos pesos la hora. En ese letargo, Ana se atrevió a preguntar por la plática que le había quedado debiendo la semana pasada. A lo que la patrona respondía. Mire Anita, ya le dije que si usted quiere seguir trabajando aquí me tiene que colaborar, espérese que el martes le cancelo todo lo pendiente.

Además si se va a poner en el mismo plan que esa muchacha Olga que en mala hora la contraté, pues le va a tocar hacer lo mismo que ella irse

de aquí. Y no crea Anita en todas esas pendejadas que estaba diciendo esa muchacha de la oficina del trabajo, usted sabe que lo que yo hago es darles a todas la oportunidad de trabajar, además mírese Anita que usted ya está entradita en años. Colaborémonos, mañana la espero tempranito.

Ana asintió con la cabeza, estiró la mano para recibir los billetes que le tendía la mano de la patrona, recogió su mochila en la que llevaba el pote de jabón con sobras de arroz y un delantal viejo, sudado y transparente por el uso.

Ana bajó las escaleras del edificio como en trance, estaba muy cansada para sentirse triste, salió a la calle con la mirada al piso y comenzó a andar, llevaba ya muchos pasos arrastrados cuando alzó la vista, se encontró de pronto en una calle diferente, que nunca había caminado. Y pensó, ¡me perdí, por dormida! Había entrado sin darse cuenta en un bulevar de almacenes, con vitrinas bellísimas, los espacios eran amplios y la gente de alrededor toda era bonita y la miraban como un animal raro, estaba en un lugar tan bonito, nunca se imaginó que existiera un techo tan alto tan parecido el cielo de verdad, se le había olvidado el hambre que llevaba, hasta que llegó a su nariz un olor exquisito, voltió para mirar y vio un carrito precioso decorado con los antiguos trenes, allí había una mujer joven, muy bonita, bien vestida que vendía una comida como mexicana o algo así, para sus adentros se dijo, ya podre darme ese gusto. Se dio media vuelta para deshacer los pasos que la habían llevado hasta allí. De pronto, llamó mucho su atención ver en una vitrina, sobre un maniquí que parecía el hombre más bello de mundo una de las camisas que confeccionaban en el taller. Se acercó con los ojos bien puestos sobre el vidrio, la camisa que ella había elaborado junto con las otras compañeras en el taller. Sintió de pronto un orgullo al pensar que de alguna forma ella hacía que esos hombres tan bonitos se vieran todavía mejor.

Le dio curiosidad saber cuanto costaba la camisa en ese almacén tan elegante y entró. Una de las vendedoras se acercó a ella.

¿Puedo ayudarle en algo?. ¿Está perdida?

Ana, respondió. No niña muchas gracias solo quiero saber cuanto cuesta esta camisa. La vendedora la reparó de arriba hacia abajo, mirándola con desconfianza y viendo con el rabillo de ojo la mochila que llevaba Ana en sus manos. La vendedora le contestó haciéndole señas con la cabeza al vigilante que estaba enfrente. Esa camisa cuesta doscientos cincuenta mil pesos.¿¡Cómo!? ¿Cuánto? Al momento llegó el vigilante dirigiéndose a ella. Señora, ¿puedo ayudarle? ¿Está perdida? Ana cerró la boca que se le había abierto con el asombro. No. Muchas gracias. Ya me voy.

Era de no creer, con lo que valía una sola camisa de esas le hubiera pagado el trabajo que ella hacía con los semanas de interminable sudor.

Salió de aquel lugar encaminándose a su rancho, en las calles de arriba, muy arriba, desconsolada, cansada, con sus pequeñas ilusiones pisoteadas. Lo único que quería era sentirse una persona, valorada en su inmenso cansancio, nadie le agradecía su esfuerzo, a nadie le importaba su suerte mientras cumpliera una cuota, mientras llenara los bolsillos de alguien con su sudor, ni siquiera aquella vendedora, mirándola como ciudadana de tercera la había dejado admirar su obra ya terminada.

Pensó en Olga y sintió miedo de sus palabras, esa niña si sabía de lo que hablaba, ahora no tenía fuerzas, solo obligaciones y hambre. Sintió miedo de ser una estúpida, y de no tener más remedio que seguir siéndolo. También pensó en todas los años que había dejado atrás, sin "reclamar lo suyo". ¿Qué se podía hacer ahora?.

No, la patrona no les hacia ningún favor y ella a su edad, también entradita en años seguiría los pasos de Olga.

Cuando llegó al rancho la recibió Carlitos con una sonrisa, le dio un abrazo y un beso. Ana sintió reconfortada la vida, si no fuera por este último recuerdo que le dejó el difunto, que sería de ella.

Carlitos mirándola con una cara rara, como de muecas le dijo, mamá se cayó la cocina del rancho.

Alguien viola mis derechos

Luz Marina Restrepo Bernal

No soy una fiscal mediocre. Comencé a trabajar en la Fiscalía General de la Nación el 18 de diciembre de 1992. Un mes después empecé a estudiar. Hice un posgrado en ciencias forenses y criminología y al mismo tiempo hice el de derechos humanos; cuando terminé estos, estudié derecho penal y criminalística; también me gradué de psicología social comunitaria y ahora estoy en el tercer semestre de comunicación social comunitaria.

Durante dos años, viví en Turbo y allí mi vida cambió. Por la violencia de la región vi más muertos de los que cualquier ser humano puede soportar. El día de mi cumpleaños, por ejemplo, recibí como regalo el levantamiento de veintidós cadáveres en la vereda El Tres: todos tenían tiros de fusil, pero cada cuerpo mostraba una crueldad diferente; a uno le faltaba la cabeza, a otro las dos piernas, otro tenía los genitales sobre el vientre, en fin es lo que en derecho penal se llama sevicia.

Además de la crueldad que vi, en Urabá yo tenía que vivir sola. No

podía demostrar que tenía familia pues por mi cargo de fiscal, mi hija y mi mamá correrían peligro. Tampoco puedo decir que tenía alguna amiga allá, pues toda la gente que conocía vivía con miedo de acercarse a alguien como yo... ellos creían que la Fiscalía era la que ordenaba la muerte de muchas personas y que estábamos aliados con los paramilitares.

La soledad, el miedo y el dolor de vivir en Turbo acabaron con mis nervios. Me mantenía estresada todos los días y por las noches, cuando podía dormir, tenía pesadillas. Comencé a sentir un dolor muy fuerte en el oído izquierdo y se me subía y bajaba la presión por lo que me hospitalizaron varias veces. Por todos esos problemas de salud me trasladaron al municipio de Andes.

Allí siguieron mis dolores, que no podía calmar con ningún medicamento. El médico que me atendió en Andes pidió mi historia clínica y vio que requería de una cirugía para aliviarme del dolor en el oído; entonces me remitió a Medellín, al hospital San Vicente de Paúl. El nuevo doctor me preguntó por mi oficio y por mi lugar de trabajo; se quedó mirándome y dijo: "yo odio a los fiscales". Después revisó todas mis radiografías y dio su diagnóstico; me dijo: "usted en el oído no tiene nada, usted está enferma de la cabeza. Déle gracias a Dios que vino donde la vamos a aliviar". En ese momento me sentí confundida porque creí que el médico no sabía nada y que yo iba a seguir de hospitalización en hospitalización. Sin embargo, comencé dos tratamientos: uno en donde tomaba muchas vitaminas y hacía ejercicios para calmar el dolor en el oído y en la mandíbula; y otro con el psicólogo, que me diagnosticó un estrés agudo y un trastorno de ansiedad.

La ansiedad yo la calmaba comprando todo tipo de cosas: zapatos que no eran de mi talla, ropa que me quedaba grande, cocas plásticas... donde estaba la palabra promoción ahí estaba yo. Me gastaba la plata que no tenía y llené el cupo de cuatro tarjetas de crédito. Como tenía tantas deudas acumuladas los abogados de varias empresas de cobranzas em-

pezaron a llamarme, a perseguirme por donde quiera que yo iba y me amenazaban con embargarme. Esa situación me tenía desesperada. Mi salud mental cada vez estaba peor y yo ya no podía con el estrés. Comencé a tomar valium para calmar los nervios y poder dormir, por lo que mientras trabajaba me mantenía dopada, sin mis cinco sentidos completos.

Ese momento de mi vida coincidió con el cambio de director seccional de fiscalías. Yo sabía que eso podía significar un traslado. El psicólogo me había recomendado llevar a mi familia a vivir conmigo en Jardín, Antioquia, pero si me trasladaban yo no podía arriesgar la estabilidad de mi hija, que tenía trece años ni la salud de mi mamá. Por esa razón fui donde la directora entrante, doctora Marycella Ruiz Gómez, para pedirle que no me trasladara. Ella me prometió que no lo haría al menos por un año, por lo que tomé la decisión de llevarme a mi familia. Sin embargo, un mes después recibí la orden de trasladarme a Ciudad Bolívar, un pueblo que era cercano a Jardín, pero que tenía muchos problemas de orden público: todos los que trabajaban en la fiscalía de allí tuvieron que irse por amenazas contra su vida.

Me fui para Ciudad Bolívar y allí mi situación empeoró. Por una parte mis gastos se incrementaron, ahora debía responder por dos casas, una en Jardín, Antioquia y otra en mi nuevo pueblo. Por otra parte yo me sentía perseguida a toda hora, debido a que allí la fiscalía no era bien vista, pues se habían cometido muchas injusticias contra la gente y de eso culpaban a la fiscalía. Comencé a tener alucinaciones: veía que una piedra se me convertía en persona, que los carros en la carretera volaban sobre mí. También soñaba cosas horribles como que me descuartizaban o me secuestraban. Todo el tiempo estaba nerviosa y empecé a aislarme de la gente. Ya no quería hablar con nadie, no quería trabajar, no me sentía capaz de salir a la calle. Ni mi familia ni yo sabíamos qué hacer.

Por ese traslado a Ciudad Bolívar yo me sentí engañada por la directora seccional de fiscalías de Antioquia. Le escribí una carta recla-

mándole por la promesa que me había hecho y que había incumplido. También empecé a escribirles cartas a muchas entidades que yo creía me podían ayudar en mi situación. La presidenta del Copaso, organismo de promoción y vigilancia de las normas y reglamentos de salud ocupacional dentro de la empresa, doctora Beatriz Peña fue la única que me oyó. Fui evaluada por la aseguradora de riesgos profesionales. Me diagnosticaron un estrés agudo y recomendaron mi traslado inmediato a un sitio donde tuviera atención médica completa. La directora contestó a esta petición que así se haría, pero cuando el Fiscal General de la Nación nombrara personal. Yo sabía que eso era poco probable y, de alguna manera, me resigné a seguir trabajando en donde estaba; entre otras cosas, porque tenía fama de conflictiva y no quería tener más problemas con mis compañeros.

Al poco tiempo, por los efectos de la droga psiquiátrica que tomaba, tuve un accidente de tránsito que me dejó en silla de ruedas por seis meses. Me quebré la cadera, y me dañé la pierna derecha. Otro problema para mi lista de problemas.

Seguí callada viviendo en Ciudad Bolívar, en donde tenía que asumir todos mis gastos médicos. Allí los paramilitares me amenazaron porque uno de ellos cayó detenido. La policía se dio cuenta de que me iban a matar y al otro día yo estaba empacando mis maletas para ir a cualquier otro lugar. Me trasladaron para Giradota donde viví dos años.

Aunque allá yo seguía con mi enfermedad, estaba más tranquila porque quedaba cerca de los médicos y porque podía tener a mi familia conmigo. Todo iba bien hasta que me metí con un intocable del pueblo, que estaba protegido por políticos muy influyentes e incluso por el nuevo director seccional de fiscalías de Antioquia, doctor Francisco Javier Galvis Ramos. Se trataba del robo de una herencia. Para que yo no siguiera investigando de dónde venía el agua del río me trasladó para Marinilla.

En este nuevo pueblo por ser de clima frío me dolía mucho la pierna, tanto que a veces tenía que llevarme para la oficina una cobija térmica. Pero ese no fue el problema mayor. Allá confirmé que la fiscalía estaba llena de gente corrupta y que no se podía actuar como decía la ley sino como lo ordenaran los superiores de turno. Otra vez quise meter a la cárcel a alguien que le debía a la justicia, pero otra vez no me lo permitieron. Hice todo lo que estaba a mi alcance pero lo único que gané fue que me trasladaran otra vez. Esto lo hacen cada vez que quieren arrebatarle a un fiscal algún caso para que no lo investigue y todo queda en la impunidad.

Rionegro fue la nueva parada, otro pueblo de clima frío. Allí sólo duré un año. Hubo una reestructuración de la fiscalía que contemplaba que donde sobrara personal éste fuera llevado adonde faltaba. En Rionegro se necesitaba más gente, por lo que todos pensamos que no seríamos trasladados. Cuál fue mi sorpresa cuando recibí la resolución de mi traslado a Apartadó. Entendí que se trataba de colocar a alguien más en mi puesto, como un favor político.

Tuve mucho miedo de irme otra vez para Urabá. Me acordaba de todo lo que viví en Turbo y a eso se le sumaba que yo había sido amenazada por paramilitares en Ciudad Bolívar. Reclamé que no me trasladaran, entre otras cosas porque allá no llegaba mi seguro de salud. Como me negaron mi pedido empaqué mis maletas y me fui, no tenía otra opción, pues en caso contrario me investigarían por abandono de cargo.

En Apartadó volví al infierno. Me volví a enfermar de los nervios y el dolor en la pierna se volvió más fuerte. La oficina quedaba en un sexto piso y teníamos que trabajar con las uñas. De mi bolsillo compré un computador que todavía estoy pagando, tenía que darle a mi asistente los pasajes para que fuera a realizar las diligencias a la cárcel; debía comprar las cintas para la impresora y hasta pagar para que me

hicieran el aseo; el trabajo era demasiado, mucho más que en cualquier otro despacho que me hubiera tocado, y pagué toda la papelería que requiere una oficina para funcionar. Me volví a llenar de deudas y terminé viviendo en un barrio miserable. Recuerdo que una noche en que me enfermé mucho no tenía ni para pagar las urgencias y un amigo tuvo que conseguir dinero prestado para pagar la cuenta del hospital. A mi familia en Medellín la tenía prácticamente abandonada, viajaba cada dos o tres meses. Traté de sobrevivir como pude: de día trabajaba en la fiscalía, de noche daba clases en la universidad; los fines de semana también pintaba cerámicas y trataba de ahorrar cualquier peso que conseguía.

Todavía no sé a ciencia cierta por qué de un momento a otro ya no me querían en Apartadó. Cada caso que caía en mis manos lo investigaba hasta las últimas consecuencias. Un día alguien fue a mi oficina, dijo que era de la policía y tomó del escritorio una coca de celular que estaba ahí. A los pocos días me enteré de que yo tenía una investigación penal en mi contra, porque supuestamente, me había robado ese y otro celular y los tenía escondidos. En ese momento yo pensaba en todo lo que yo había comprado para que la oficina funcionara, sin que me pagaran un solo peso.

Por la misma investigación me trasladaron para Arboletes. A ese pueblo no he podido ir a trabajar pues por todo el estrés que me produjo la investigación en mi contra, tanto mi salud mental como física empeoró más de lo que estaba. Estuve hospitalizada en una clínica psiquiátrica hasta hace poco tiempo. Cansada de soportar tantos atropellos instauré una tutela por el derecho a la salud, pero no se tutelaron mis derechos porque había sido trasladada a un municipio donde tiene cobertura de la EPS —lo que no ocurría en Apartadó— y como la ARP es la que me tenía en tratamiento con ocasión del accidente de trabajo ellos me facilitaron el transporte, y además el traslado obedeció a las

investigaciones en mi contra. Mi problema de salud lo empeora subir y bajar escalas, desplazamientos largos, el clima y estar sometida al frío-aire acondicionado o ventilador. ¿Quién puede vivir en altas temperaturas sin utilizar aire acondicionado o ventilador? Nadie. Y que además mentalmente y por los medicamentos psiquiátricos que tomo —rivotril, eduxon y fluoxetina— no me siento capaz de tener investigaciones a mi cargo, ni mucho menos decidir sobre la libertad de un ser humano. Para este momento siento rabia y odio hacia la justicia. ¿Cómo adelantar una investigación contra una persona, cuando yo misma he sido víctima de la injusticia? ¿Podré hacerlo viendo la forma cómo en Colombia se manipula la verdad? ¿Podré ser objetiva en mi labor cuando siento asco por lo que hago y desde mi interior deseo nunca más volver a ser fiscal?

Después de eso me la he pasado incapacitada, con la zozobra de mi situación. Han sido tres meses en los que, a pesar de tanto dolor y tantas injusticias, he estado buscando una salida definitiva a todos mis problemas. No me ha cansado de mandar cartas, poner tutelas y pelear porque alguien me escuche y por fin se haga justicia. Todo este tiempo he estado esperando a que me reubiquen para poder someterme a tratamientos completos que mejoren mi salud. También he pensado en muchas cosas; la más importante es que si todo esto le pasa a alguien como yo que conoce las leyes, qué no le pasará a cualquiera que apenas sepa leer y escribir. Nadie estaría preparado para ser maltratado, ni para soportar la forma tan cruel como las personas son violentadas. Todos somos un registro, sólo eso, números y trámites que no tienen fin. Trabajar en la Fiscalía General de la Nación se convirtió en la constante violencia a mis derechos fundamentales como mujer trabajadora. Un infierno de dolor y de injusticias constantes. Se volvió mi historia de vida.

Y pilaron sobre mí

Ana de Jesus Silva Vargas

Memoria de un día de trabajo doméstico infantil

Cuando yo era una niña me ponían a hacer todos los oficios de la casa, dizque para que aprendiera a ser mujer; estas labores de casa eran muy pesadas para una niña de ocho años como lo era yo: me tocaba madrugar con mi mamá para ayudarle a despachar a los trabajadores de la finca, teniendo que moler de cuatro a cinco kilos de maíz; amasar y armar por lo menos treinta arepas grandes para el diario; luego debía salir a buscar agua a una cañada y llevarla hasta la casa para el gasto del día; más tarde debía ir al monte por la leña para cocinar. Otra de mis actividades diarias era llevar el almuerzo de los trabajadores a los cultivos, alimentar a los cerdos y arriar las vacas hasta la casa para ordeñarlas.

Teniendo en cuenta que todavía existe el machismo en muchas personas que no valoran el trabajo de las mujeres y de las niñas en la casa, y que no quiero que siga el atropello contra las niñas, voy a contar lo

que un día me pasó a mí. Cuando yo tenía más o menos ocho años, en 1961, un día como muchos otros, mi mamá se fue para el pueblo a vender huevos y tomate del pequeño, porque en los arados donde mi padre cosechaba maíz y frijoles, nacía mucho tomate del ácido; en el pueblo le encargaban mucho para hacer tamales y aliñar la carne y ella cada quince días bajaba con un canasto lleno sobre la cabeza y los vendía, para comprar lo que necesitaba y me compraba a mí también, en ese tiempo los zapatos que se usaban eran de caucho y plástico, esos eran para mí y alpargatas de cabuya para salir al pueblo, —decía ella que porque no le calentaba mucho el pie—, pues en ese calor tan fuerte de Santafe de Antioquia, ese era el zapato más fresco. Mi padre no sabía lo que era comprarnos nada, para él lo más importante era la comida, por eso ni mamá compraba para ella y yo, y el salía a pie pelado.

Esa vez se fue y me dejó cuidando la casa. Yo tenía que pilar maíz para hacer las arepas para el otro día. Yo como pudiera colocaba bancas y troncos de madera porque no alcanzaba el pilón para pilar el maíz.

Se me remojó el maíz en el pilón... una pequeña no piensa como adulto y más en ese tiempo que apenas estaba empezando a conocer cómo se hacían los destinos. Yo veía a mi mamá que pilaba el maíz y de ahí hacía muchas cosas, como por ejemplo la mazamorra, harina para hacer hojaldras... yo también estaba ensayando cómo hacer los destinos.

En esas estaba cuando de repente llegó un sobrino de mi papá, o sea primo hermano mío; vio que yo estaba sola y empezó a decirme una cantidad de cosas que yo no entendía. Me hizo retardar la pilada... yo no entendía lo que me quería decir... yo creía que me iba a acompañar y que tal vez me iba a ayudar con la pilada del maíz, pues no era así...

Sólo hoy entiendo que lo que quería era abusar de mi niñez.

Lo que yo no le puedo perdonar a ese fulano fue que me hizo castigar muy fuerte; fue que me cogió cargada y me llevó a la pieza, y como él tenía más fuerza que yo, me estaba maltratando mucho y empecé a

gritar, él me iba a tapar la boca y en ese momento llegó mi hermano mayor que estaba trabajando.

Yo avergonzada y con miedo me puse a pilar y ya no pilaba nada: se quebró todo el maíz. Mi hermano empezó a regañarme y yo con miedo y rabia le daba duro al pilón y todo se volvió harina... sirvió sólo para comida de los cerdos.

Él empezó a conversar con mi hermano y a reírse de mí porque era muy conchudo y burlón...

Al rato se fue para su casa y en el camino se encontró con mi papá y le dijo que yo estaba sola y que había conmigo otro hombre y que yo estaba jugando con ellos. Y él se sacó en limpio.

Mi papá le preguntó: "¿Sí?, ¿y usted porqué sabe?, ¿o era usted el que estaba allá? Cuando Rosa Amelia y yo salíamos no necesitamos cuidanderos como usted, que vengan a esculcar las cosas ajenas"; y como el era tan intolerante y burlón empezó a reírse de él. Entonces mi papá lleno de rabia se siguió para la casa.

Ya mi hermano me había dado una "cueriza" con un zurriago de cuero con que se espantaba a las gallinas de la cocina cuando entraban a buscar comida y le estaba echando todo el maíz a los cerdos. Yo estaba en la cocina calentándoles agua para que se lavaran las manos y los pies antes de sentarse a comer, mientras acababa de pasar el ardor de los juetazos que mi hermano me había dado.

Mientras tanto, al otro lado del filo que había frente a la casa, estaba el primo poniendo cuidado; cada vez que yo salía de la cocina al patio a entrar la leña o sacar el agua, el gritaba y boleaba el sombrero para que mirara y hacía musarañas y se burlaba.

Mi papá preguntó: "¿Y a aquella qué le pasó?, ¿por qué está llorando?"

Mi hermano no le respondió nada.

Yo le dije: "Lalo me pegó"

"¿Y eso por qué?", preguntó de nuevo mi papá, pero como por di-

simular , porque ya tenía en su cabeza todo lo que su sobrino le había inventado. Me cogió con un bejuco que llamaban "rompe ropa" y me dio otra paliza. Y mientras me pegaba me preguntó: ¿Dónde está su mamá?

Yo respondí que se había ido para el pueblo; y él más duro me daba, hasta que me levantó ampollas de sangre en el cuerpo, mientras decía que lo que me faltaba era cortarme el cuerpo con una cuchilla para vaciarme las ampollas que me había levantado con el juete ese día...

Al final del día me dijeron: "Acuéstese ligero que mañana nos tiene que despachar el almuerzo". Y yo sin saber cómo hacer para despacharlo, pues siempre estaba pequeña; entonces me puse a entrar leña para la cocina, para que no se fuera a mojar y así poder prender el fogón.

Me quedé durmiendo en la cocina en unas esteras que había para secar el café, no fui a la pieza a buscar la carne para madrugar.

Esa noche me acosté con dos pelas y la ultrajada del primo encima.

Me acosté a media noche... fue un día inolvidable para mí.

Al otro día, como mi papá madrugaba mucho, se levantó primero que yo y me encontró acurrucada en la cocina, tapada con unos pedazos de trapo con que se cargaba la leña; parecía una habitante de la calle.

A eso de las cinco de la mañana se levantó mi hermano y me preguntó que si ya estaba listo el despache.

Yo le dije que no, que me había cogido la tarde.

¿Entonces qué va a hacer?, ¿va a seguir jugando con todo el que se le atraviese?

Le respondí que no. ¿A dónde hay que ir a llevar el almuerzo?

Y me contestó con rabia como siempre, ¿No sabe dónde?

Pero como había varios arados yo no sabía cuál de todos era... y mortificada me puse a hacer el almuerzo, y él después me habló de un lugar y se fue para otro; por eso cuando llegué no lo encontré y me tocó andármelos todos hasta que lo encontré. Me pegó tremendo regaño y

casi me pega otra vez porque llegué tarde y no me tiró el almuerzo en la cara porque salí corriendo para la casa sin esperar los trastes siquiera.

En el camino de regreso me encontré con una culebra muy grande; y ese fue mucho el susto que me dio.

Por la tarde cuando ellos llegaron, me pareció mucha gracia contarles; pero ellos me respondieron: que si es mucha cobardía... maldita sinvergüenza, ojalá la hubiera picado para que se acabara de una vez este estorbo del medio.

Por esto le cogí mucha pereza y odio a mi hermano. Porque él no se concientizaba de sus errores y también porque más adelante quiso abusar de mí como lo iba a hacer el sobrino de mi padre.

Con el apoyo de: